Grupo Editorial
Portal



Un doctor protector y una familia inesperada

PRISCILA VEIGA

PRISCILA VEIGA

Un doctor protector y una familia inesperada

Grupo Editorial Portal

Copyright © 2025 Grupo Editorial Portal

Revisión:

Equipo de Portal

Editora:

Rosimeire Gouveia

Lectura beta:

THAYNÁ GRIFO DE OLIVEIRA

Portada:

Dennis Romoaldo

Maquetación:

Mylene Ferreira

Libro digital

1.ª edición

Priscila Veiga

Todos los derechos reservados. Queda prohibido el almacenamiento o la reproducción de cualquier parte de esta obra, ya sea física o electrónica, sin la autorización previa del autor. La violación de los derechos de autor es un delito tipificado en la Ley n.º 9.610/98 y castigado por el artículo 184 del Código Penal.

Esta es una obra de ficción. Los nombres de personas, acontecimientos y lugares que existen o que realmente existieron en algún momento de la historia se han utilizado para ambientar la trama. Cualquier similitud con la realidad es pura coincidencia.

Sumario

Sumario
Lista de reproducción
Sinopsis
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21

Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Epílogo
Agradecimientos
Lea también:
Redes sociales (de la editorial)

Lista de reproducción



https://open.spotify.com/playlist/7LdnEhadtbMQ2tOKZdG8pD?si=042ae895199440a8

Sinopsis

Segundas oportunidades, Bebé inesperado, Found Family y Slow Burn, Doctor protector

Leonardo Viana siempre ha sido un hombre metódico y dedicado a su vocación. Como médico de renombre y director de uno de los mayores hospitales públicos de São Paulo, se ha propuesto como misión salvar vidas, dejando de lado cualquier espacio para el amor. Hasta que un encuentro inesperado en el hospital lo cambia todo.

Isadora Fernandes vio su vida trastornada. Abandonada por su novio al descubrir que estaba embarazada, se enfrentó sola a un embarazo de riesgo, hasta que un error médico casi le cuesta la vida. Al borde de la muerte, fue Leonardo quien la salvó, asegurándose de que su hijo no creciera sin madre. Lo que debería ser solo un gesto de responsabilidad profesional se convierte en algo más, un vínculo intenso e innegable.

Pero entre ellos existen barreras difíciles de derribar. Un médico reservado y racional, una mujer marcada por las cicatrices del pasado y un bebé que necesita protección. A medida que la relación entre los dos se profundiza, se revelan secretos y viejas heridas amenazan con separarlos.

Una historia sobre segundas oportunidades, curación y un amor que llega sin previo aviso, pero lo transforma todo.



Prólogo

Isadora Fernandes

Salgo del médico sin creerlo, insegura y muerta de miedo por el futuro.

¿Qué hago ahora?

Lo que me tranquiliza un poco es saber que tendré a Rafael para apoyarme. No sé cómo va a reaccionar, pero espero que se alegre al saber que va a ser padre.

Conocí a Rafael en una de las cafeterías donde solía almorzar, cerca de la oficina donde trabajo, en la Avenida Paulista. Nos miramos, él es encantador, interesante y me invitó a salir después de encontrarnos varias veces. Desde entonces no nos hemos separado, incluso me invitó a vivir en su apartamento, para estar más cerca el uno del otro, aunque él viaja mucho por trabajo.

Entro en el apartamento y me sorprende encontrar a Rafael sentado en el sofá, viendo la televisión.

«¿Dónde estabas?», me pregunta en cuanto cierro la puerta.

— Fui al médico, ¿cómo fue el viaje? —Resopla.

— Llegué y no había nada preparado, ¿así es como me agradeces por mantener la casa? — Respiro hondo.

— Hay comida en la nevera, solo tienes que calentarla. — Vuelve a resoplar, cruzando los brazos.

— Comida vieja.

— No me has preguntado cómo me ha ido en el médico. —Me mira y sonríe.

— Te ves muy bien.

— Estoy embarazada. — Levanta la vista con los ojos muy abiertos y, de repente, su expresión cambia a irritación.

— ¡No puedo creer que nos hayas hecho esto, Isadora! ¡Todo era tan perfecto y tenías que estropearlo! — dice el hombre que creía que me quería, pero que en este momento no parece quererme mucho.

—Este tipo de cosas pueden pasar cuando una pareja tiene relaciones sexuales y nosotros las tenemos muy a menudo, por si no te has dado cuenta. Aunque tú estás más ausente de lo normal. — Rafael levanta las manos al aire con exasperación.

— No intentes darle la vuelta a la tortilla, estás intentando atarme con un embarazo.

—Sabes que nunca haría eso, pero ¿recuerdas que te dije que estaba tomando antibióticos y que los anticonceptivos podrían no tener el efecto previsto por eso? Aun así, me ignoraste cuando te dije que usaras el maldito condón, ¡¿y ahora la culpa es mía?!

— No soy yo quien está embarazada, no soy yo quien va a dar a luz y no soy yo quien tiene la posibilidad de acabar con este problema. — Me callé con esa última frase, viendo a la persona que creía amar considerando esa posibilidad absurda.

Las únicas situaciones en las que consideraría interrumpir el embarazo serían si me hubieran violado, lo cual no fue el caso, si el niño no tuviera ninguna posibilidad de sobrevivir después del parto y si existiera la posibilidad de que yo no sobreviviera al parto, estas dos últimas aún no las sé porque no he comenzado la atención prenatal.

— Te daré el dinero, resuelve este problema y me pagas después, así podremos seguir con nuestras vidas como si nada hubiera pasado.

— Estás muy equivocado si crees que voy a matar a mi hijo porque tú seas un irresponsable.

— ¡Estoy casado, joder! ¿Quieres destruir mi vida? — El mundo pareció dejar de girar, quería que el suelo se abriera bajo mis pies y me enterrara.

— Sal de mi casa ahora mismo. — Una sonrisa irónica se dibuja en su rostro.

— ¿Tu casa? — El apartamento en el que estoy es suyo, está a su nombre, aquí solo tengo la ropa y algunos electrodomésticos.

— Vete de aquí, cuando vuelvas, te prometo que ya estaré en otro lugar. Si pudieras tener la sensibilidad de darme unos días, te lo agradecería. — Él asiente con la cabeza y saca la cartera del bolsillo de sus pantalones, toma algunos billetes y los coloca sobre la repisa donde está el televisor.

— Piensa en lo que te he dicho, si vale la pena tirar por la borda nuestra historia por un error que aún se puede corregir.

— Quédate tranquilo, corregiré mi error. — Voy a salir de la vida de ese canalla y rezaré para no volver a verlo nunca más.

Me quedo sola en el apartamento que he llamado mi hogar durante los últimos cinco años. Tenía 20 años cuando conocí a Rafael, él ya tenía 35 y esa diferencia de edad no importó a ninguno de los dos. Además, el apartamento está muy cerca de mi trabajo, en la Avenida Paulista, lo que supone un cambio radical respecto al tiempo que tardaba en llegar a la zona desde Guarulhos, en el Gran São Paulo.

Eran cinco horas en transporte público, en el caótico tráfico de la autopista Presidente Dutra y la Marginal Tietê, y probablemente ahora tendré que volver a mi ciudad porque no puedo permitirme pagar un alquiler en esta zona.

Cojo mis maletas del armario y guardo mi ropa dentro, busco en Internet un lugar pequeño para alquilar. Encuentro un apartamento muy pequeño, con fácil acceso en coche, y me pongo

en contacto para alquilarlo. Por suerte, he conseguido ahorrar algo de dinero y puedo pagar el depósito.

Una semana después de recibir la noticia que cambió mi vida, me mudé de vuelta a Guarulhos, llevé al nuevo apartamento los muebles y electrodomésticos que compré, dejando el apartamento de Rafael casi limpio. Que él se las arregle para limpiar el desastre, yo no estoy obligada.

Mientras ordeno mi ropa en el armario y desempaco mis cosas, recuerdo mi historia con Rafael y ahora me doy cuenta de que eran muchas excusas poco convincentes. Por ejemplo, desaparecía el día de San Valentín, el día de la Madre, fines de semana enteros sin una llamada, y cada vez que conseguía contactar con él, ponía la excusa de que estaba de viaje por trabajo, en alguna reunión importante, en un congreso de no sé qué. Hoy sé que todo era mentira, probablemente estaba con su familia, su esposa engañada, tal vez tengan hijos que no tienen ni idea de que su padre es un canalla traidor.

Sé que podría acabar con su pose de hombre de familia, pero ¿qué ganaría con eso? Un hombre obligado a pagar una pensión y culpando al hijo ilegítimo por tener menos dinero disponible en la cuenta cada mes y por destruir su perfecto matrimonio de años.

Es inútil.

Fui muy ingenua, incluso ciega, por no darme cuenta de las señales, pero ahora tengo a alguien a quien cuidar y tengo que preocuparme por hacerme las revisiones prenatales.



Capítulo 1

Leonardo Viana

Me levanto de la cama, mirando a la mujer desnuda jadeando entre las sábanas, su mirada lasciva hacia mi polla lo excita, pero tengo que irme, no tengo tiempo para otra ronda y tengo una regla:

dos polvos como máximo, en el tercero la mujer suele proponer una nueva cita y, en ese caso, no va a pasar.

La segunda cita solo sirve para conocer mejor a la persona, y el interés es uno solo: el sexo. Para eso, no necesito sentir absolutamente nada más que excitación por la mujer en cuestión.

— ¿A dónde vas? Vuelve a la cama, cariño. — Una alarma se enciende en mi mente, nunca nos habíamos visto antes de esa noche, ni siquiera recuerdo el nombre de esa mujer y ella me está llamando cariño.

— Me voy, es mi hora, si quieres puedes quedarte hasta el final del horario, puedes usar la bañera de hidromasaje, la habitación está pagada. — Ella hace una mueca.

— Cabrón, al menos podrías mostrar un poco de sensibilidad. —Pongo los ojos en blanco, aburrido del drama de esta desconocida, y termino de vestirme.

—Seré un poco más sensible, como me has pedido. —Me acerco a ella y veo cómo se anima—. Que pases buena noche, te recomiendo que pidas un coche por una aplicación o un taxi para que te lleve a casa, y ten cuidado, no confíes en extraños. —Le agarro la muñeca cuando intenta darme una bofetada. — Y si me permites el consejo, valórate más y no te acuestes con un hombre que has conocido en un bar, después de solo unos minutos de conversación.

Cojo mi cartera y el móvil y me dirijo a la puerta, sabiendo ya que probablemente ella querrá gastarse una fortuna. Cierro la cuenta de la habitación, asegurándome de que todo lo que gaste correrá a su cargo, y solo dejo pagadas las tres horas, que se agotan en 30 minutos. Ups.

Vuelvo a mi casa y me doy un largo baño, quitándome el perfume de la desconocida de mi cuerpo, me seco rápidamente y me tiro en la cama, sin preocuparme por ponerme ropa, pero arrepintiéndome de no haber comido nada antes de ir al bar en la zona bohemia de São Paulo. Podría comprar algo, pero el cansancio me vence y me quedo dormido, despertándome solo por la mañana, con mi celular sonando.

«Hola», contesto todavía aturdido por el sueño.

— Doctor, tiene que venir rápido, hay una emergencia.

Me levanto inmediatamente y me visto, me lavo la cara y me cepillo los dientes antes de salir corriendo de mi apartamento hacia el hospital donde soy director, en Guarulhos, en el Gran São Paulo. Tardo más de lo recomendado debido al tráfico y, cuando llego, encuentro a uno de los enfermeros de guardia frente al hospital esperándome, lo cual es preocupante.

— ¿Qué ha pasado?

— No queríamos molestarte en tu día libre, pero tenemos a una mujer que acaba de dar a luz y está entre la vida y la muerte. — Corro junto al enfermero, cada vez más preocupado, y cuando llegamos a la sala de partos me alarmo aún más.

— ¿Por qué está aquí sola, por Dios?

— Dejé a Mariana, la residente, con ella. No sé dónde puede estar, pero era ella quien debía estar cuidando a la paciente. — Tomo nota mentalmente para hablar con la residente en otro momento, la prioridad es salvar a la paciente.

Cojo el historial y, aparte del embarazo de alto riesgo, no hay nada que justifique su estado. Vuelvo a mirar al enfermero.

— ¿Ha perdido mucha sangre?

— Conseguimos controlar la hemorragia antes de llamarle.

—Pida inmediatamente bolsas de sangre para una transfusión, llame al neurólogo de guardia, quiero saber si puede tener alguna secuela. Después quiero los nombres de todos los que estuvieron en este parto, necesito saber exactamente qué pasó para que esta mujer quedara en este estado. Me giro para atender a la paciente, pero recuerdo otra información. Póngase en contacto con el obstetra que la atendió durante el embarazo, en el historial dice que fue aquí.

— Sí, doctor. — Él se marcha y yo miro a la paciente.

Parece dormir tranquilamente, pero su respiración es muy superficial y su presión arterial está demasiado baja. La estamos perdiendo.

— Mierda, no puedo creer que hayan hecho eso.

Comienzo los procedimientos para salvar a la paciente, soy metódico y, tras un breve examen, llamo a un equipo para que me ayude a llevarla a la sala de urgencias, donde tendré más equipos para ayudarme.

Al llegar a urgencias, compruebo que la hemorragia no se ha detenido por completo y examino la incisión de la cesárea, buscando la causa raíz para detenerla. Mientras tanto, llega el enfermero con cuatro bolsas de sangre, esperando mi autorización para iniciar la transfusión.

Consigo controlar la hemorragia, tras comprobar que está causada por laceraciones en el útero, y con calma y precisión hago que cese el sangrado, cierro la incisión de la cesárea como debería haberse hecho antes de mi llegada y autorizo al enfermero a iniciar la transfusión. Cuando el procedimiento está en marcha, una residente entra en urgencias.

—¿Cómo está la paciente? —Cierro los ojos.

— ¿Usted realizó el parto? — le devuelvo la pregunta y no necesita responderme para que yo sepa que fue ella quien dejó a la paciente en ese estado. — Cuando la paciente recupere la conciencia, hablaremos en mi despacho, y reza para que sobreviva y no quiera demandar al hospital o te juro que no podrás graduarte.

La residente se retira rápidamente y vuelvo a atender a la paciente. Cuando se estabiliza y su presión se normaliza, autorizo su traslado a la UCI para un mejor seguimiento.

Miro a la mujer llena de aparatos y luego a la enfermera que llega para revisar a la paciente.

«¿Cómo está el bebé?», pregunto.

— ¿El bebé? — Me mira como si me hubiera salido otra cabeza al lado de la principal.

— ¡Por el amor de Dios, llame a la doctora Mariana ahora mismo! — La enfermera sale corriendo y entra la residente que me está sacando de quicio. — Doctora, ¿el bebé que nació esta madrugada fue debidamente identificado con una pulsera igual a la de la madre?

— Sí.

— ¿Y por qué no aparece el número de la pulsera en el historial de la paciente, identificando que el bebé está vivo y sano?

— Estaba más preocupada por detener la hemorragia de la paciente.

—¿Está segura? —Se queda bloqueada—. Porque cuando llegué, todavía tenía una hemorragia grave, abandonada en la sala de partos, esperando, no sé, la muerte o un milagro.

— Tuve que salir de la sala un momento.

— ¡Tu obligación era quedarte allí, con la paciente, tratando de arreglar el error que cometiste!

— Hice una cesárea perfecta, habría sido aún más fácil si la paciente no hubiera estado gritando como una loca mientras intentaba ayudarla a tener al bebé en un parto normal, ahora probablemente ya estaría en casa. — Presiono el puente de la nariz con el pulgar y el índice, buscando la calma.

— ¿Está segura de que es médico?

— Por supuesto que lo soy, doctor.

— ¿Por qué no respetó el informe médico que se adjunta al historial de la paciente? — Ella frunce el ceño.

— Solo seguí el procedimiento del hospital, intentar el parto normal y realizar la cesárea solo si la paciente no tiene dilatación incluso después de la inducción. —Respiro hondo.

— Eso si la paciente no tiene un informe que diga que el embarazo es de alto riesgo y que puede morir si el parto no es por cesárea.

—Pero yo...

—Voy a iniciar una investigación y, como he dicho, reza mucho para que esa mujer sobreviva, para que su hijo esté en algún lugar de este hospital y para que ella no nos demande por negligencia. Ahora, quítate de mi vista e intenta no hacer ninguna tontería.

Ella vuelve a huir de mí y yo miro a la paciente un momento antes de coger su historial. Ni siquiera recuerdo su nombre, estaba más preocupado por la otra información que contenía.

«Isadora Fernandes».

Suelto una breve risa, el nombre combina con su apariencia, pequeña y delicada, pálida, el cabello castaño parece largo, siento curiosidad por saber de qué color serán sus ojos, si también parece un ángel despierto, pero sacudo la cabeza y alejo el pensamiento, ocupándome en encontrar a su bebé, probablemente lo primero que la paciente querrá saber es de su hijo.

Voy a la sala de recién nacidos y le pregunto a la enfermera si hay algún bebé sin la pulsera de identificación. Ella señala a un bebé grande, que parece muy fuerte y duerme tranquilamente. Le pido a la enfermera que imprima la pulsera y se la pongo en su pequeño muñón, asegurándome de que todos sepan que la madre de este bebé está bien viva.

Espero que siga así.



Capítulo 2

Isadora Fernandes

Mi cuerpo parece muy pesado y no tengo ni idea de lo que ha pasado. Algunas imágenes pasan por mi mente, pero no tienen ningún sentido y, desde que la doctora me puso esa máscara de oxígeno para que pudiera respirar, me desmayé y no tengo ni idea de lo que ha pasado.

Empiezo a probar mis extremidades para asegurarme de que todo funciona, muevo los dedos de los pies, siento que se mueven y respiro aliviada, luego aprieto las manos en puños e intento abrir los ojos, que parecen tener arena. La más mínima rendija de luz me molesta y me hace cerrarlos de nuevo.

Hago un nuevo intento y me encuentro con una pared blanca, o mejor dicho, el techo blanco, miro a mi alrededor y veo una cortina cerrada, oigo un ruido constante, ahora más acelerado, probablemente monitorizando mi ritmo cardíaco.

Pero ¿por qué necesitaría eso?

La cortina se abre y aparece la doctora que me atendió en el parto.

— ¡Vaya! ¡Me has dado un susto de muerte! Me alegro de que estés bien. ¿Recuerdas algo? — Frunzo el ceño e intento hablar, pero empiezo a toser por la garganta seca. — No hace falta que hables, solo mueve la cabeza. — Hago lo que me pide y muevo la cabeza hacia arriba y hacia abajo, porque recuerdo algunos momentos del parto.

Recuerdo perfectamente que ignoró el informe médico que le presenté en cuanto me atendió, recuerdo que dijo que ese era el procedimiento del hospital y recuerdo incluso que se mostró irónica mientras yo sufría absurdamente, diciendo que había sido agradable hacerlo y que ahora tenía que apañármelas para sacarlo.

«Mi bebé», consigo decir.

— Está bien. Tuvimos que tomar algunas precauciones mientras no te despertabas. Una dormilona, vaya. — Sonríe y respira hondo mientras mira a su alrededor. — Bueno, ya que todo está bien, voy a continuar con mi turno.

Su comportamiento me resulta extraño, sin entender lo que ha pasado hasta que otra mujer de blanco entra en mi campo de visión.

— Gracias a Dios que se ha despertado, señorita. — Sonrío, encontrando gracioso su modo de ser. — Aquella estaba aterrorizada por si la perdíamos, ya sabe lo que ha hecho. — Frunzo el ceño.

— ¿Qué?

— No te preocupes, el Dr. Leonardo ya ha sido informado de que te has despertado y vendrá enseguida a hablar contigo, y tu bebé está muy bien, enseguida te lo traeremos para que veas lo guapo que es, un *caballero* desde la cuna. — Ella se ríe y se aleja después de comprobar el monitor, mi medicación y el historial.

No tuve tiempo ni de pedir un poco de agua antes de que la enfermera se marchara, sigo mirando a todos lados, nerviosa y aburrida por no poder hacer nada, con miedo por estar sola y empezando a darme cuenta de lo que casi pudo haber pasado.

«Buenos días, señorita Isadora, ¿cómo está?». Miro en dirección a la voz y me encuentro con un hombre alto, de hombros

anchos, rostro serio y preocupado.

Tiene el pelo oscuro, quizá castaño, bien cortado, una barba recortada que resalta la firme línea de la mandíbula, los ojos son de un tono ámbar profundo, con una mirada intensa que parece ver más allá de las palabras. La piel ligeramente bronceada me dice que en algún momento está al aire libre.

«Confusa», respondo después de esforzarme mucho, y mi voz sale bastante ronca.

«¿Recuerdas algo de lo que pasó? Me gustaría que me contaras todo lo que recuerdes, por favor». Su voz es fuerte, con un tono bastante preocupado.

«¿Agua?», pregunto, pido, no sé, pero sé que él esboza una hermosa sonrisa y se acerca.

— Claro, ah, antes de que se me olvide, soy el doctor Leonardo —dice y toma un poco de agua en un vaso, le pone una pajita antes de acercarlo a mi boca con cuidado. — Tómelo muy despacio y solo un poco, si no, puede sentirse mal.

«¿Cuánto tiempo he dormido?», pregunto después de tomar unos sorbos de agua y sentir que mi garganta está menos irritada.

—Una semana. —Mis ojos se agrandan y mi boca se abre en señal de sorpresa.

—¿Y mi hijo?

—Está bien, lo están cuidando en la unidad neonatal, solo necesito hablar contigo antes de traerlo aquí.

—Está bien, recuerdo algunas cosas de cuando llegué aquí. — Coge un taburete y se sienta.

Le cuento todo lo que recuerdo, le cuento las frases que escuché cuando pensaban que estaba inconsciente, y cada vez que recuerdo esos momentos me siento más molesta y enfadada por lo que ocurrió. Entonces me doy cuenta de la realidad y comprendo que podría haber muerto, dejando a mi bebé solo en el mundo, por culpa de la negligencia de una médica arrogante.

— Y eso fue todo, doctor. Sepa que pienso denunciar a esa doctora cuando salga de aquí, no quiero que nadie más pase por lo que yo pasé y lo que ella hizo no se hace.

— Lo sé y te pido perdón, necesitaba escuchar lo que recuerdas antes y tomar una decisión sobre lo que pasó. Te agradezco que me lo hayas contado y puedes contar con mi apoyo para lo que necesites. — Me tiende una tarjeta y la cojo con recelo, aunque encantada con la hermosa sonrisa que me dedica.

— Gracias.

—Voy a pedir que traigan a su hijo, ¿ya tiene un nombre para él?

— Davi, leí en alguna parte que significa «amado». — Sonrío levemente recordando cuando elegí el nombre de mi hijo.

— Es un nombre precioso, voy a buscar a Davi para que vea a su madre. — El médico se marcha y yo respiro hondo.

Ya esperaba quedarme un tiempo en el hospital, no tengo que trabajar porque estoy de baja, pero estoy bastante asustada por lo que ha pasado. Miro al lugar donde el médico cogió el agua y encuentro mi móvil, que no recordaba haber traído.

Leo algunos mensajes de mis padres, que viven en otra ciudad y no pudieron venir cuando les avisé que Davi iba a nacer, me enviaron muchos mensajes.

— ¡Déjeme pasar, es mi hija! — Empiezo a dudar de si no he tenido secuelas, ya que empiezo a oír voces, entonces veo a mi madre abrir la cortina, escoltada por mi padre, tan desesperado como ella, pero por motivos diferentes.

Él intenta contener a su esposa, mi madre solo quiere saber si estoy bien.

— ¡Mamá!

— Claro, ¿quién pensabas que era? Estos empleados no me dejaban verte, todo este tiempo solo me dejaron quedarme aquí unos minutos, tu padre ni siquiera podía entrar, así que se quedó cerca de la guardería, cuidando a su nieto.

— Respira, mamá —le digo, preocupada al verla tan nerviosa.

— Ahora puedo respirar, estás viva, hija mía, gracias a Dios que te has despertado, pensé que... La doctora dijo... — Frunzo el ceño.

— ¿Qué doctora?

— Una que dijo que te asistió en el parto, que al ser un embarazo de riesgo este tipo de cosas podían pasar, y ya ni me

acuerdo de todas las tonterías que dijo esa arrogante, ¡no me gusta!

A pesar de ver a mis padres discutir, a mi padre tratando de contener a mi madre mientras ella se rebela por la forma en que trataron a su hija, mi corazón se llena de alegría por tenerlos cerca de mí.

— Os he echado tanto de menos — les digo, y se detienen, mi madre empieza a llorar y mi padre sonríe con cariño.

Con ellos a mi lado, sé que todo va a salir bien.



Capítulo 3

Leonardo Viana

Voy a la guardería, posponiendo el momento en que tendré que suspender a la Dra. Mariana. Entro en la sala cuando la enfermera sostiene a Davi en brazos, el niño se porta demasiado bien para alguien que nunca ha sentido el calor de su madre en estos pocos días de vida.

—Póngalo en la cuna otra vez, por favor, yo lo llevaré con su madre.

—He sabido que se ha despertado. ¿No tiene secuelas? —pregunta la enfermera.

— No, al menos eso.

—Voy a arreglar la mantita —dice mientras termina de acomodar al bebé antes de ponerlo en la cuna móvil.

Empujo la cuna por los pasillos, bajo la mirada curiosa del bebé.

— Ya vas a ver a tu mamá y todo va a salir bien —le digo poco antes de entrar en la UCI.

—Doctor, los padres de la paciente han irrumpido en la UCI. No he podido impedir que entraran. Su madre casi me golpea, pensé que tendría que llamar a los guardias de seguridad.

— No se preocupe, están aliviados de que su hija esté viva, hablaré con ellos y, cuando tenga un momento, compruebe si hay habitaciones libres en la sala de posparto, por favor.

Me dirijo hacia donde una señora y un señor mayores están hablando con la paciente.

—¿Quién ha venido a conocer a la mamá? —digo, sonriendo al ver el brillo en los ojos de Isadora al ver a su hijo.

Cojo al pequeño bebé y se lo llevo a su madre, bajo la atenta mirada de los abuelos.

—Aquí está —digo entregándole a Davi a Isadora.

«Gracias, Dr. Leonardo», dice emocionada, mirando a su hijo.

Isadora besa la cara de su hijo, huele su olor y le mira las manos y los pies, contando dedo por dedo.

— Sabía que eras perfecto, hijo mío, pero eres aún mejor de lo que pensaba.

—Hija, Davi es tan guapo —dice la señora que imagino que es la madre de Isadora.

— Sí, hija, un niño fuerte como su abuelo.

— Sí, ha heredado nuestros rasgos, solo los nuestros, es nuestro y solo nuestro. — Sus padres se callan y yo me alejo para dejarles intimidad.

Sentí un poco de dolor en su voz y no tengo idea de cómo logré identificarlo, pero esa fue la impresión que tuve. Desde que Davi nació, su padre no vino a visitarlo y cuando los abuelos vinieron a verlo, dijeron que solo su hija registraría al niño cuando despertara o ellos si ella no sobrevivía.

Me avergüenzo de hombres como el padre de Davi, que abandona a sus hijos, independientemente del motivo, él es inocente y no merece desprecio.

Llego a mi oficina y, para mi sorpresa y ahorro de tiempo, encuentro a la Dra. Mariana esperándome delante de la puerta.

— ¿Qué hace aquí?

— ¿Ha visto que la paciente se ha despertado?

— Una semana después de un parto que habría sido rápido si hubiera tenido en cuenta el informe de la paciente o hubiera dejado a un lado su arrogancia y hubiera llamado a un médico titulado y responsable para que supervisara el procedimiento. — Se bloquea, pero mantiene la compostura.

— Eso le podría pasar a cualquier paciente, es normal.

— Mejor entremos, este no es el tipo de conversación que se debe tener en el pasillo. —Entramos en la oficina, me siento en mi silla y le indico que se siente en la silla frente a mi mesa. — ¿Entonces quieres decir que una residente no necesita un médico supervisor para realizar una cirugía?

— ¡Soy perfectamente capaz de hacerlo sola!

— Eso, como tú dices, era un parto de alto riesgo, sobre todo porque insistías en inducir un parto normal que nunca iba a ocurrir. — Veo sus reacciones y expresiones, y sé que no va a aceptar que la contradigan, es demasiado orgullosa para eso, lo cual es muy malo para ella.

— Pero es joven y está perfectamente sana.

— Eso no cambia el hecho de que cometiste un error que podría costarle la vida a una paciente y nos va a costar un proceso largo y costoso. — Sus ojos se agrandan.

— ¿Va a demandar al hospital?

— No estoy seguro, pero si fuera tú, ya prepararía una defensa ante el CRM, porque la denuncia de la paciente es algo que se considera grave.

— ¿Voy a perder mi licencia? — Encojo los hombros.

— Eso no depende de mí, lo que puedo hacer es responsabilizarla por la negligencia cometida según el informe de los colegas presentes en el momento del parto, además del informe de la propia paciente, será expulsada del programa de residencia y enviaré el informe con el motivo de la rescisión del contrato al CRM.

— ¡No puede hacer eso! — La miro con seriedad, molesto con la doctora por desafiarme.

— No solo puedo, sino que lo haré, al igual que investigaré dónde estaba su supervisor, que no vio lo que estaba pasando. — Ella baja la cabeza, se sonroja y se me ocurren todas las peores posibilidades, sobre todo porque dicho supervisor lleva varios días sin aparecer por el hospital y me he visto obligado a reubicar a otros médicos para supervisar a los residentes de este médico.

Tan pronto como la Dra. Mariana sale de mi despacho, el director clínico del hospital y mi mejor amigo, el doctor Felipe Antunes, entra en mi oficina.

— ¿Por qué la residente salió de aquí como un dragón, echando fuego por la boca?

— Porque ha sido expulsada de la residencia.

— ¿Fue por negligencia?

—He recopilado los informes de todos los profesionales que participaron en el parto y de la paciente, solo me falta el informe de su supervisor porque no ha aparecido desde ese día. Ya he pedido que le llamen, pero no contesta al teléfono, simplemente se ha evaporado. —Mi amigo se sienta en la silla que antes ocupaba la doctora y me mira con el ceño fruncido.

— ¿Crees que ellos tuvieron algo que ver?

— Es posible, por la expresión de ella cuando le dije que el Dr. Álvaro Mendes no ha aparecido desde ese día, necesitaba que él explicara por qué no supervisó ese parto si sabe que un residente no puede realizar ese tipo de procedimiento solo. — Suspira.

—Vamos a pedir a la empresa de vigilancia que revise las imágenes de las cámaras, debe haber algo, porque él estaba en el hospital ese día.

— Buena idea, voy a enviar el correo electrónico solicitándolo ahora mismo. — Empiezo a escribir el mensaje, pero me doy cuenta de que mi amigo me está mirando. — ¿Qué pasa?

— ¿Qué tal si salimos a relajarnos un poco hoy?

—Mañana tengo guardia —le respondo con un bufido.

—Eres el director, ¿por qué sigues haciendo guardias?

— Porque me gusta. — Me encojo de hombros.

— Vamos, te prometo que no te tendré hasta muy tarde.

— ¿Adónde vamos?

— Hay algunos bares en la avenida Paulo Faccini, elegimos uno y nos quedamos allí unas dos horas, ¿qué te parece? —pregunta.

— Vale, pero voy con mi coche y no voy a beber.

— Eres un pesado de cojones. — Me río de su queja. — Luego te mando un mensaje y acordamos la hora, ¡pero no me dejes hablando solo por una falda otra vez!

— Qué necesitado.

— ¡Idiota!

Sale de mi oficina y me concentro en mi trabajo, revisando algunos contratos con proveedores y empresas que prestan servicios al hospital. El tiempo pasa más rápido de lo que esperaba y, antes de salir del hospital, paso por la maternidad para ver si Isadora ha sido trasladada a una habitación y voy allí cuando la enfermera me da el número. Llamo a la puerta y la abro cuando me autorizan la entrada.

— Buenas noches, solo vine a ver si todo está bien y si los están atendiendo como es debido.

— Sí, las enfermeras son muy atentas y los médicos que me han visitado aquí también. — Asiento con una sonrisa.

— Me alegro. — Nos miramos por un momento y, por primera vez frente a una mujer, me quedo sin saber qué decir. — Me voy entonces, solo vine a ver si todo estaba bien.

— Gracias por todo.

Salgo de la habitación con una extraña sensación en el pecho, una necesidad de proteger a esta mujer a la que ni siquiera conozco y a la que probablemente no volveré a ver después de que le den el alta.



Capítulo 4

Isadora Fernandes

Tener a mi hijo en brazos, sentir su cuerpecito cerca del mío, sentir que ahora puedo protegerlo, es maravilloso. En este momento solo puedo estar agradecida por lo que el Dr. Leonardo está haciendo por nosotros, mis padres pueden visitarnos con más tranquilidad ahora que estoy en la habitación y él ha pedido que Davi se quede conmigo. Todavía no puedo levantarme, así que mi madre lo hace cuando llora porque tiene hambre o porque tiene el pañal sucio.

«Siempre te cuidaré, ahora todo va a salir bien», le digo, acariciándole la carita.

— ¿Estás bien, hija? —pregunta mi madre, entrando en la habitación.

— Sí, me duele un poco la zona de la operación, pero estoy bien —respondo.

— Pronto te irás a casa y me quedaré contigo un tiempo para ayudarte a cuidar del bebé mientras se te curan los puntos.

— Gracias, mamá, no sé qué haría sin ti.

—Te las arreglarías.

—¿Cómo que casi te mueres y me entero ahora? —dice mi mejor y única amiga, entrando en la habitación como el huracán que es.

«Lo siento, no pude enviarte el mensaje por telepatía». Ella entrecierra los ojos.

— Solo no te pego porque tienes un bebé precioso en brazos y acabas de salir del quirófano, pero deja que te recuperes para ver si no te parto la cara.

—Qué cariñosa eres —bromeo, riendo.

Ana Paula Medeiros, alias mi mejor amiga, es un amor de persona, no haría daño ni a una mosca, pero es una fiera cuando se trata de defender a sus seres queridos. Ella fue quien estuvo a mi lado durante la mayor parte del embarazo, quien me escuchó desahogarme sobre Rafael y quien conoce toda nuestra historia.

— ¿No sabes quién ha salido de una alcantarilla para saber de ti? —pregunta, y mi madre hace un gesto indicando que va a tomar un café y nos deja charlar tranquilamente, después de coger a Davi, que está dormido en mi regazo, y acostarlo en la cuna.

— No sé si quiero saberlo.

—Ese mismo, el *cafachorro*[1] de tu ex.

— ¿Qué quería?

—Nos encontramos el otro día cerca del trabajo y, con toda la cara del mundo, me preguntó cómo estabas. —Cierra los ojos y resopla.

— ¿Qué le dijiste? —le pregunto. Se sonroja y ya sé que ha metido la pata.

— Que estabas muy bien, que salías con un hombre maravilloso que, además, había asumido la paternidad del hijo que él intentó pagarte para que abortaras. — Me río de ella.

— No tenías por qué mentir, amiga, solo tenías que decir que no te interesaba y seguir tu camino.

— No, después de lo que hizo, se merecía quedarse rumiando el hecho de que tú encontraras a un *chico* mil veces mejor que él. — Me río de nuevo.

— Pero no he encontrado a ningún hombre, al contrario, estoy más sola que cuando estaba con él y Rafael viajaba constantemente, lo que ahora sé que era solo una excusa para dejarme sola y quedarse con su familia.

— Deberías solicitarle la pensión alimenticia, él tiene que ayudarte, no tuviste a Davi sola, él es tan responsable como tú del bebé. — Niego con la cabeza.

— No quiero nada de él, si solicito la pensión alimenticia le daré derecho a tener contacto con mi hijo y eso no lo quiero, Davi es solo mío.

— Está bien, amiga, sabes que si necesitas ayuda, aquí estoy. — Nos abrazamos y hablamos de temas más ligeros.

Hoy hace dos semanas que estoy en el hospital y el Dr. Leonardo no ha vuelto a verme desde que me trajeron a la habitación. No debería, pero sigo esperando a que entre para confirmar que todo está bien, para verlo al menos una vez más antes de que me den el alta, pero creo que es esperar demasiado. Es solo porque me siento protegida cerca de él, al fin y al cabo, fue quien me salvó la vida.

— De repente te quedaste callada, ¿qué pasa? — Le cuento lo del médico y mi amiga sonríe, muy contenta. — ¿Estás enamorada de tu médico?

— No es mi médico y no me gusta, solo le estoy agradecida.

— Engáñame, me gusta. — Nos reímos juntas y, solo para molestarme, el Dr. Leonardo llama a la puerta y la abre un poco.

— Buenas tardes, ¿puedo pasar? — Sonrío y mi amiga me mira divertida, conociéndome bien, y yo intento disimular cómo se acelera mi corazón en su presencia.

No me atrae, solo es gratitud, nada más.

— Claro — respondo.

— ¿Cómo estás?

— Bien, cada día mejor, y los puntos ya casi no me duelen. — Sonríe.

— Eso es estupendo, creo que en un par de días podré darle el alta, pero si nota cualquier cosa diferente, vuelva inmediatamente y llámeme.

— Sí, doctor. — Revisa el historial, me examina y, sonriendo, se dirige a la puerta.

—Volveré a visitarte cuando te den el alta.

Cuando se cierra la puerta, respiro hondo.

—¡Eres una perra! ¿Cómo tienes el descaro de decir que no sientes nada por ese monumento? Hasta yo sentí algo, estabas allí toda derretida por el doctor guapo. —Le doy un golpe en el brazo y ella se ríe aún más.

— No seas tonta.

— Si me quieres así, ¿para qué cambiar? — Nos reímos juntas.

— Te quiero de verdad, loca.

Seguimos hablando hasta que vuelve mi madre, entonces Ana Paula se va, prometiendo visitarme una vez más antes de que me den el alta.

Trabajamos en la misma oficina, pero ella es secretaria de otro socio de la empresa, lo que hace que nuestros horarios sean muy similares, por lo que nos hemos acercado y, charla tras charla, ha nacido una gran amistad. Estoy muy agradecida de tener a Ana en mi vida, es más que especial y, aunque no lo espera, la invitaré a ser la madrina de Davi.



Capítulo 5

Leonardo Viana

No me enorgullece huir de una paciente que ni siquiera puede caminar sin ayuda y que no tendría posibilidad de seguirme. *Ni interés.*

Pero fue mejor que quedarme allí con una excusa ridícula, ya que ella está a punto de recibir el alta, no tendría ningún sentido que me quedara en su habitación.

Al final del día, dejo mi bata en la oficina, cojo el maletín y le envío un mensaje a Felipe avisándole de que me voy, y él me responde que me está esperando delante del hospital. Llamamos a un taxi para que nos lleve a la Avenida Paulo Faccini, donde está el bar del que me habló.

Llegamos al lugar y, aunque todavía es entre semana, está bastante lleno, lo que me desanima un poco. La música muy alta después de un día agotador de trabajo me estresa más que me relaja, pero sigo intentando pasar un rato divertido.

«Deja de fruncir el ceño y tómate una cerveza», dice mientras se dirige al bar, y yo lo sigo pidiendo exactamente eso, una cerveza que llega a mis manos tan fría que casi me congela los dedos.

Doy un largo trago, sintiendo el efecto relajante de tomar una cerveza helada.

«Vaya, está increíble», comento, y Felipe choca su cerveza con la mía, brindando.

«Estas últimas semanas han sido muy estresantes», dice mientras caminamos hacia una mesa y nos sentamos.

«Ni me digas, y aún podemos tener más problemas».

«¿Por qué fuiste a la habitación de la paciente?», me pregunta, sorprendiéndome.

«Porque me preocupaba que hubiera alguna complicación más». Él chasquea la lengua y pone cara de asco.

—No me digas, nunca has hecho eso con ningún paciente y algunos estaban mucho peor que la que atendió el parto la Dra. Mariana. —Hago una mueca al oír el nombre de esa doctora.

— Esa arrogante no admite de ninguna manera que cometió un error, no sé qué tenía en la cabeza para cometer una cagada así. Hacemos un maldito juramento, ¿acaso eso no vale nada frente a la convicción de que era capaz de asistir un parto de un embarazo de riesgo sin supervisión?

—¿Te has desahogado? —pregunta, al verme respirar hondo después de todo lo que he dicho y, la verdad, me siento más relajado.

— Sí, gracias, lo necesitaba. — Sonríe y me da una palmada en el hombro.

— Para eso estoy aquí.

Nos conocimos en la facultad de medicina y nos hicimos amigos de forma natural, hicimos la residencia juntos y, cuando llegué al cargo de director, lo llamé para trabajar en el hospital que dirijo. Nuestra colaboración hace que el hospital sea uno de los mejores de la región, incluso con algunas dificultades como la recepción de suministros, al fin y al cabo, es un hospital público y dependemos de la gestión municipal para este tipo de cosas.

—Cambiemos de tema—, digo, sin querer hablar más del problema que la doctora causó al hospital.

— Sí, ¿te interesa la mujer? — Frunzo el ceño.

— ¿Qué? — Él pone los ojos en blanco.

— ¿Me vas a decir que conseguiste una habitación en un hospital abarrotado por puro altruismo? Soy tu mejor amigo, nos conocemos desde hace cuánto, ¿unos 20 años? Te conozco mejor que nadie.

— Deja de decir tonterías, sabes que no me interesa nadie, no tengo relaciones.

— Nadie te ha dicho que te cases con ella.

— Es mi maldita paciente, ¿estás loco?

— No, pero sois humanos y, admítelo, es jodidamente guapa y muy atractiva, pronto dejará de ser tu paciente y nada os impedirá salir y divertiros juntos. — Me paso las manos por la cara.

— Ni lo pienses. — Él sonríe, sin parecer muy convencido.

— Si tú lo dices, ¿entonces está bien que te diviertas con esa chica guapa de ahí? — pregunta señalando con la cabeza hacia su derecha y busco a quién se refiere, encontrando a una mujer hermosa, con un cuerpo escultural, pero le falta algo que no sé identificar, no me atrae por mucho que me mire y me sonría, interesada.

— No me interesa. — Felipe se atraganta con su cerveza, casi escupiendo.

—Tío, ¿tienes algún problema? Ella está interesada en ti, ive a por ella!

— No quiero —digo terminando mi cerveza. — ¿Quieres que vaya a por más? —Él asiente con la cabeza, todavía incrédulo.

La música cambia de animada a romántica, haciendo que las parejas se unan para bailar pegadas. La voz de Paula Fernandes invade el ambiente y, prestando atención a la letra, la imagen de Isadora aparece automáticamente en mi mente.

«Quiero ser para ti
La luna iluminando el sol
Quiero despertar cada día
Para darte todo mi amor

Quiero ser para ti
Los brazos abiertos que te envuelven
Y con cada nueva sonrisa tuya
Seré feliz por amarte

— Se me ha acabado el tiempo — digo, mirando el reloj, perturbado por la letra y por lo que sentí al imaginar a Isadora.

No tenía que pasar esto.

— Es temprano — argumenta Felipe.

—Mañana me levanto temprano, hablamos luego.

Pido un coche por la aplicación después de ir a la caja y pagar mi cuenta, pero en lugar de dar la dirección de mi apartamento, doy la dirección del hospital. La planta de maternidad está vacía, la enfermera de guardia debe de haber ido a cenar y, en un impulso, voy a la habitación de Isadora.

Abro la puerta lentamente, tratando de no hacer ruido, y la encuentro dormida. Entro y cierro rápidamente para no despertarla, me acerco silenciosamente a su cama y la veo dormir, recordando la música y sintiendo que mi corazón se acelera.

«¿Qué me está pasando?», pregunto sin dirigirme a nadie en concreto.

Un ruido fuera me asusta y veo que los ojos de Isadora tiemblan, despertándose. Me agacho rápidamente y me escondo a los pies de la cama, esperando a que se vuelva a dormir para poder salir.

¿Qué coño estoy haciendo?

En cuanto su respiración se vuelve regular de nuevo, levanto un poco la cabeza para comprobar si está dormida y respiro aliviado por no haber sido descubierto. Vuelvo a la puerta, sintiéndome como un adolescente haciendo una travesura.

Bajo al estacionamiento y recojo mi coche, que había dejado aquí para salir con Felipe, y vuelvo a casa, dejando para cuando llegue a casa, lo que ocurre bastante tiempo después, la culpa por conducir después de tomarme dos cervezas.

Entro en mi apartamento vacío, con una decoración genérica y fría, sin ningún sentimiento de hogar, y echando mucho de menos

esa sensación de pertenecer a un lugar.

«Debe ser la cerveza en mi sistema», me digo a mí mismo y me voy a dar una ducha antes de tirarme en la cama y quedarme dormido, y para mi desesperación, el último pensamiento que tengo es sobre ella.

Estoy jodido.



Capítulo 6

Isadora Fernandes

Termino de arreglar a Davi, cojo su bolso y el mío, y salgo de la habitación con la ayuda de Ana, que ha venido a ayudarme con el alta mientras mis padres preparan mi apartamento para los próximos días. Mi padre vuelve a su casa y mi madre se queda ayudándome hasta que se curen los puntos y se asegure de que puedo arreglármelas sola, entonces volverá a su casa y solo quedaremos mi hijo y yo.

Estoy nerviosa, ansiosa y aterrorizada ante esta perspectiva. Cuando estaba embarazada, sabía que este momento llegaría, pero tuve tiempo para prepararme. Ahora solo se retrasará unas semanas el momento en que ya no tendré ayuda.

— ¿Qué cara es esa? ¿Es porque el médico guapo no ha venido a verte? — pregunta y le doy un golpe en el brazo.

— Cállate, no es eso, solo tengo un poco de miedo.

— No tienes por qué tener miedo y, si tienes algún problema, puedes volver aquí y mandar a que me llamen. — Me estremezco al oír la voz del Dr. Leonardo, pero intento disimular mi sorpresa.

— Hola, doctor. — Él sonríe y mira un momento a Davi, dormido en mi regazo.

— He venido a felicitarte por el alta y a despedirme, pero te recuerdo que, si necesitas algo, puedes pedirme ayuda. — Me entrega su tarjeta y mi corazón se acelera como no lo había hecho en mucho tiempo.

— De nuevo, muchas gracias.

— Solo hice mi deber, no tiene por qué darme las gracias —dice sonriendo, y me vuelvo hacia Ana, que apenas puede disimular la sonrisa que quiere abrirse en su rostro.

— Bueno, adiós — digo y me doy la vuelta, indicándole a Ana la dirección de los ascensores.

Vamos juntas y en silencio, sin esperar la respuesta del médico que no se me va de la cabeza, pero del que necesito mantenerme alejada. Es solo el médico que me salvó la vida, nada más.

Llegamos a mi apartamento y agradezco mentalmente que todo esté limpio y ordenado. Ya sabía que mi madre es maravillosa, solo ha vuelto a demostrarlo.

— ¡Qué bien que hayan llegado! Dame esas bolsas, niña, las pondré en la habitación de Dora. — Mi madre le quita las bolsas a Ana y las lleva a mi habitación, donde ya hay montada una pequeña cuna para Davi, una parte de mi armario solo tiene ropa suya, zapatitos, calcetines, toallas, todo suyo.

— Tengo que irme ya, porque tu apartamento tan limpio me ha recordado que tengo que ordenar el mío — dice, dándose la vuelta para salir.

—Espera, chica, ven a desayunar con nosotros, come algo y luego puedes irte a casa. —Le sonrío a mi amiga haciéndole señas para que entre, mi padre cierra la puerta cuando estamos dentro del apartamento y voy a mi habitación a acostar a Davi en la cuna.

Mirarlo mientras duerme me llena el corazón de calidez, tan tranquilo y sereno, mi hijo duerme plácidamente y pongo el monitor

electrónico a su lado, llevándome el otro aparato conmigo al salón, donde están todos reunidos.

— Come, hija mía, es hora de probar algo diferente a la comida del hospital.

— Pero la comida allí no era tan mala como dicen. — Mi madre resopla.

— La comida del hospital es siempre igual, ¿crees que van a preparar comida diferente para las necesidades de cada paciente? Lo hacen todo con poca sal, siguiendo diversas restricciones, y eso es lo que hay. — Me río.

— ¿Cuándo fue la última vez que comiste comida de hospital? — Ella cruza los brazos.

— Hace tiempo y no pienso volver a comerla. — Me río mientras corto un trozo del pastel de maíz que ha hecho mi madre.

Le doy un mordisco, gimiendo de satisfacción al sentir el sabor del pastel, y tomo un sorbo del té que me ha servido en una taza, suspirando también de satisfacción.

—Vaya, mamá, todo está delicioso.

—Claro que sí, está hecho con amor, lo mínimo es que esté delicioso.

—Tu madre es tan modesta como tú, amiga, ya sé de quién lo has sacado. —Le doy otra palmada en el brazo a Ana, pero acabamos riéndonos.

Hablamos un poco más antes de oír el llanto de mi hijo resonando a través de la puerta cerrada de la habitación.

— Los pulmones de este niño son tan buenos que ni siquiera necesita ese aparato, hija — comenta mi padre, orgulloso de la potencia del llanto de su nieto.

—Mi oído lo confirma —bromeé mientras me dirigía al dormitorio y cogía a mi hijo en brazos—. Mamá está aquí, mi amor, ¿qué necesitas? ¿Tienes hambre? ¿O se te ha ensuciado el pañal? — le digo, y él deja de llorar y me mira, pero enseguida vuelve a llorar —. Bueno, veamos qué te molesta.

Acerco mi cara a su culito y siento el aroma divino que emana de una criaturita tan pequeña, me río de mi pensamiento y empiezo a quitarle el pelele para comprobar el desastre en el pañal, y

enseguida me doy cuenta de que es mayor de lo que pensaba. El mono estaba más caliente de lo normal, tiene caca hasta la mitad de la espalda, así que lo dejo sobre una toalla, después de usar una toallita húmeda para quitar el exceso de suciedad de su piel, manteniendo un pañal de tela para prevenir accidentes.

Preparo el baño de Davi con la bañera desmontable que me regalaron en el baby shower que hice poco antes de su nacimiento. Mi madre me ayuda a llenarla con agua tibia y a bañar a mi hijo. Lo seco, le pongo un pañal limpio y el pijama que le regalaron mis padres.

Cuando vuelve a quejarse, imagino que tiene hambre, así que me bajo la blusa y el sujetador de lactancia, acerco a mi hijo a mi pecho y él enseguida empieza a mamar, suspirando por tener la barriga llena y no tener ya el pañal sucio.

«Tengo que tener cuidado de no mimarte demasiado, si no te convertirás en uno de esos niños maleducados que faltan al respeto a sus padres, y a veces incluso les pegan, cuando no se cumplen sus deseos», le digo a Davi, que está casi dormido.

Con la ayuda de mi madre, vuelvo a acostar a Davi en la cuna y siento dolor en la zona de los puntos, llamando la atención de mi madre al gemir de dolor después de hacer un movimiento brusco sin querer.

— Acuéstate un rato, hija, necesitas descansar porque los puntos aún no han cicatrizado, deja que yo lo arregle todo allí, el próximo fin de semana tu padre volverá a casa y yo me quedaré aquí.

«Le echaré de menos», digo.

Mi madre parece querer decir algo, pero se calla y sale de mi habitación con una sencilla sonrisa en el rostro. Sé que preferiría que pasara este tiempo de recuperación en su casa, pero no quería darles trabajo y mi intención siempre fue quedarme aquí, en mi casa.

— Amiga, me voy a casa — dice Ana en voz baja y me lanza un beso, al que yo respondo con otro. — Prometo que volveré otro día — dice sonriendo y yo le digo adiós con la mano.

Durante esa primera semana en casa, mi madre me ayuda con la mayoría de las tareas domésticas, permitiéndome hacer alguna que otra cosa para acostumbrarme, pero siempre con calma. También me ayuda cuando Davi llora por la noche, enseñándome a entender lo que puede estar sintiendo, a identificar sus diferentes llantos y a saber si tiene hambre, si tiene el pañal lleno o si le duele algo.

Contengo las lágrimas cuando mi padre se despide, pero entiendo que prefiere volver a su casa. A la semana siguiente me siento insegura al ver la destreza de mi madre para cambiarle el pañal a mi hijo, bañarlo y hacer cualquier cosa con él en brazos sin miedo a que se caiga. Me doy cuenta de lo mucho que dependo de su ayuda y el miedo al momento en que me dejará sola con él aumenta mucho.

Mi madre me acompaña a la consulta con el médico, en la cuarta semana de recuperación, si contamos el tiempo que estuve en el hospital. Me alegra saber que la cicatriz aún requiere cuidados, pero está como debe estar, ya no siento tanta molestia al caminar y me siento más segura al sostener a Davi en brazos, bañarlo y mecerlo. Me doy cuenta de que mi madre me deja encargarme del cuidado de Davi, sin intervenir, pero estando lista por si la necesito.

En las últimas tres semanas que mi madre pasó conmigo, pasamos por días en los que Davi tenía cólicos y lloraba durante horas seguidas, así como por sus primeras sonrisas, que aceleraron mi corazón y me hicieron más feliz de lo que he sido en toda mi vida. Mi amor por este ser tan pequeño es incondicional, siento que sería capaz de cualquier cosa para mantenerlo seguro y feliz. Al mismo tiempo, me atormenta el miedo al momento en que mi madre se vaya.

Llega el día de su partida, dejándome muy triste, ni siquiera puedo decirle adiós sin derramar algunas lágrimas.

— ¡Deja de ser tan dramática, no me estoy muriendo! Solo voy a volver a mi casa y cuidar de tu padre, pero si necesitas algo, solo tienes que llamarme y vendré lo antes posible, lo sabes, ¿verdad, hija?

— Lo sé, mamá —digo con más lágrimas corriendo por mi rostro.

— Entonces dame un abrazo. — Abre los brazos y acepto su abrazo.

Nos quedamos abrazadas un momento, luego se separa y me da un beso en la frente.

— No me vuelvas a asustar así, no sé si mi corazón lo aguantará — dice en voz baja para no despertar a Davi. — Y no lo olvides, antes de ser madre eres mujer y tienes derecho a ser feliz. — Me besa en la cara de nuevo, coge su maleta, se dirige al ascensor y me lanza otro beso antes de que se cierre la puerta.

Me veo totalmente sola, sin nadie que me ayude a cuidar de mi hijo, ahora solo somos él y yo. El silencio del apartamento me hace recordar todas las promesas que Rafael hizo y nunca cumplió, todas las veces que salíamos juntos y él se quedaba con cara seria hasta que volvíamos a su apartamento, mirando a todos lados, discutiendo conmigo, ahora sé el motivo.



Capítulo 7

Leonardo Viana

Las semanas siguientes pasan como una exhalación, el hospital sigue con su rutina habitual, sin más problemas, hasta que llegan dos notificaciones a mi mesa. La Dra. Mariana está demandando al hospital y su paciente está demandando al hospital y a la médica. Isadora cuenta con la ayuda de un abogado de oficio en el proceso, pero él se ha apresurado a iniciar tres procesos a la vez.

Uno en la esfera civil, contra el hospital, un proceso administrativo en el CRM contra la doctora y otro penal contra la misma persona. El proceso de Mariana contra el hospital probablemente será anulado cuando presentemos estas notificaciones en la audiencia, lo que justifica su despido.

Unos golpes en la puerta de mi despacho me sacan de mis pensamientos sobre Isadora. Felipe entra en cuanto le doy permiso.

— ¿Qué pasa ahora? —pregunto.

— Su paciente está ahí, desesperada, y solo acepta que la atienda usted. Me levanto con el corazón acelerado.

—¿Isadora?

—¿Quién más? —Sonríe de lado y salgo de mi oficina sin saber siquiera dónde está ella. —Espera, *tío.*

—¿Esperar qué?

— ¿No quieres saber dónde está? Te ahorrará tiempo. —Me detengo y lo miro—. En la sala de urgencias infantiles.

Corro hacia el sector que me ha indicado, con el corazón acelerado, sin querer ni pensar en el motivo por el que me siento así solo por saber que ella está aquí de nuevo.

Llego a la recepción de la sala de urgencias infantiles y busco a una de las recepcionistas, que me señala dónde está Isadora con Davi en brazos, tratando de calmarlo a toda costa.

«Hola, ¿cómo está?», pregunto en cuanto me acerco.

«He intentado de todo para que deje de llorar, pero grita tanto que estoy segura de que le duele algo», dice casi llorando también.

—Ven conmigo. —La agarro del brazo y la llevo hasta el mostrador—. Rellena su ficha y dime dónde está el Dr. Caio Rezende.

— Está en la consulta 5, pero está atendiendo.

— No le pase ningún paciente, en cuanto salga el que está en su consulta, le llevaré a Davi para que lo vea.

—Pero, doctor, hoy hay mucha gente aquí.

—Solo haz eso —le digo, y ella coge el documento que Isadora le tiende para hacerle la ficha.

Extiendo la mano y la pongo delicadamente en la frente de Davi, que está muy caliente.

— ¿Le ha tomado la temperatura?

— No quise medirla, está tan caliente que hasta yo sé que probablemente tiene fiebre, por eso vine corriendo aquí.

— ¿Por qué no me llamó? — le pregunto y ella me mira fijamente por un momento.

—Pedí que te llamaran. —Encoge los hombros mientras mece al bebé, incansable en su intento por calmar a su hijo.

— Doctor, el Dr. Caio ya tiene el alta.

—Lleve los documentos a su consulta para que los firme, yo se los llevaré. —La recepcionista se queda tan sorprendida que no tiene tiempo de reaccionar antes de que arrastre a Isadora hasta la consulta de otro amigo mío, un colega muy competente y de mi confianza.

Llamo a la puerta de su consulta y él nos autoriza a entrar.

— Mira quién está aquí, ha salido de su capullo, de su prisión, o como quiera que se llame ese su... — No termina de hablar porque ve a Isadora entrando justo detrás de mí. — ¿Quién es ella?

—Isadora, este es el Dr. Caio Rezende, ignora las bromas, puede que no lo parezca, pero es muy competente. —Mi amigo cruza los brazos y esboza una sonrisa burlona antes de que su atención se centre en el bebé, que aún no ha dejado de llorar y está muy rojo.

— Parece que alguien está muy molesto, veamos qué le pasa. — Le indica la camilla a Isadora, que acuesta al bebé para examinarlo. — ¿Cómo se llama?

—Davi —respondo antes de que Isadora pueda respirar para contestar.

—¿Es usted su padre? —Mi amigo levanta una ceja y yo cruzo los brazos.

— No.

— Entonces lárgate de aquí. — Frunzo el ceño y, cuando empieza a examinar al bebé con atención, pienso que ha desistido de echarme, pero me sorprende. — ¿Necesita limpiarle los oídos? Lárgate de aquí. Voy a atender al bebé y hacer mi trabajo, ya les ha ayudado y ahora puede volver a su sala.

Su comportamiento me resulta extraño, pero dejo las preguntas para más tarde, salgo de la consulta y espero frente a la puerta. Sigo oyendo llorar a Davi un rato más antes de que la consulta se quede en silencio y me siento aprensivo. Debería haber vuelto a mi oficina, como me recomendó Caio, pero no consigo obligarme a alejarme de la puerta de su consulta hasta que se abre y se encuentran conmigo. Isadora parece aliviada, aunque todavía tiene aspecto cansado, y Davi duerme tranquilamente en su regazo.

— No se olvide de ponerle el medicamento cada ocho horas, en cuatro días ya no sentirá dolor, no se preocupe, eso sucederá, pero si el malestar persiste después de suspender la medicación, puede volver aquí.

Ella me mira brevemente y se va con su hijo, Caio se queda mirándome.

— Entra, por favor —me dice, haciéndome espacio para entrar en su consultorio.

— ¿Qué le pasa? —pregunto, genuinamente preocupado.

— Dolor de oído —responde sentándose en su silla, con calma.

—¿Por qué me echó de aquí? —Levanta una ceja.

—Usted no es uno de los responsables del niño, no tenía motivos para estar presente, a menos que haya algo que yo no sepa. —Cruza los brazos.

— No, solo quería ayudar.

—Y lo has hecho trayéndola aquí, era lo que estaba a tu alcance y ella te lo agradece, fin de la conversación. —Frunzo el ceño y él respira hondo—. Mira, sé que te preocupas por esta paciente en particular y por la niña, pero ella ya se ha ido de aquí y ya no es tu responsabilidad, ya no tienes que hacer esto.

Esa respuesta me molesta mucho.

— Lo sé. — Salgo apresuradamente de su consultorio, necesito verla una vez más.

No debería ir tras Isadora, no debería hacerlo, ninguno de los dos tenemos espacio para lo que mi corazón insiste en decir que quiere, pero es terco.

La encuentro en la parada de autobús cerca del hospital y me acerco a ella.

«Hola», le digo, y ella se gira hacia mí asustada.

«Hola», responde.

—Perdona por mi amigo, es muy competente, pero no muy cortés.

—Ha sido muy educado conmigo.

—Pero no conmigo —sonríe.

«Gracias por ayudarme a que me atendieran más rápido, seguro que Davi habría pasado mucho tiempo gritando en esa

recepción hasta que nos atendieran».

— De nada. — Me acerco más, mirando al bebé que duerme tranquilamente, y siento que mi corazón se calienta al fijarme en sus mejillas sonrosadas, su carita marcada por las lágrimas que derramó mientras sentía dolor, su cabello creciendo. — Si necesitas cualquier cosa, puedes llamarme a cualquier hora.

— Ya ha hecho mucho por mí.

— Estoy dispuesto a hacer mucho más.

A estas alturas ya no me importa el filtro, si estoy diciendo tonterías o si mi cerebro ha activado la alerta roja para dominar mis impulsos, que están siendo controlados por mi corazón. Yo, que pensaba que tenía un corazón de hielo, completamente derretido por una mujer y un bebé que, hasta hace unas semanas, nunca había visto antes.

— No puedes decir esas cosas. — Me acerco más, con cuidado de no aplastar a Davi, mi cara queda muy cerca de la suya, nuestros ojos se alinean y su respiración se altera.

— Sí que puedo. — Levanto la mano lentamente y la paso por su rostro, sintiendo su piel delicada, cálida al tacto. — No sé por qué siento este deseo de estar cerca de vosotros, pero ya no puedo resistirme. — Haciendo acopio de todo mi control, le doy un ligero beso en la frente.

Hay un niño entre nosotros y este no es el lugar para lo que realmente me gustaría hacer.

— Pero no puedo, lo siento. — Mi corazón se encoge cuando ella se aleja apresuradamente y se sube al primer autobús que pasa.

— ¡Joder!



Capítulo 8

Isadora Fernandes

Me alejo corriendo, con el corazón acelerado. Pido un coche por una aplicación y vuelvo a mi apartamento, respirando aliviada solo cuando llego al lugar. Davi está más tranquilo, pero aún tengo que comprar sus medicamentos, los pido por Internet para que los entreguen aquí.

— ¿Qué ha sido eso? — Me pongo la mano en el pecho, todavía sintiendo mi corazón acelerado.

Después de lo que hizo Rafael, decidí cerrar mi corazón, concentrarme en mi trabajo y en ser madre de Davi, al menos por ahora. Voy a seguir mi resolución, no es momento para relaciones.

Me asusto cuando suena el interfono y, al mirar el móvil, veo que los medicamentos que pedí en la farmacia ya han salido para su entrega. Bajo corriendo a la portería, con cuidado de no despertar a

Davi, recojo los medicamentos y vuelvo, comprobando la receta y programando alarmas en el móvil para no olvidar los horarios.

Cojo el vigilabebés y me lo llevo al baño, donde me doy un largo baño, recordando cada momento desde que conocí a mi salvador.

«Es gratitud, solo eso», me digo a mí misma.

Me pongo el pijama y vuelvo a la habitación. Cuando termino de ducharme, compruebo cómo está Davi y me acuesto, quedándome dormida casi inmediatamente y despertándome solo con la alarma del móvil.

Le doy la medicina a Davi y le envío un mensaje a Ana.

«Tu sobrino está enfermo».

Miro la hora en el móvil y veo que es de madrugada, cojo a Davi en brazos y lo mezo suavemente, queriendo sentir su cuerpecito acunado por mis brazos, que puedo cuidarlo y protegerlo sin ayuda.

— Su tía debe estar durmiendo a estas horas, ¿no? — Él refunfuña un poco y abre los ojitos, somnoliento, además de la medicina, también ha llegado la hora de amamantarlo.

Me acomodo en la cama y lo coloco cerca de mi pecho, sonrío al sentir cómo succiona la leche con ganas.

— Creo que alguien tiene hambre, ¿verdad, grandullón? — Me mira mientras se alimenta y pone su manita en mi pecho, tratando de sujetarlo, como si pudiera perderlo en cualquier momento. — Mamá no va a huir, mi amor, puedes mamar tranquilo.

Pongo una canción de cuna en el móvil y pronto lo siento relajarse, sus ojos se cierran y deja de mamar, quedándose dormido en mi regazo.

— No tienes ni idea de lo aliviada que me siento al ver que ya no sientes dolor, estaba desesperada, ¿sabes? — Sé que no me va a responder, pero siento la necesidad de hablar con alguien y él es la única persona que tengo aquí, por mucho que no tenga ni idea de lo que estoy hablando y ni siquiera lo entienda.

Lo acuesto a mi lado en la cama y me acuesto a su lado, quedándome dormida mientras lo veo dormir.

Los próximos días son más agotadores y, cuando Davi llega al cuarto mes, me entra el pánico por tener que volver al trabajo y no tener a quién dejarlo. Ni siquiera se me ocurrió buscar una guardería. Miro mi correo electrónico para comprobar la fecha y tengo menos de dos semanas para encontrar un lugar donde dejarlo. Sería mejor que estuviera cerca de mi trabajo, pero el coste de una guardería en esa zona es mucho más alto que mi salario mensual, por lo que no es viable. Con el tiempo de desplazamiento, siempre llegaría tarde al trabajo por la mañana y luego tarde a recogerlo a la guardería.

— ¿Y ahora qué? ¿Qué hacemos?

Podría contratar a una niñera, pero no confío en otra persona para cuidar a mi hijo.

— Bueno, vamos a dar un paseo y mamá pensará qué hacer.

Preparo su bolso y el cochecito, me pongo ropa cómoda y salgo a dar un paseo. Cerca del condominio donde vivo hay una panadería grande, que a esa hora no suele estar llena, así que voy allí y pido un desayuno sencillo.

Aquí también está cerca del hospital donde nació Davi y, solo de pensar en ese lugar, me viene a la mente la imagen del Dr. Leonardo, la forma en que me miró la última vez que nos vimos, como si esperara que le pidiera ayuda cuando la necesitara. Pero él no tiene ninguna obligación conmigo, ni con Davi.

Oigo un movimiento y veo entrar a más clientes, mi corazón da un salto, tropieza, se detiene y vuelve a latir cuando veo quién ha entrado. Con el pediatra que atendió a Davi y otro hombre más, Leonardo entra en la panadería riéndose de algo que han dicho. El pan en mi mano se queda a medio camino de mi boca, mis ojos ni siquiera parpadean y, por mucho que quiera controlar mis reacciones y disimular, no puedo.

Alguien deja caer un vaso a mi lado, asustándome, y aparto la mirada de él, que no me ha visto y no quiero que me vea, como mi pan y tomo mi chocolate caliente, mirando a Davi en el carrito, que duerme tranquilamente, como si nada estuviera pasando a su alrededor.

— Te envidio, hijo mío, puedes dormir en medio de todo este ruido y no te importa nada si tienes el pañal limpio, la barriga llena y no te duele nada. Lástima que estés creciendo tan rápido, me gustaría poder protegerte para siempre.

— Puedes protegerlo siendo su apoyo cuando lo necesite, la protección no siempre tiene que ver con la otra persona que depende de ti, ella puede considerarte su puerto seguro, por ejemplo, alguien que siempre estará ahí para aconsejarla y consolarla. — Levanto la cabeza y me encuentro con sus hermosos ojos, su sencilla sonrisa, su rostro inolvidable.

Niego con la cabeza para alejar esos pensamientos.

— Hola, Dr. Leonardo.

— Solo Leonardo. — Lo miro sorprendida.

— ¿Qué?

—Estamos fuera del hospital, no hace falta que me llame doctor. —Sonríe y hace ademán de acariciar a Davi, pero se detiene a mitad de camino y retira la mano—. Me alegro de que haya mejorado.

— Sí, me siento aliviada.

— Me alegro de verte. — Se me encoge el corazón al ver que está terminando la conversación, si es que se puede llamar conversación. — Nos vemos — dice y se aleja, volviendo a la mesa donde están sus colegas, amigos, no sé.

Termino de comer y salgo de la panadería, pero se me cae algo al suelo y me agacho para recogerlo. Cuando me levanto, me asusto al ver lo que hay delante de mí. Rafael está frente a mí, con una mujer a su lado con el brazo entrelazado al suyo y dos preadolescentes con ellos.

«¡Qué bebé tan bonito, amor! ¿No te recuerda a Marcelo cuando era bebé?», le pregunta a Rafael, que me mira con el ceño fruncido.

— No, no se parece — responde secamente.

«Deja de ser tan pesado, ¡mira qué bonito es!», insiste ella.

— Gracias, tu familia también es preciosa.

— ¿Dónde está el padre? —La pregunta indiscreta que ya he respondido varias veces desde que nació Davi.

«Murió», respondo mirando directamente a los ojos de Rafael, pero desviando rápidamente la mirada para que su esposa no se dé cuenta.

Yo fui su sucio secretito, ella nunca debía saber de mi existencia y, si dependiera de Rafael, Davi ni siquiera habría nacido.

— Qué pena, lo siento — dice con expresión de pesar en el rostro, lo que me hace sentir un poco de lástima por ella.

¿Será que ahora es fiel a su esposa? ¿O habrá encontrado a otra tonta a la que engañar y traicionar a su pobre esposa? ¿Sospechará ella de algo?

Tengo algunas teorías, pero prefiero guardármelas para mí.

— Gracias, tengo que irme ahora, buen provecho —digo despidiéndome y alejándome de ellos.

Nunca esperaría encontrar a Rafael tan cerca de casa, aunque no tengo ni idea de dónde vive con su familia y podría ser en cualquier lugar, incluso en Guarulhos.

— ¡Espera! — Sigo caminando, incluso lo más rápido posible, teniendo en cuenta el carrito con Davi. — ¡Te he dicho que esperes, joder! — Rafael me agarra del brazo y me tira, sin cuidado, obligándome a parar.

— Tengo que irme a casa y no tengo nada que decirte, y ten cuidado, si tu mujer te ve hablando conmigo puede pensar que nos conocemos. — Intento darme la vuelta, pero él me sujeta el brazo con más fuerza.

—Pensé que a estas alturas ya habrías sacado al bebé.

—Lo hice, cuando nació tuvo que salir de mi vientre —digo con ironía, esforzándome de nuevo por liberarme de su agarre, que se hace más fuerte, seguramente dejándome una marca.

—Mi mujer ya ha encontrado a ese bastardo parecido a mi hijo, ¿era eso lo que querías? ¿Venir a vivir cerca de mi familia y destruir mi vida? —Acerco mi cara a la suya, sonriendo sin mostrar los dientes.

—Quería alejarme lo más posible de ti, pero no voy a dejar el trabajo que tanto me costó conseguir ni el apartamento que me las ingenié para conseguir cuando me dejaste sin techo. Podría destruir

tu familia perfecta, pero ¿sabes qué? Ya no me importa, ¡vete al carajo y déjanos en paz a mi hijo y a mí!

— ¡Y una mierda! —exclama con una risa sin humor. —¿Quieres pedir una pensión, sacarme dinero con un hijo? ¡Es una renta vitalicia!

— No te necesito a ti ni a tu dinero, no te necesité durante todo el embarazo y no te voy a necesitar ahora.

— ¿No vas a conseguir lo que quieres?

— ¿Paz? —replico, irritada. — Viviendo cerca de ti, veo que no lo voy a conseguir, pero tendré que aprender a convivir con la posibilidad de encontrarme contigo por el barrio, ¿qué le voy a hacer? —Encojo los hombros.

— ¡Puta desgraciada! — Rafael levanta la mano, probablemente preparándose para pegarme, en medio de la acera, delante de toda la gente que pasa por la calle.

—¿Por qué no vas a buscar a tu familia y dejas a la mía en paz? —Una mano sujeta la suya y Leonardo aparece en mi campo de visión.

—¡Pero ella tiene a mi hijo! —Leonardo frunce el ceño.

—Recuerdo bien el certificado de nacimiento de ese niño y estoy seguro de que el nombre del padre estaba en blanco. —Rafael abre la boca y la cierra varias veces—. Vete antes de que tu familia descubra la basura que eres.

Rafael se aleja, sin valor para enfrentarse a Leonardo, mientras yo miro al médico aún más sorprendida.

— ¿Tu familia? —pregunto, sin pensar en nada mejor que decir, pero realmente curiosa.

—Bueno, no parecía dispuesto a dejarte marchar, estaba buscando pelea y ni siquiera le importó amenazar con pegarte en público, esa fue la única idea que se me ocurrió. —Se encoge de hombros—. Vamos, te acompaño a casa, creo que es más seguro.

Acepto y seguimos en silencio hasta mi condominio, donde Leonardo me deja en la entrada.

—Dame tu número y llámame si ese tipo vuelve a molestarte.

—Gracias —le digo después de darle mi número de móvil, demasiado sorprendida como para rechazarlo otra vez.

— Nos vemos por ahí — dice de nuevo antes de alejarse, en dirección a la panadería.

— Este hombre nos ha salvado otra vez, ¿no es demasiada coincidencia, hijo? —le pregunto a Davi, concentrado en su jirafa de peluche, colgada de su carrito.

Vuelvo al apartamento pensativa, iba a dar un paseo y pensar en una solución para que Davi tuviera con quién quedarse mientras yo trabajaba, pero no encontré ninguna solución y además me lié la cabeza con un lío enorme.

— ¿Cómo me meto en estas cosas?



Capítulo 9

Leonardo Viana

Creo que he vuelto a asustar a Isadora. ¿Qué idea tan ridícula fue esa de fingir que soy su novio? ¿La mejor excusa que se me ocurrió? ¡Debería haberle dado un puñetazo en la cara a ese desgraciado!

Al menos eso me dio una excusa para descubrir dónde vive, ahora solo me falta el piso y el número del apartamento, y entonces me convertiré en un perfecto *acosador.*

¡Esto es ridículo!

Vuelvo a la panadería para encontrarme con mis amigos, que me miran entrar en el local con expresiones divertidas.

— ¿Ya has salvado a tu damisela, mi héroe? — pregunta Caio.

— Ella no es mi damisela. — Los dos se ríen.

— Si esa mujer tiene dolor de estómago y tú te enteras, eres capaz de ir a todas las farmacias a comprar un medicamento para ayudarla, desesperado.

«¡Dejad de molestar!», les digo.

Vuelven a hablar entre ellos, pero mi mente se aleja, a unas cuantas cuadras de aquí para ser exactos, me preocupa que su ex también descubra dónde vive y la moleste, ella vive sola y, si él vive cerca, es posible que el portero lo conozca y le permita entrar.

— ¡Joder, Léo, presta atención, tío! ¿Estás en las nubes? — me provoca Felipe. — No imaginaba que el todopoderoso director tuviera devaneos.

Suelto un suspiro mirando mi taza antes de levantar la vista hacia ellos.

— No estoy en las nubes, estoy pensando en lo que tengo que resolver. Tengo la cabeza llena.

— Lleno de una tal chica, eso sí. Dilo ya, nunca te pones así, ni siquiera cuando el hospital está en crisis. — Felipe levanta una ceja, desafiándome a contarlo.

—¿Cómo está Isadora? —pregunta Caio.

—Bien, considerando todo, y el bebé también está mejor.

— ¡Dilo ya, tío! — se queja Felipe y yo respiro hondo.

— Cuando salí, después de que entraran algunas personas, vi a Isadora hablando con un hombre y, por su expresión, no se sentía cómoda con la conversación. — Me paso las manos por la cara y la cabeza, despeinándome. — Cuando llegué allí, él la estaba amenazando, parecía que iba a pegarle a Isadora si yo no hubiera llegado.

—¿Va a denunciar a ese imbécil?

— Probablemente no.

— ¿Y por qué te importa eso? —pregunta Caio.

— No puedo dejar de pensar en esa mujer.

—La preocupación de un médico por un paciente es normal, todos hemos pasado por eso, solo que tú has tardado un poco más. —Felipe se encoge de hombros y yo me paso las manos por la cara de nuevo, frustrado.

—No lo entiendes, cuando ella fue con su hijo a urgencias, sentí un enorme deseo de estar cerca para ayudar a cuidar de Davi, cuando estábamos solos solo pensaba en cómo sería besar a esa mujer. Me estoy volviendo loco con esto, porque casi no la veo, es

una desconocida, no hay motivo para sentir estas cosas. — Mis supuestos amigos se echan a reír mientras yo los miro indignado. — Joder, no tiene gracia.

— ¡Es jodidamente gracioso! — Caio se agarra el estómago y se dobla en la silla de tanto reír.

— Quién diría que el poderoso director se pondría a cuatro patas por una paciente, tío, pareces un perrito suplicándole atención. — Frunzo el ceño mirando a Felipe.

— Solo es admiración por su fortaleza, por estar tan bien a pesar de todo lo que ha pasado. — Los dos se detienen un momento, me miran con seriedad y vuelven a estallar en carcajadas.

— Joder, tío, me matas de risa. — Felipe se seca las lágrimas que se le han acumulado en los ojos después de reír tanto.

—No es solo admiración, estás jodidamente involucrado. —Caio logra controlarse y, aunque sigue riendo, consigue formular una frase completa.

«Puede ser, pero es complicado. Ella ya ha pasado por muchas cosas, no quiero ser un problema más para ella».

Caio me da una palmada en el hombro en señal de apoyo.

— Tú no eres el tipo de hombre que causa problemas, Léo. Al contrario, tú los resuelves, como hiciste cuando ahuyentaste al cobarde que iba a pegarle. Quizás eso es lo que ella necesita.

Me quedo en silencio, asimilando las palabras de Felipe. Sé que tiene razón, pero eso no hace que las cosas sean más fáciles. Necesito encontrar una manera de lidiar con lo que está pasando, pero sin poner más peso sobre los hombros de Isadora.

Terminamos nuestro descanso y volvemos al hospital. Decido bajar a urgencias y ayudar a atender a los pacientes. Necesito algo que me mantenga ocupado y no pensar en Isadora, o me volveré loco de verdad.

Cuando llega mi hora de irme, la sala de urgencias está un poco más vacía, llega una mujer acompañada de otra, una de ellas visiblemente desorientada. Ojos muy abiertos, respiración entrecortada y manos que tiemblan incontrolablemente. Al ver esto, incluso antes de que pasaran por la triaje, me acerqué y le pedí a la mujer temblorosa que se sentara en una de las sillas. Como los

demás pacientes ya habían pasado por la triaje y no había ninguna urgencia, cogí su ticket y me dirigí a la sala de triaje, avisando a la enfermera para que agilizara la atención de la paciente.

Atendiendo a mi petición, pronto pasó por el triaje y, mientras su amiga rellenaba el formulario en recepción, ayudé a la paciente a llegar a mi consulta y a sentarse en una camilla.

«Buenas noches, soy el doctor Leonardo. ¿Qué tal si respira profundamente conmigo?», le digo en tono suave, poniendo mis ojos a la altura de los suyos. «Parece difícil, pero lo resolveremos».

La paciente asiente con la cabeza, intentando hablar, pero solo le salen palabras inconexas que la ponen nerviosa y le hacen brotar lágrimas de los ojos.

«Mi pecho... no puedo... mi corazón está acelerado...», logra decir entre sollozos, llevándose la mano al pecho.

Le cojo las manos con delicadeza, con firmeza pero con cuidado, y le hablo con voz tranquilizadora.

— No estás sola. Esto es una crisis y no te va a hacer daño. Ahora concéntrate en mí y respira conmigo, vamos, inspira por la nariz, eso, despacio, y ahora suelta el aire por la boca. Así.

Repito el patrón varias veces, animándola a seguirme y, poco a poco, su respiración comienza a estabilizarse. Aprovecho el momento para comprobar sus signos vitales mientras hablo con ella.

— ¿Ha sentido algo así antes? — Ella asiente, visiblemente conmocionada.

— Pero nunca había sido tan fuerte, pensé que iba a morir.

— Entiendo lo aterrador que puede ser —le digo, manteniendo un tono tranquilo. — ¿Qué pasó antes de eso? ¿Alguna situación específica que lo desencadenó?

— Una persona en el trabajo, me estorba y eso me desestabiliza, estaba logrando controlarlo, pero hoy estaba tratando de resolver un problema que ella sabía cómo resolver, lo que estaba pasando, pero en lugar de decirme que me diera prisa, se limitó a dejarlo y habló mucho después, incluso cambió lo que yo había registrado en el sistema, como si estuviera mal, pero yo sé que estaba bien. — Las situaciones en el trabajo realmente causan mucho estrés y pueden llevar a una persona a ese nivel. — He

estado trabajando demasiado, no tengo ganas de hacer nada más, no quiero salir de la cama, solo quiero quedarme acostada en posición fetal, existiendo.

Su relato es preocupante y la crisis puede desencadenarse porque está a punto de sufrir un *agotamiento.*

— Tiene sentido, a veces nuestro cuerpo reacciona cuando estamos sobrecargados. Le recetaré un medicamento para que tome aquí, para ayudarla a calmarse, y le daré una derivación para que vea a un psiquiatra y, si no está haciendo terapia, le recomiendo que la comience.

— No estoy loca, doctor.

— Nunca he dicho que lo esté, pero necesita ayuda para que su estado no empeore. El psiquiatra la escuchará y comprenderá lo que está pasando, los síntomas que presenta y, si es necesario, le recetará el medicamento adecuado para controlar esta situación, porque puede que sea demasiado difícil de controlar sin ayuda. — Respiro hondo. — Su cuerpo le está alertando de que necesita cuidarse, un trabajo estresante puede enfermarnos mental y emocionalmente, solo le sugiero que cuide su mente para evitar más crisis como esta.

Ella asiente con la cabeza y termino de hacer su receta, indicándole que la lleve a la sala de medicación, probablemente después de tomar este medicamento dormirá el resto del día. También le entrego un certificado y respiro hondo, dando por terminado el día de trabajo.

Llego a casa agotado, pero feliz por haber cuidado a los pacientes del hospital. Después de un baño relajante, me siento en el sofá y pongo algo para ver en la televisión. En el primer canal que pongo aparece una pareja besándose, inmediatamente mi mente vuelve a Isadora y todo mi esfuerzo del día por no pensar en ella se va por el desagüe.

— ¡Estoy jodido!



Capítulo 10

Isadora Fernandes

Llevo días intentando no pensar en lo que pasó en la panadería, en cómo Leonardo me salvó, pero mi corazón se acelera cada vez que su rostro aparece en mi mente.

Conseguí que una vecina cuidara de Davi por mí, me prometió que me llamaría si pasaba algo y volví al trabajo. Me he desacostumbrado al transporte público, al tiempo que tardo en llegar y, aunque salgo antes, sigo tardando una eternidad en llegar a casa y ver a mi hijo.

Llego a casa después de un día agotador en el trabajo y me encuentro a la vecina haciéndole cosquillas a Davi, que se ríe a carcajadas, y automáticamente se me dibuja una sonrisa en la cara.

— ¿Entonces este chico ni siquiera echó de menos a mamá? —bromeo acercándome a mi hijo, que me pone las dos manos en la cara y me dedica la sonrisa más bonita del mundo. —Estás

perdonado —le digo llenándolo de besos y sintiendo que todo está bien al oler a mi hijo, abrazarlo y ver su cara sonriente.

— Bueno, misión cumplida — dice Rita, mi vecina.

—Muchas gracias por quedarte con él. —Ella sonríe y se acerca para besar la frente de Davi.

«No tienes que darme las gracias, me estás pagando». «Mucho menos de lo que cobraría cualquier niñera, pero Rita cobra muy poco por quedarse todo el día con mi hijo». «Y tú me estás haciendo un favor al ayudarme a estar fuera de casa el resto del día y no tener que aguantar a mi marido holgazán quejándose incluso de la lámpara del dormitorio». «Pone los ojos en blanco.

— De nada, creo. — Ella se ríe y se despide, saliendo de mi apartamento.

Miro a mi hijo, que me observa concentrado.

— Creo que tiene algún problema con su marido, ¿no crees? —le pregunto, y él se limita a reír. — Tienes razón, eso no es asunto nuestro.

Lo coloco en el reposabrazos, que no es más que una silla para poner en los coches, pero que sirve como cuna móvil y me ayuda mucho a tener a Davi cerca. Ordeno la cocina y preparo mi comida antes de darle la hora de comer.

Me doy un baño relajante y voy al dormitorio, lo cojo en brazos y lo acerco a mi pecho, él lo encuentra y succiona, alimentándose.

— Si ya succiona así sin tener ningún diente, imagínate cuando empiecen a salir. — Él solo me mira y apoya una manita cerca de su carita.

Me acuesto después de acostar a Davi dormido en la cuna. Al día siguiente, Rita llega cuando estoy lista para salir, le doy un beso a mi hijo y salgo para otra jornada complicada.

La mañana en la oficina es muy ajetreada, complicada y llena de problemas que resolver, tanto que me siento aliviada cuando llega la hora del almuerzo y por fin podemos comer.

Ana trabaja en la misma oficina y viene conmigo a comer. Estamos charlando y le enseño las últimas fotos de Davi. Estamos distraídas y absortas en la conversación, y no veo quién se acerca

hasta que alguien choca conmigo, haciéndome saltar a un lado pensando que es un intento de robarme el móvil.

Respiro aliviada y levanto la vista para disculparme con la persona por no mirar por dónde camino, pero las palabras se me atascan en la garganta cuando reconozco a la persona. Rafael. *¡¿Otra vez?!*

El pelo revuelto, la mirada segura y la sonrisa fría siguen igual. Por un momento me quedo paralizada, sin saber qué decir.

— ¿Isadora? — Parece tan sorprendido como yo, incluso falsamente sorprendido, diría yo. — ¿Tú por aquí? — Pongo los ojos en blanco, sin entrar en su teatro barato.

Respiro hondo y enderezo los hombros, mostrando firmeza al mirar al hombre que me abandonó.

—Sabes que trabajo por aquí, no deberías estar sorprendido, querido. —Mi tono irónico no pasa desapercibido para él, que aprieta la mandíbula.

—¿Cómo está el... —Vacila, como si eligiera las palabras, y yo entrecierro los ojos—. ¿El bebé?

— Fuerte y sano.

Sonríe de lado, con cierta arrogancia.

—Qué bien. Quién diría que nos encontraríamos aquí.

No respondo, Ana ya me está tirando para que nos vayamos al restaurante.

— Sí, ¿quién lo diría? Ahora, si me disculpa, estoy en mi hora de almuerzo.

Me alejo sin esperar una respuesta, enlazo mi brazo con el de mi amiga y siento que mi corazón se acelera por el miedo que empiezo a sentir hacia Rafael.

— ¿Te está siguiendo? —pregunta, y miro hacia atrás, preocupada por si lo está haciendo, pero respiro aliviada al no verlo cerca.

— No, él también trabaja por aquí, puede que nos volvamos a encontrar. — Mi corazón se encoge solo de pensar en esa posibilidad.

«Puedes llamar a tu superhéroe para que te proteja del malvado villano». Pongo los ojos en blanco riéndome de su broma,

ya que ella sabe exactamente lo que pasó el día que salí con Davi y me encontré con Rafael.

Leonardo.

Ese nombre parece estar grabado en mi cabeza y, por más que lo intento, no consigo sacarlo de mis pensamientos.

— ¿Qué me hizo?

— ¿Te habló? —pregunta Ana, haciéndome dar cuenta de que pensé en voz alta.

— No, vámonos.

Tenemos un almuerzo tranquilo y volvemos a tiempo al trabajo, pero ya no consigo concentrarme del todo en lo que tengo que hacer en la empresa, cometiendo errores hasta que llego a casa, donde mi corazón se aligera al ver lo mucho que está creciendo mi hijo.

—Mamá lo está haciendo bien, ¿verdad, hijo? —le pregunto a Davi, que solo hace ruidos con la boca y se ríe del sonido.

Los mejores momentos de mi día son cuando estoy con Davi, es cuando me siento más feliz.

Pero, ¿y si pudiera ser más feliz, si otra persona formara parte de esta pequeña familia, funcionaría?



Capítulo 11

Leonardo Viana

Estoy en mi oficina cuando Felipe entra corriendo, sin siquiera llamar, bastante jadeante.

— ¿Qué ha pasado?

—Tu Isadora acaba de ingresar en urgencias y no parece estar bien. —Mi corazón da un vuelco y ni siquiera me molesto en corregir a mi amigo.

—Mierda. Me levanto y salgo corriendo detrás de él para encontrar a Isadora.

Sé que no debería involucrarme en su tratamiento porque estoy emocionalmente involucrado, pero confío en muy pocos para cuidar de ella.

— ¿Qué le pasa? —le pregunto a la doctora que está intentando examinar a Isadora, que permanece encogida en la camilla y con una mueca de dolor.

— No puedo tocarla.

La mano de Isadora está cerca de la zona del útero.

— ¡Mierda! — Me acerco más y la pongo boca arriba con mucho cuidado, pero le cuesta mucho estirarse. — Te prometo que será rápido. — Hago la prueba dándole unos golpecitos, y cuando me acerco a la zona pélvica, Isadora grita de dolor. — ¿Le ha tomado la temperatura? — Miro a la doctora, que no me responde. — ¿Se la ha tomado?

— Sí, está a 39,5.

— ¡Mierda! — Me acerco de nuevo a Isadora. — Isadora, escúchame, necesito que me respondas, ¿tienes algún sangrado?

— Empezó a sangrar ayer, usé una compresa porque pensé que podría estar menstruando, pero no paró, solo aumentó y me fui debilitando, por la mañana el dolor era insoportable, ni siquiera pude amamantar a Davi porque no podía levantarme.

— Quiero un hemograma completo, preparen la ecografía y llamen a la ginecóloga de guardia. — Todos a mi alrededor se quedan quietos, mirándome. — ¡Ahora!

Empiezan a correr en todas direcciones, una enfermera le extrae sangre a Isadora y luego nos dirigimos a la sala de ecografías, donde no la acompaño porque Felipe me sujeta.

— Déjame seguir desde aquí.

— Ni de coña te quedas. — Levanta una ceja.

—Estás muy alterado, vas a asustar a la paciente y me importa un carajo lo que sientes por ella, solo me importa que pueda tener endometritis, y creo que es la misma sospecha que tienes tú.

— Necesito...

— Necesitas quedarte aquí tranquilo mientras yo atiendo a la paciente, ¿no confías en mí? — Cierro los ojos y me paso las manos por la cara, esto se me está yendo de las manos.

—Voy a tomar un café. —Él asiente con la cabeza y me dirijo a la cafetería.

¿Qué coño estoy haciendo? Poniendo en riesgo mi carrera, actuando como un adolescente idiota que no acepta órdenes. Joder, soy el director de este hospital, no puedo actuar así.

Más tranquilo, vuelvo a la puerta de la sala y Felipe me avisa de que Isadora ha sido trasladada a ginecología, me entrega el

análisis de sangre y me permite ver la ecografía. Como sospechaba, tiene una infección.

— Vamos a ingresarla.

— ¿Y el bebé? — Debería haberme dado cuenta antes, pero solo ahora me doy cuenta de que no ha venido con el niño.

—Le preguntaré con quién está Davi, pero ahora necesita tratamiento. —Me dirijo a ginecología y espero frente al consultorio que me indica Felipe.

Isadora sale en silla de ruedas, ayudada por la doctora.

— Hola, Dr. Leonardo, ¿necesita algo?

— ¿Va a tomar medicación? —le pregunto y ella asiente con la cabeza. — No se preocupe, yo se la llevaré a la enfermería. — Ella frunce el ceño. — ¿Cuál ha sido su diagnóstico?

— Endometritis.

— Como sospechaba, vamos a ingresarla. — Me vuelvo hacia Isadora, que me mira con pánico. — ¿Dónde está Davi?

—Mi vecina lo está cuidando, pero no puede quedarse más tiempo, se quedó para que yo pudiera venir al hospital.

—¿Quién ha venido contigo?

—Mi amiga.

— Avísale que va a ser ingresada, tiene que cuidar de Davi mientras tratamos su infección, él no está totalmente inmunizado y quedarse aquí puede ser peligroso para él. — Ella solo me mira mientras empujo su silla hacia la enfermería, donde la ayudo a acomodarse en una camilla y me dirijo al mostrador. — Paciente de la cama 6, tratamiento con antibióticos de amplio espectro, 900 mg de glindamicina diluida en suero, cada 8 horas, y gentamicina, 3 dosis de 50 mg por vía intravenosa. Administre primero la gentamicina y, una hora después, la glindamicina.

— Sí, doctor.

— Ah, y tráeme una botella de agua.

— Claro.

Vuelvo a la cama donde está tumbada Isadora.

— No se preocupe, pronto se le pasará el dolor y la infección desaparecerá. ¿Ya se lo ha dicho a su amiga? — le pregunto.

— Acabo de enviarle un mensaje, está furiosa porque la he dejado preocupada, pero va a volver a mi apartamento para quedarse con Davi.

— Bien.

—Una vez más, tú me salvas. —Sonrío.

«Descansa, esta vez no he hecho nada».

— Has hecho más de lo que imaginas. — La oigo decir cuando me doy la vuelta.

Dos días después y tras una nueva batería de pruebas, me siento aliviado al llevarle a Isadora el alta.

— Tendremos que despedirnos de nuevo. Aquí está tu alta. — Le entrego la documentación.

—Me estoy convirtiendo en una experta en despedidas, doctor. —Isadora sonríe, bromeando, y me siento aliviado al verla mejor, sonriendo levemente.

«Sé que está aliviada por irse a casa, pero... no quiero que se sienta sola. Insisto en que, si necesita cualquier cosa, puede llamarme a cualquier hora».

Sus ojos me miran con dulzura, incluso con cariño, y mi corazón se acelera.

—Ya has hecho tanto por mí, Leonardo. No sé cómo agradecértelo. —Se me ocurren algunas formas, pero me las guardo para mí.

— No tienes que darme las gracias. Yo... solo quiero que estés bien. — Me acerco un paso más, sintiendo el suave perfume que emana de ella, algo floral y delicado como ella. — Isadora.

Nuestros ojos permanecen conectados, sé perfectamente que este no es el momento ni el lugar, pero estoy lejos de poder controlarme.

—Leonardo.

Mis manos tiemblan cuando las acerco para acariciar su rostro, que se inclina hacia mi caricia. Inclino mi rostro hacia ella, nuestros labios casi se tocan y puedo sentir su respiración alterada.

Para mi sorpresa, Isadora acorta la distancia entre nosotros, uniendo nuestros labios. El beso comienza vacilante, pero pronto paso mi brazo por su cintura y la atraigo hacia mí, inclinando la

cabeza hacia un lado e intensificando el contacto. Su gemido queda ahogado por nuestro contacto, tengo miedo de estar a punto de sufrir un infarto de lo acelerado que está mi corazón.

Nos separamos vacilantes, ninguno de los dos quiere poner fin al contacto.

— Bueno, creo que eso no estaba en el protocolo médico —bromea, con una hermosa sonrisa en los labios, y suelta una risita, robándome un beso sin poder contenerme.

— Algunas cosas simplemente tienen que suceder. — No decimos nada más durante unos momentos, solo nos miramos y asimilamos lo que acaba de pasar. — Ven, te llevo a casa.

Ella acepta mi mano extendida y caminamos juntos hacia el ascensor que nos lleva al garaje subterráneo y caminamos hasta mi coche.

Una llama de esperanza se ha encendido en mi pecho y no quiero apagarla de ninguna manera, creo que nunca he sentido por ninguna mujer lo que siento por Isadora y, por el amor de Dios, solo nos hemos besado una vez.



Capítulo 12

Isadora Fernandes

¿Tengo alguna idea de lo que estoy haciendo? No.

Leonardo puede, al fin y al cabo, ser tan canalla como Rafael, pero ¿dejo de sentir atracción por él por eso? Tampoco.

Mientras me lleva a casa, imagino los más diversos escenarios, desde un «felices para siempre» como en un cuento de hadas, hasta yo con otro hijo sin padre al que cuidar sola. Y eso ni siquiera fue lo peor que imaginé.

Todo esto en el corto trayecto desde el hospital hasta el edificio donde vivo.

— Estás muy callada, ¿te has arrepentido? — Su voz tranquila me saca de mis pensamientos y lo miro.

— No es eso, solo que no, espera. — Muevo la cabeza tratando de organizar lo que quiero decir. — No salgo con nadie desde que descubrí que estaba embarazada, la última persona fue el padre de Davi y el final no fue de los mejores. — Él permanece en silencio

hasta que detiene el coche frente al edificio. — No estoy diciendo que te vaya a cobrar nada por un beso, no tenemos nada, yo, joder, soy muy mala con esto.

— ¿Me estás rechazando, es eso?

— ¡No! —respondo demasiado rápido, haciéndole sonreír.

—Entonces todo está bien, no tengo prisa, pero me gustaría mucho tener la oportunidad de conocerte mejor.

— Digamos que me conoces mejor que nadie, ya has visto mi interior. — Me golpeo la frente con la mano cuando él frunce el ceño, confundido. — Dios, qué chiste más malo. — Entonces hace algo que no esperaba.

Se ríe, mucho, a carcajadas.

— ¿Eso significa que puedo invitarte a salir?

— Si aguantas mis chistes malos cuando estoy nerviosa, lo pensaré —bromeo y él se ríe de nuevo, acercando su cara a la mía y acariciándome el cuello.

«Si te sientes bien, pasaré a recogerte aquí el viernes a las 8 de la tarde, ¿tienes a alguien que pueda cuidar de Davi?».

Recuerdo que Ana se ofreció a quedarse con Davi siempre que lo necesitara.

— Sí, tengo a alguien.

— Entonces, hasta el viernes.

Pienso que me soltará para que salga del coche, pero en lugar de eso, me besa lentamente, sus labios saborean los míos, seduciendo, convenciéndome de aceptar su lengua y yo acepto. Explora, frota su lengua contra la mía arrancándome un gemido bajo, eso le hace apartarse y terminar el beso con un beso de despedida.

— Te juro que quiero ir despacio, a tu ritmo, pero he esperado tanto tiempo para conocer el sabor de tus labios, para poder tocarte, que parezco un adolescente. Si en algún momento no te sientes cómoda, avísame, hazme una señal, empújame, pídeme que pare y pararé.

Lo que él no sabe es que yo estaba a punto de lanzarme a sus brazos, pero lo que me detuvo fue el lugar en el que estamos.

—Hasta el viernes —digo y salgo del coche sonriendo, sintiéndome ligera.

Llego a mi piso y entro en mi apartamento, donde encuentro a Ana con Davi en brazos, dándole el biberón.

— Cuando me avisaste que te daban el alta, pensé que llegarías antes, ¿sabes que no hay ni 10 minutos desde el hospital hasta aquí?

— Tenía un buen motivo, mamá. — Ella frunce los ojos ante mi ironía.

—¿Y ese coche del que has salido?

— ¿Me estás vigilando? —le respondo.

— No, solo cuidando de la madre de mi sobrino, también conocida como mi mejor amiga. — Sonrío y la abrazo, dejando un beso en la cara de mi hijo, que me mira y enseguida se lanza a mi regazo. — Traidor.

—¿Has echado de menos a mamá, precioso? —le pregunto y le cojo el biberón, pero él lo suelta y pone sus dos manitas en mi cara.

— Ma — balbucea y suelta un gritito, abriendo una enorme sonrisa y soltando una risa encantadora.

«Me voy antes de que mi nivel de ternura se dispare por completo con tu hijo, no puedo resistirme a este *pequeñín*». Le digo riendo a mi amiga.

«Antes de irme, quiero saber si puedes quedarte con Davi el viernes por la noche». Ella esboza una enorme sonrisa.

— ¿Has decidido volver a vivir?

— Me convencieron.

— Ojalá pudiera encontrar un médico tan guapo como ese. — Sonrío como una tonta, recordando nuestros besos. — Vaya, el caso es grave, mira la cara de tonta que estás poniendo. Ni siquiera ha pasado nada y ya estás así, ¿te imaginas cuando te folle?

— ¡No digas esas cosas delante de Davi! — Ella pone los ojos en blanco.

— Él no tiene ni idea de lo que estoy hablando y no se lo contará a nadie, pero te cubriré para que disfrutes del médico si me cuentas con detalle todo lo que pase. — Extiende la mano para sellar el acuerdo, haciéndome poner los ojos en blanco y sonreír.

—Sabes que se lo voy a contar.

— Genial, me encantan los detalles sórdidos, no lo olvides. — Sale de mi apartamento antes de que pueda responder.

—Tu tía está muy loca, ¿no?

— Baaaaaaaaaaaaa. — Me río de su gritito.

Está creciendo rápido y ya ha empezado a hablar, en un vocabulario que solo él entiende y yo intento descifrar. Me imagino cómo habrán sido sus conversaciones con Ana.

— ¿Vamos al baño? — le pregunto y empiezo a prepararle el baño.

Cuando los dos estamos bañados y tumbados en la cama, cojo mi móvil y la tarjeta de visita de Leonardo, guardo su número en la memoria del aparato y le envío un mensaje.

«Buenas noches, soy Isadora. Guarda mi número. Hasta el viernes».

La respuesta no tarda en llegar.

«Buenas noches, Isadora. Me alegro de que me hayas enviado un mensaje, estoy deseando que llegue el viernes. Hasta entonces».

«¿Crees que puede ser igual que su progenitor, mi hijo?», le pregunto a Davi, sabiendo que no me responderá porque está dormido. «Solo hay una forma de averiguarlo y espero, sinceramente, que su apariencia no me engañe».



Capítulo 13

Leonardo Viana

La semana se hace eterna hasta que llega el día de mi cita con Isadora. Todos los días intercambiamos varios mensajes, yo preocupado por si está bien después de la infección que tuvo y ella contándome poco a poco cómo le va.

— Sabes que ya no podré atenderte si vienes aquí, ¿verdad? — Levanto la cabeza y me pongo serio inmediatamente al mirar a Felipe.

— Lo sé.

Estoy bastante contrariado, pero desde el momento en que tengo una relación con Isadora, ya no puedo ser su médico porque estoy emocionalmente involucrado. Es una pena, sí, pero son las reglas.

— ¿Y qué hay de esta noche? — Su sonrisa maliciosa me dice exactamente lo que realmente quiere saber.

— La llevaré a un restaurante, cenaremos y charlaremos, y luego la llevaré a casa.

— ¡Qué rápido! — Le doy un golpe en la nuca. — ¡Ay!

— Voy a llevar a Isadora a su casa y volveré a la mía, solo.

— ¿Por qué?

— Deja de ser idiota, nos estamos conociendo, no voy a ser un canalla e intentar forzar nada en la primera cita.

— Joder, llevas meses con esta mierda.

— Tiene un bebé de pocos meses en casa, ¡no seas gilipollas! — me quejo.

— Estás locamente enamorado de ella, en serio.

— Idiota. — Nos reímos juntos y sé que solo me está provocando porque sabe que estoy ansioso *como* un cabrón.

Salgo del hospital a mi hora y me voy a mi apartamento a arreglarme, recuerdo la conversación con Felipe y resoplo.

— ¡Baño María, una mierda!

Creo que ni siquiera recordaba la última vez que necesité masturbarme tanto, pero en estos meses el 5x1 fue lo que me mantuvo mínimamente controlado. Me doy una ducha fría y me arreglo rápido, compruebo que tengo todo lo que necesito y salgo de casa, espero no llegar tarde.

Le envío un mensaje a Isadora en cuanto llego frente a su edificio, con el corazón acelerado mientras espero su respuesta, que no llega. Miro hacia la entrada y me encuentro con su delicada figura caminando hacia mí, una sonrisa se dibuja automáticamente en mi rostro. Lleva un vestido ligero que se mece con el viento, de color verde pastel, el pelo suelto en suaves ondas y un maquillaje ligero que la deja impresionante*. A mí, desde luego, me deja sin aliento.*

— Perdona el retraso, le estaba dando algunas recomendaciones a Ana, porque Davi está un poco mareado hoy.

— Si quieres, podemos quedarnos aquí y salir otro día —le sugiero, preocupado por el bebé.

— No hace falta, tranquilo, si tiene fiebre o algo así, Ana me llamará enseguida. Debe ser un dentito que le está saliendo, creo que está en la edad en que empiezan a salir. — Ella se encoge de hombros, pero veo que está preocupada.

— ¿Estás segura? —Respira hondo, mira por la ventana de su apartamento y me mira sonriendo levemente.

— Sí, si vuelvo ahora, es posible que Ana quiera pegarme. — Sonrío con ella y me acerco para besarla delicadamente en los labios. Sus ojos se abren lentamente después del beso, con las pupilas ligeramente dilatadas.

— Ahora sí, hola. — Ella vuelve a sonreír.

— Hola. — Le cojo la mano y doy la vuelta al coche con ella, abro la puerta del copiloto y la ayudo a acomodarse en el asiento.

Me acomodo en el asiento del conductor y arranco, dirigiéndome al restaurante al que quiero llevarla.

— Por si acaso no te lo he dicho, hoy estás increíble. — Su rostro se sonroja de una forma adorable.

—Tú tampoco estás nada mal.

Me concentro en el tráfico y pongo una canción, pronto la voz de *Naiara Azevedo* llena el coche, el estribillo de *Triscou já foi* me asusta y apago el sonido tan pronto como termina la estrofa:

«Boca con boca es pierna floja
Mano en la nuca es cama
Así jodes con mi corazón, desgrama
Así jodes mi corazón».

Miro a Isadora, que tiene una sonrisa divertida en la cara.

— ¿No te gusta el sertanejo?

— No es eso, es que no me esperaba esa letra. — Ella se ríe con gusto y yo acabo sonriendo con ella, contagiado por su alegría.

— Hay una canción suya que me encanta, varias en realidad, mis favoritas son «50 reais» y «Coitado». — Frunzo el ceño.

— ¿Por qué, coitado? —ella se ríe.

— Me recuerda a mi ex, lo creído que era, y es una versión diferente de un funk cuyo nombre no recuerdo.

Ella coge el móvil y busca la canción, me río cuando entiendo de qué trata la letra:

«Pobrecito
Se cree muy macho
Soy yo quien te humilla
Te hago mi felpudo

Si te crees el mejor
No era para tanto
Que contabas a tus amigos
Siempre te defino
Desanimador, prepotente y arrogante
No sirves para amante
Quizás ni siquiera para ligar

Y no te olvides
Que al final de todo
Quien vive de la vulgaridad
Se lleva la fama de cornudo

Antes de que se me olvide
Solo para que lo sepas
Todos, todos los que lo han probado
Son mejores que tú

— No estuve con nadie después del padre de Davi, pero probablemente cualquier otro hombre sería mejor que él. — Encojo los hombros y siento el sabor amargo de los celos en mi boca.

— No necesitarías probar a ningún otro, tienes a un hombre aquí mismo dispuesto a satisfacer todos tus deseos. — No consigo que mi mente y mi corazón se pongan de acuerdo y acabo dejando escapar la frase antes de pasarla por el filtro, veo cómo se sonroja y me imagino cómo se sonrojaría el resto de su cuerpo.

Hum, unas cuantas palmadas en ese culito tan apetecible.

Muevo la cabeza para controlar mi mente pervertida y dejarlo a un lado, es nuestra primera cita, ella tiene un hijo y ya ha dicho que no ha tenido relaciones desde que rompió con el padre del niño, es decir, no quiere una relación y no va a querer acostarse conmigo hoy. *Aunque me gustaría.*

— ¿Adónde vamos? — La miro de nuevo.

— A un restaurante que me gusta mucho y que está cerca de donde vivo. — Isadora sigue mirándome y me doy cuenta de lo que he dicho.

¡Mierda!

— No es eso lo que quería decir, es que me gusta mucho el restaurante, espero que a ti también te guste. — Ella vuelve a sonreír, pero no dice nada, lo que me pone nervioso.

Estoy como un adolescente ansioso, sin saber qué hacer cerca de la chica que me gusta, esto es una mierda.

Seguro que después de esta noche va a dejar de darme una oportunidad.



Capítulo 14

Isadora Fernandes

Creo que nunca he salido con un hombre que se mostrara tan torpe en la primera cita y es tan adorable que no sé qué hacer. *Creo que estoy viendo demasiados dramas.*

Llegamos al restaurante y pensé que sería un lugar de clase alta, por estar en la zona sur de la capital, pero el ambiente es muy familiar, cómodo e íntimo. Luz tenue, mesas con manteles a cuadros, un estilo tan bonito como el de la casa de la abuela.

Nada más entrar, nos llevaron a una mesa y nos dieron la carta, elegimos nuestros platos y hicimos el pedido.

— ¿Qué te parece?

— Entiendo por qué vienes tanto aquí, este restaurante es precioso y muy cómodo y acogedor. — Te miro a los ojos, esperando leer algo más en ellos.

— Como vivo solo, vengo aquí a menudo para comer algo decente cuando no tengo tiempo para cocinar. — Mis ojos se abren

antes de que pueda disimular mi sorpresa. — No pongas esa cara, tengo que saber cocinar si no quiero morirme de hambre o vivir a base de comida congelada y a domicilio.

— No debería sorprenderme tanto, pero teniendo en cuenta tu trabajo, imaginé que no tendrías tiempo para cocinar.

— La mayor parte del tiempo no lo tengo, pero a veces cocinar me ayuda a aclarar la mente, mientras preparo la comida pienso en lo que tengo que hacer y la solución simplemente llega. — Sonrío.

— Sí, usted es una caja de sorpresas, doctor Leonardo.

— ¿Y tú, a qué te dedicas?

Le cuento a Leonardo sobre mi trabajo en la oficina, sobre lo que hago y cómo me gusta, incluso en medio del caos.

— Es curioso cómo nos sentimos satisfechos con nuestro trabajo incluso cuando todo sale mal, solo por disfrutar con lo que hacemos, te entiendo.

—Tu trabajo es más complejo, lidiar con vidas siempre es más complicado y admiro ese coraje.

— No es precisamente valentía —dice mientras saborea el plato que le acaban de servir. — Siempre me ha gustado cuidar de la gente, de niña fingía que las muñecas de mi vecina eran mis pacientes, la pobre perdió tantas muñecas porque yo las operaba. — Sonrío al recordar. — Con el paso del tiempo, mi elección fue algo natural. — Se encoge de hombros.

— Ya sabías lo que querías ser, cuando conocemos nuestras aptitudes es un poco más fácil elegir, pero no menos difícil llegar allí.

— Sí, pero todas las profesiones tienen sus dificultades. En la tuya, imagino que ese montón de documentos debe causar algún problema en algún momento. — Nos reímos juntos.

—Sí, pero consigo organizarme en ese lío.

— ¿Y qué te gusta hacer en tu tiempo libre? —Suelto una risa.

— Mi tiempo libre se reduce a Davi desde que nació, pasear con él, hablar con él, cuidarlo.

— ¿Y quién te cuida a ti? — Esa pregunta me pilla desprevenida y solo lo miro fijamente. — Ya me has contado lo que pasó con el nacimiento de Davi, pero no has dejado de ser una

mujer hermosa, con deseos y voluntades, por haberte convertido en madre.

— Soy madre a tiempo completo.

— Y mujer desde siempre, nunca dejarás de serlo. — Cierro los ojos y evito su intensa mirada.

Mi corazón se calienta, mi cara también se enrojece y siento que me sonrojo, él siempre me provoca esa reacción.

Y está cerca de su casa.

No soy el tipo de mujer que pasa la noche con un hombre en la primera cita, pero técnicamente no es nuestra primera cita, nos conocemos desde hace meses, así que no será nada diferente a como suelo actuar.

—Estás muy callada. —Leonardo me saca de mis pensamientos.

— Estaba pensando en Davi —digo mientras cojo el móvil y le envío un mensaje a Ana, recibiendo una foto de mi hijo durmiendo plácidamente junto con el mensaje:

«Deja de molestarme, estoy intentando ver una serie de televisión».

Mensaje entendido, terminamos de comer y tomo un sorbo del zumo natural que pedí, porque todavía estoy amamantando a Davi y prefiero no beber.

— ¿Está todo bien con él?

— Sí, y Ana me ha dicho que deje de molestarla porque está viendo un drama.

— ¿Os gustan esas series? —pregunta sonriendo.

— Me distraen, me relajan y me parecen bonitas.

— He oído hablar de ellas, de hecho a muchas enfermeras les gustan estas series y hablan entre ellas, básicamente conozco un poco el argumento de muchas de ellas.

Me emociono y empiezo a hablar de las series que he visto, con ganas de alargar la noche todo lo posible.

— ¿Qué tal un postre? — me ofrece, y yo niego con la cabeza.

«Gracias, la comida estaba deliciosa». Nos levantamos después de que él pagara la cuenta y nos dirigimos a la salida del restaurante.

Durante todo el tiempo que estuvimos allí, Leonardo no intentó nada, así que me sorprende cuando su mano me agarra del brazo y me atrae hacia él, mi cuerpo choca con el suyo y levanto la cabeza para mirarle a los ojos.

Una mano se coloca en mi nuca de una manera que me recuerda a una canción, ese contacto me pone los pelos de punta antes de que su rostro se acerque al mío y sus labios capturen los míos. Su lengua pide paso y yo lo permito con un suspiro rendido, la mía entra en el baile, explorando su boca, sintiendo su sabor.

La mano que me ha atraído me sujeta con fuerza por la cintura, pegando nuestros cuerpos, moldeándome a él y arrancándome un gemido.

— Te llevaré a casa cuando quieras, pero necesito más tiempo contigo o me volveré loco. — Mi corazón se acelera, aceptando inmediatamente su petición.

— Vamos.

Leonardo se aleja lo suficiente para mirarme a los ojos y asegurarse de que realmente he aceptado pasar más tiempo con él. Sonrío mientras contemplo su hermoso rostro. Entramos en el coche y él lo pone en marcha. Aparcamos en el sótano de un edificio, probablemente donde vive.

Subimos de la mano hasta su apartamento, que es un reflejo del hombre que tengo a mi lado, elegante y acogedor. Cada detalle parece meticulosamente pensado. Mi corazón se acelera cuando observo la vista panorámica de la ciudad, tratando de distraerme del torbellino de emociones que se produce dentro de mí.

Siento su acercamiento detrás de mí y lo veo a través del cristal, tan limpio que refleja nuestras imágenes. Su cabeza descansa sobre mi hombro y me da un beso en el cuello mientras me abraza por la cintura.

«¿Estás bien?», me susurra al oído y se me pone la piel de gallina.

Asiento con la cabeza, con los ojos fijos en los suyos a través de nuestro reflejo, la intensidad de su mirada me hace olvidar el mundo fuera de este apartamento.

«Dime si voy demasiado rápido, he esperado tanto este momento que tengo miedo de precipitar las cosas entre nosotros». Leonardo me gira hacia él y posa una mano en mi cara, acariciándola delicadamente.

— No lo estás — consigo murmurar.

El beso ocurre de forma natural, sus labios toman los míos suavemente, probando, pero pronto Leonardo se intensifica cargado de deseo y yo le entrego todos los sentimientos que he mantenido reprimidos hasta ahora.

Leonardo nos guía hasta el sofá, sin prisa, cada movimiento cuidadosamente planeado para prolongar el momento. Sus manos recorren mi rostro y mis hombros con reverencia, mientras se aleja y me mira como si yo fuera el centro de su universo.

«Eres perfecta, ¿sabes?», murmura, acercándose de nuevo para besarme.

Sus labios bajan por mi cuello y una sonrisa de placer se dibuja en mi rostro. Lo miro a los ojos cuando llega al escote de mi vestido y tira ligeramente del tirante hacia abajo.

Leonardo esparce besos por mi pecho, llegando a mi sujetador y bajándolo, dejando al descubierto mis pechos, sin apartar los ojos de los míos ni un solo instante. Su lengua juega con mis pezones y gimo suavemente antes de sentir cómo su boca se cierra y succiona mi endurecido pezón. Inclino la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos y sintiendo el placer de ese estímulo mientras sus manos bajan mi vestido hasta la cintura.

Cuando sus labios se alejan de mi pecho, veo un poco de leche chorrear y me sonrojo al instante.

— ¿Perdona por eso? — Una sonrisa se dibuja en su rostro.

— Es normal que eso pase, no tienes por qué avergonzarte ni disculparte.

Vuelve a besarme los labios y me pellizca el pezón, enviando descargas a mi intimidad empapada.

«Eres preciosa», dice alejándose, volviendo a repartir besos por mi cuerpo, llegando a mi vientre y muy cerca de la cicatriz de la cesárea, que besa delicadamente en cuanto cierro los ojos

avergonzada. «No tienes por qué avergonzarte, eso solo demuestra lo fuerte que eres».

Abro los ojos y vuelvo a mirar los suyos, que me devuelven una mirada intensa.

Sus manos bajan el vestido, llevándose consigo las bragas. Leonardo acerca su cara a mi intimidad e inspira, gimiendo de placer. Su lengua juega con mi clítoris provocándome un escalofrío y haciéndome mojarme aún más.

Sin apartar los ojos de los míos, se abalanza sobre mi coño, lamiéndolo y chupándolo como si fuera una fruta jugosa. Inclino la cabeza hacia atrás gimiendo alto al sentir el placer que me causa su tacto. Sus dedos juegan con mi entrada, haciéndome sentir más ansiosa.

— Léo — susurro, y tres letras es lo máximo que puedo decir ahora. — Por favor. — Una sonrisa pícara se dibuja en su rostro mientras levanta el cuerpo y se quita la ropa pieza por pieza.

Cada centímetro de piel descubierta es una deliciosa sorpresa: su torso definido, su físico atlético, sus muslos gruesos y el volumen de sus calzoncillos me dicen que me va a gustar el próximo descubrimiento.

Su cuerpo avanza sobre el mío, su pelvis frotándose contra la mía.

— Dime si quieres que pare, dime si es demasiado, si es demasiado pronto, si te rindes. — Esa posibilidad ni siquiera se me pasó por la cabeza.

«Te necesito, necesito más», le digo casi suplicándole que continúe.

Empujo sus calzoncillos hacia abajo, liberando su erección grande, gruesa, con venas prominentes, protegida por el condón que veo a Leonardo desenrollando en su miembro.

De nuevo me sorprende cuando Leonardo pasa su brazo por mi espalda e invierte nuestras posiciones, colocándome montada sobre su cadera, su polla en contacto con mi clítoris, y no puedo resistirme a frotarme contra él, sintiéndome satisfecha al verlo cerrar los ojos y suspirar.

Sujeto su miembro cerca de mi entrada y bajo las caderas, sintiendo su invasión y gimiendo alto con el placer que me causa. Sus manos sujetan mis caderas ayudándome en mis movimientos, cabalgo con ganas, buscando el clímax.

— Puta coño delicioso — dice sentándose y controlando las embestidas, penetrándome todo lo que puede.

— Qué bueno es —digo entre gemidos y Leonardo me tumba en el sofá, empujando fuerte, profundo, frotando mi clítoris, besando mi boca y tomando mis gemidos dentro de la suya.

— ¡Ah, Léo! —grito cuando el orgasmo recorre mi cuerpo, veo miles de estrellas, siento mi coño empapando su erección y, a continuación, con una última embestida, Leonardo se corre gimiendo mi nombre, besando mi boca con posesión.

«Joder», dice jadeando mientras se aleja, tumbándose boca arriba en el sofá y tirando de mí para que apoye la cabeza en su pecho.

No sé qué decir, nunca había sentido nada tan intenso, nunca había tenido un orgasmo así y tengo miedo de que cualquier cosa que diga rompa este ambiente tan agradable que tenemos ahora.

— ¿Quieres salir conmigo? — De todo lo que esperaba que dijera, nada se acercaba a eso.



Capítulo 15

Leonardo Viana

— ¿Quieres salir conmigo? — Me siento como un adolescente pidiendo salir a la chica más guapa del instituto.

Es ridículo que un hombre de mi edad se sienta tan nervioso por una invitación para salir, pero estoy ansioso, esperando su respuesta.

— Sí. — Un susurro, si no hubiera estado atento no lo habría oído, pero lo oí y una enorme sonrisa se dibuja en mi rostro.

Aprieto a Isadora entre mis brazos y beso sus labios, profundizando el beso mientras exploro su boca con mi lengua, me excita su entrega y, tan rápido como puedo, cambio el condón, nos levantamos y la inclino sobre el brazo del sofá, penetrándola profundamente y arrancándole un gemido.

Su estrecho interior me vuelve loco, así que estimulo su clítoris para ayudarla a alcanzar el orgasmo más rápido, porque estoy a punto de correrme con la forma en que me aprieta.

Intento resistirme, pero cuando me doy cuenta ya le estoy dando una palmada en el culo, lo que la deja más húmeda y, sonriendo, sigo empujando y azotando su delicioso trasero. Sus gemidos aumentan, su coño comienza a contraerse con más fuerza alrededor de mi polla y vuelvo a jugar con su nervio hinchado hasta sentir que se ablanda, el coño ordeñando mi polla, solo entonces me permito correrme de nuevo.

Su móvil, avisando de la recepción de un mensaje, rompe el momento y me alejo, echando de menos su ardiente calor. Veo a Isadora cogiendo el dispositivo y leyendo el mensaje, se ríe y me mira con una expresión tierna de quien no quiere irse.

— ¿Le ha pasado algo a Davi? —le pregunto.

— No, Ana solo me preguntaba si me había olvidado de que tengo casa. — Me río con ella. — Creo que mi carruaje acaba de convertirse en calabaza. — Ella se encoge de hombros y me acerco para abrazarla y besarle la frente.

— No se ha convertido, te llevaré a casa y podemos repetir el programa otro día e, incluso, podemos dar un paseo con Davi. ¿Ha ido ya a algún parque?

—No, solo voy con él cerca de casa. —Le beso la punta de la nariz y la hago sonreír.

—Entonces lo haremos. —Isadora se pone seria y me mira intensamente.

— ¿Dónde has estado todo este tiempo?

— Aquí mismo, esperándote. — Ella vuelve a sonreír y acerco mi cara a la suya, besándole suavemente los labios, pero apartándome rápidamente, porque si empezamos de nuevo no saldremos de aquí tan pronto. — Tenía toda la intención de llevarte a la cama, pero estaba muy lejos. — Nos reímos juntos.

— La próxima vez me enseñas todo el apartamento, ¿quién sabe si crearemos recuerdos en otras superficies?

Nos vestimos riendo, en un ambiente ligero y agradable, volvemos a mi coche y llevo a Isadora a su edificio, despidiéndome de ella con un beso intenso, transmitiéndole todo lo que siento por ella. Cuando llego a mi apartamento, me tiro en la cama, sin ganas

de quitarme el olor de Isadora de mi cuerpo, y me duermo con una sonrisa en la cara, feliz como no lo había estado en años.

Desde que mi corazón fue descartado y pisoteado como basura.

Al día siguiente no voy al hospital y, al despertarme, le envío un mensaje a Isadora, preocupado por Davi. Respiro aliviado al saber que está bien y se me ocurre una idea, aunque me da miedo parecer pesado, los invito a dar un paseo al aire libre y corro a arreglarme cuando ella acepta.

Aparco el coche frente a su edificio y le envío un mensaje avisándole de que he llegado. Mi corazón da un vuelco cuando la veo caminar con Davi en el carrito y salgo del coche para ayudarla con el bolso del bebé.

— Perdona por todo este lío.

— No pasa nada. — Le doy un beso rápido en los labios bajo la mirada atenta de Davi. — Es normal tener que llevar todo lo necesario para el bebé.

— Parece que le gustas — comenta, y miro a Davi, que sigue atento a mis movimientos.

Le sonrío, haciéndole una mueca graciosa, y veo cómo estira sus bracitos hacia mí.

—Ya tiene un fan. —Nos reímos juntos y saco al bebé del carrito para acomodarlo en la sillita que compré de camino aquí. —¿Por qué tienes eso en tu coche?

— De camino me acordé de que lo necesitaba para transportar a Davi, pasé por una tienda y lo compré —me encojo de hombros.

— Creo que no eres de este mundo.

— Ya te demostraré que sí lo soy. — Sonrío mientras termino de acomodar a Davi en la sillita.

Me subo al coche y me acomodo en el asiento del conductor, después de ayudar a Isadora. Pongo el vehículo en marcha y me dirijo a uno de los parques más conocidos de la ciudad, el Bosque Maia, hace tanto tiempo que no visito este lugar.

Tengo suerte y encuentro un lugar para aparcar muy rápido, enseguida salimos del coche y cojo el carrito de Davi del maletero, lo saco del portabebés y lo pongo en el carrito, donde lo ato y miro a

Isadora antes de empezar a caminar hacia la entrada. Su mirada es más intensa que cuando salimos de la calle donde vive.

— ¿Qué pasa? —le pregunto, sintiéndome un poco incómodo.

— Nada, no — responde ella, sacudiendo la cabeza y adelantándose para empujar el carrito de Davi.

Caminamos uno al lado del otro, charlando sobre trivialidades, hasta que llegamos al parque, donde hay una gran pista de atletismo, y seguimos adelante, admirando los recientes cambios que se han hecho en el lugar.

— Recuerdo que mi padre me traía aquí cuando era niño, veníamos casi todos los fines de semana cuando hacía calor. ¿Ves allí, donde están las pistas? — Señala el lugar. — Hay una escalera para subir, pero a mí me gustaba más subir por la hierba, era increíble.

— ¿Alguna vez has usado alguna de esas pistas?

— No.

— Recuerdo que cada vez que venía aquí, había alguien ocupando la pista, como no conocía a nadie, me dedicaba a otra cosa y lo dejaba de lado, siempre estaban ocupadas. — Volvemos a mirar las pistas, todas ocupadas por gente practicando deporte. — Eso no ha cambiado.

— Hubo un tiempo en que mi madre me prohibió venir aquí, ya era adolescente, creo que fue cuando salió la noticia del *maníaco de Guarulhos*[2] . — Sonrío.

—Tenía razón en querer protegerte, a tu edad podrías haber venido aquí con tus amigas y haber acabado siendo víctima de ese loco. —Encojo los hombros.

— Gracias por traerme aquí, pensé que nos llevarías al Ibirapuera. — Me echo a reír.

— Lo pensé, pero queda un poco lejos y no quería que Davi pasara mucho tiempo en el coche, así que esta era la mejor opción.

—Sí, pero hay algo que no entiendo, dijiste que nunca podías usar las pistas de aquí , ¿tú también eres de Guarulhos?

— Sí, nací aquí, pero mi padre encontró trabajo en la zona sur y, al cabo de un tiempo, pensó que era mejor mudarse más cerca

del trabajo, era mejor que pasar casi seis horas en transporte público. —Encojo los hombros.— Cuando nos mudamos, llegaba a casa media hora después de salir del trabajo, podía levantarse más tarde, tenía más tiempo para la familia y yo fui a un colegio tan bueno como el que estudiaba aquí, así que todos salimos ganando.

Nos detenemos un momento para que Isadora acomode a Davi en el cochecito. No puedo apartar los ojos de ella, de la forma en que habla con su hijo como si tuviera 10 años en lugar de 7 meses y de cómo él le presta atención y parece entenderlo todo.

— Estás haciendo un trabajo increíble, ¿sabes? — Apartó la mirada de su hijo y me miró con una sonrisa en la cara, mi corazón se aceleró.

—Me gusta hablar con él mientras compruebo que todo está bien. Me he dado cuenta de que no le gusta cuando cambio de voz. La última vez que lo intenté, puso una cara tan graciosa que casi se echa a llorar. Tuve que parar.

— Verte con él... es bonito, por decir lo menos. — Su rostro se sonroja y, después de terminar de revisar a Davi, seguimos caminando.

En un momento dado, sugiero que nos sentemos en un banco y, con el permiso de Isadora, cojo a Davi en brazos. Por un momento tengo la impresión de que va a llorar, pero enseguida me pone las manos en la cara y se ríe a carcajadas. Siento un gran alivio y empiezo a jugar con él, haciéndole cosquillas y simulando que es un avión.

Davi suelta gritos de risa y es el mejor sonido del mundo.



Capítulo 16

Isadora Fernandes

El fin de semana pasa como si fuera un sueño. Leonardo no durmió en mi apartamento y no me llevó de nuevo al suyo, pero pasó todos los días conmigo y con Davi, tratando a mi bebé con mucho cariño, derritiendo mi corazón.

Llega el lunes y la realidad me llama. Desde que volví de la baja por maternidad, me di cuenta de que había perdido un poco el espacio que había ganado a lo largo de los años de trabajo, siento como si hubiera vuelto a mi período de prueba.

— Isadora, ven a mi despacho ahora. — Marcelo Vasconcelos, mi jefe, utiliza un tono falsamente neutro, pero con una urgencia que no deja lugar a discusión.

Cojo un bloc de notas y me dirijo a la sala acristalada de mi jefe con una sensación extraña.

Marcelo está de pie cuando llego, analizando unos papeles sobre la mesa. Levanta la vista hacia mí, sin mostrar ningún atisbo

de simpatía.

— Espero que hayas aprovechado bien tu tiempo de descanso durante la baja.

Mantengo una postura firme. No me dirigió la palabra cuando volví, no participó en la bienvenida que me dieron algunos compañeros de trabajo y, aunque descansar fue lo último que hice durante la baja por maternidad, me trago las palabras que me vienen a la punta de la lengua para responder. *Estoy en mi periodo de estabilidad, pero no puedo abusar.*

— Sí, pude disfrutar mucho de mi hijo.

Él suspira ligeramente e trata de disimular una mueca, casi una expresión de desprecio.

— Genial. Entonces quiero que me entregues el informe que te pedí el viernes. — Recuerdo la pila de papeles que dejó en mi mesa al final de mi jornada laboral antes del fin de semana.

Leí los documentos rápidamente, el contenido es extenso y complejo, requiere no solo una lectura atenta, sino también un análisis en profundidad.

— ¿Hoy? Pero no he tenido tiempo de analizar con la debida atención los documentos que me entregó.

Marcelo se inclina sobre la mesa, cruzando las manos delante de la cara.

— ¿Algún problema? Porque cuando tuviste que ausentarte, otras personas tuvieron que asumir tus responsabilidades. Ahora es tu turno de demostrar que aún puedes seguir el ritmo.

Él sabe que puedo seguir el ritmo y, antes, me habría llevado los documentos a casa para leerlos con calma. Pero ahora no puedo hacerlo porque tengo que cuidar de Davi, quiero cuidar y disfrutar de todos los descubrimientos de mi hijo.

Siento que Marcelo quiere ponerme a prueba, medir si sigo siendo útil para la oficina. Entonces respiro hondo, tratando de mantener la calma.

— No hay problema, al final del día tendré el informe listo.

É una sonrisa fría.

— Genial. Entonces estamos de acuerdo.

Salgo de la sala sintiendo la presión abrumadora de mi regreso. Creo que Marcelo me estaba dando un tiempo para acostumbrarme, al menos eso hizo. Ahora no hay margen para errores.

Al llegar a mi mesa, mi móvil vibra. Es una notificación del abogado que había olvidado que podía llegar en cualquier momento.

«Audiencia del proceso programada. Tenemos que hablar».

Cierro los ojos por un segundo. Además del infierno profesional al que me enfrento, tendré que lidiar con el proceso de algo que todavía me afecta mucho emocionalmente.

«Te llamaré durante el almuerzo».

Guardo el móvil y me concentro en los documentos que tengo que leer rápidamente para empezar el informe lo antes posible, o no daré abasto.

Cerca de la hora de mi almuerzo, tecleo frenéticamente, con los ojos fijos en la pantalla del ordenador mientras las palabras bailan ante mí. El informe está casi listo, solo faltan algunos ajustes finales y estoy increíblemente orgullosa de mí misma, a pesar del dolor de cabeza. No he parado ni siquiera para beber agua desde que Marcelo me dijo que necesitaba ese informe para hoy.

La oficina está en su ambiente habitual de los lunes: teléfonos sonando, teclados pulsándose rápidamente y compañeros discutiendo plazos. Siento las miradas indirectas, sé que algunos todavía se preguntan si podré mantener el ritmo después de mi regreso.

Reviso de nuevo la última página, compruebo las referencias y siento un alivio momentáneo. Pronto podré dejar el informe impreso en la mesa de Marcelo, cumpliendo con holgura el plazo estipulado.

Entonces, mi móvil vibra. Una llamada.

El nombre de mi vecina en la pantalla me revuelve el estómago.

Mi corazón se acelera incluso antes de contestar. Sé que mi vecina solo me llamaría a esta hora si fuera algo urgente.

— ¿Rita?

Mi tono es tenso.

— Isadora, querida... Davi tiene fiebre. Se despertó un poco débil y ahora le ha subido la fiebre. Ya le he dado un baño tibio,

pero he pensado que era mejor avisarte.

Mi cuerpo se paraliza, mi corazón se acelera y mis dedos aprietan el móvil contra mi oído.

— ¿Cuánto tiene de fiebre?

— 38,9 °C. Está un poco agitado... No ha querido mamar bien.

Cierro los ojos y siento una ola de desesperación subir por mi garganta. ¿Casi 39 grados? La idea de que pueda ser algo grave me oprime el pecho.

Pero antes de que pueda reaccionar, oigo la fría voz de Marcelo Vasconcelos detrás de mí.

— Isadora, ¿a qué esperas? ¿Ya está listo el informe?

Giro rápidamente la silla y veo a mi jefe de pie, con los brazos cruzados y una expresión impaciente. Algunos compañeros están entrando en la sala de reuniones y yo estoy perdida. Me pidió el informe para el final del día, ¿por qué esta reunión casi a la hora del almuerzo?

Maldición.

Mi hijo está enfermo. Me necesita. Pero aquí, en este momento. Marcelo me mira como un juez listo para dictar sentencia.

«Ya voy, espérame y llámame si empeora», digo rápidamente por teléfono.

— No te preocupes, yo lo cuido hasta que llegues.

En cuanto cuelgo, escribo algo más en el archivo y lo imprimo, cojo las hojas, las alineo perfectamente y las grapo antes de pasárselas a Marcelo. Mis pensamientos están lejos. Tengo que irme a casa.

— ¿Pasa algo? — Marcelo arquea las cejas al notar mi vacilación.

Respiro hondo, sujetando con fuerza los papeles, aún extendidos.

— Mi hijo tiene fiebre alta.

Ella me mira por un instante, sin mostrar ningún signo de empatía.

— ¿Y el informe?

Le muestro los papeles, lo que le hace fruncir el ceño.

— Aquí está.

Miro el reloj. Si participo en la reunión que está a punto de comenzar, me llevará al menos una hora. Una hora lejos de mi hijo, mientras él está ardiendo en fiebre.

Pero si me voy ahora, pongo en riesgo mi credibilidad en el trabajo. Perderé más espacio. Seré juzgada como incapaz de conciliar la maternidad con la profesión.

El silencio entre nosotros se prolonga, hasta que Marcelo suelta un suspiro irritado.

— Si necesita salir, es su problema. Pero espero que tenga las prioridades bien definidas.

La ira me sube por la garganta como fuego, pero no tengo tiempo para peleas. Solo vuelvo a agitar el informe.

— El informe está aquí — repito, impaciente.

Marcelo coge los papeles sin dar las gracias y solo dice:

— Espero que esté completo.

Me dan ganas de reír, pero no reacciono, no respondo. Cojo mis cosas y salgo de la oficina casi corriendo.

No sé cuáles serán las consecuencias de mi decisión en el trabajo. Pero en este momento, Davi es lo primero.

Pido un coche por una aplicación para llegar más rápido. Cuando llegamos frente al edificio, salgo corriendo del coche, salgo del ascensor en mi piso y me cuesta abrir la puerta con la llave, pero cuando lo consigo, veo a Rita meciendo a Davi, que no llora y parece tranquilo.

— ¿Está mejor?

Me acerco, necesito ver la carita de mi hijo, que aún tiene rastros de lágrimas. Se me encoge el corazón.

— No tenías que correr, chica, te habría avisado si hubiera sido necesario llevarlo al hospital.

Toco la frente de Davi para comprobar su temperatura.

— ¿Sigue con fiebre alta?

— La he tomado hace unos minutos, ha bajado un poco. Ahora está a 38,2 ºC.

Respiro aliviada porque la fiebre está bajando.

— Voy a recoger sus cosas y lo llevaré al hospital más cercano, no quiero que empeore.

No digo en voz alta que necesito un justificante de que mi hijo está enfermo para presentarlo en el trabajo, no quiero darle más motivos a Marcelo para *que me moleste.*

Espero en la recepción del hospital durante unas horas hasta que atienden a Davi. Hoy hay muchos niños aquí, parece que todos han decidido ponerse enfermos al mismo tiempo. Pasamos por triaje, relleno el formulario y espero a que el médico llame a Davi. Para mi sorpresa, quien lo atiende es el Dr. Caio otra vez.

«¿Otra vez por aquí?», pregunta, sorprendido de verme y sorprendiéndome a mí por recordarme.

—Sí, Davi tiene un poco de fiebre y, como no se le ha pasado, he decidido traerlo aquí.

El Dr. Caio examina a mi hijo, intentando jugar con él, pero Davi solo refunfuña, no tiene ganas de jugar.

«Parece que tiene el mismo virus que los otros niños que han venido hoy». Se aleja de Davi y vuelve a su mesa, empezando a escribir en el ordenador.

— ¿Pero no es más peligroso para él, que solo tiene unos meses de vida?

— No, quédese tranquila, lo cuidaremos y pronto estará como nuevo.

Respiro aliviada, balanceándome de un lado a otro con Davi en brazos.

—Aquí tiene.

Me entrega dos hojas, una con la receta para comprar los medicamentos que Davi tendrá que tomar y otra con un certificado de asistencia.

— Gracias.

— No hay de qué, solo hice mi trabajo.

— De todos modos, gracias.

El Dr. Caio sonríe y yo le devuelvo la sonrisa mientras abro la puerta de su consultorio y vuelvo al pasillo, pero casi choco con alguien que está parado frente a ella.

— Lo siento, yo... — Cuando me agarran por los hombros, levanto la cabeza y me encuentro con la última persona que esperaba ver aquí. — ¿Rafael?



Capítulo 17

Isadora Fernandes

Este día parece demasiado largo, con tantas cosas pasando, y creo que mi corazón no es capaz de soportarlo. Rafael sonríe como lo hacía cuando estábamos juntos, es un hombre guapo, pero su encanto ya no me impresiona.

«¿Qué haces aquí?», le pregunto, apretando a Davi contra mi pecho.

— Te vi salir corriendo con el niño y te seguí.

Frunzo el ceño, desconfiada.

— No intentarás agredirme y robarme a mi hijo en medio del hospital, ¿verdad?

Él sonríe, como si la idea fuera absurda, lo cual no deja de ser cierto.

—No voy a hacer nada, solo quiero hablar, he estado reflexionando y me he equivocado mucho contigo.

Probablemente mi expresión es aún más desconfiada, porque él suspira, desanimado, y me mira, serio.

— Podemos ir a un lugar público, concurrido.

—Tu esposa podría vernos juntos.

—Diré que eres nuestra vecina y que te encontrabas mal. Solo te ayudé. —Se encoge de hombros, y la mentira sale con naturalidad.

—Prefiero hablar aquí mismo, hay una cafetería.

Mi intuición me dice que es un error, pero aquí en el hospital está Leonardo y puedo llamarlo en cualquier momento.

Entramos en la cafetería en silencio, mantengo a Davi en brazos cuando me siento en una silla.

— ¿Quieres pedir algo?

— No, estoy bien, solo quiero volver a mi casa pronto.

Rafael se sienta frente a mí y mira a Davi por un momento, sonriendo con cariño, como lo vi hacer cuando miraba a sus otros hijos.

— Lo siento.

Entrecierro los ojos, utilizando la desconfianza como barrera protectora.

— ¿De qué, exactamente?

Suspira y desvía la mirada antes de volver a mirarme.

—Bueno, de haberte dejado sola con la responsabilidad de criar a un hijo que también es mío.

—Davi es mi hijo, solo mío.

—Puedo pedir una prueba de ADN y demostrar que soy el padre.

Mi corazón se acelera, el miedo me golpea con fuerza, pero me mantengo firme.

—Ya te he dicho que no quiero nada que sea tuyo, no quiero entrometerme en tu matrimonio y, por mucho que mi hijo merezca la ayuda de su progenitor, soy perfectamente capaz de darle todo lo que necesita.

Él frunce el ceño.

— Puedo iniciar un proceso para el reconocimiento de la paternidad, te lo digo para que hagamos todo de forma pacífica,

ninguno de los dos quiere un proceso.

Sonrío con ironía.

— ¿Cuál es el truco, Rafael? ¿De repente has decidido asumir tus responsabilidades, después de amenazarme públicamente y casi agredirme? No entiendo a dónde quieres llegar.

— A ninguna parte, he hablado con mi mujer. Mientras estuve contigo, mi matrimonio estaba en crisis, pero hicimos terapia de pareja y resolvimos nuestros problemas. Este hijo es el último obstáculo que nos queda por superar y ella está dispuesta a aceptarlo, a ayudar en su crianza y a ser como una madre.

Sonrío con sorna.

— Davi ya tiene una madre, que soy yo, y, por si no te has dado cuenta, estoy viva y no estoy dispuesta a entregar a mi hijo para que lo críe otra mujer. Respiro hondo, buscando el control para mantener la voz baja y no despertar a mi hijo. «Si quieres presentar la solicitud de reconocimiento de paternidad, hazlo, pero el juez sabrá absolutamente todo lo que has hecho, todo lo que me has pedido y tengo testigos de tus amenazas, lo máximo que conseguirás son visitas supervisadas y una buena pensión que pagarás mensualmente por tu hijo.

— Sabes que eres tú quien va a usar el dinero.

El tono burlón revela sus verdaderas intenciones.

—Quieres hacerte el arrepentido, pero en realidad no te interesa Davi. —Lo pienso un poco y cambio de opinión sobre tu dinero. Me levanto, me coloco el bolso al hombro y mantengo a Davi firme en mi regazo—. Espera la citación, voy a hablar con mi abogado.

Rafael todavía intenta llamarme, pero ya salgo del restaurante a paso ligero. No me va a engañar, otra vez no. Ya fui tonta durante mucho tiempo y el fruto de mi ingenuidad está en mi regazo, durmiendo tranquilamente. Será bueno tener ayuda financiera para cubrir los gastos, me ayudará a respirar, porque Rafael gana bien, todo eso se tendrá en cuenta, incluidos los gastos con su familia.

Para alguien que me amenazaba con miedo a que su esposa descubriera que tenía un hijo fuera del matrimonio, me sorprendió que se lo contara todo a su mujer, pero siento que no es tan sencillo,

hay algo que no me ha contado y no confío en que no esté tramando algo para perjudicarme.

Pensaba que lo conocía, pero descubrí que había vivido algunos años de mi vida con un completo desconocido, que fingía amarme solo para tener sexo fácil fuera de casa.

Llego al apartamento y pongo a Davi en la cuna para que siga durmiendo antes de comprar sus medicamentos por Internet.

Me siento en el sofá y pienso en todo lo que dijo Rafael, por mucho que no lo crea, no se me va de la cabeza. Aprovecho el dispositivo que tengo en la mano y, mientras llegan los medicamentos, llamo al abogado para hablar sobre la audiencia y ver si puede ayudarme con el proceso de reconocimiento de paternidad.

La voz firme y tranquila del doctor Lucas Montenegro responde al otro lado.

— Isadora, buenas tardes. Estaba esperando su llamada. ¿Cómo está?

Suspiro, sintiendo un nudo en la garganta solo de pensar en lo que tendré que afrontar.

— Cansada, para ser sincera. Pero lista para resolver esto y algunas otras cosas recientes. Pero vayamos por partes.

— Muy bien. La audiencia está fijada para el próximo miércoles a las 14 horas —explica Lucas con claridad—. Esta es la fase más importante para responsabilizar penalmente a la doctora por lo que te ha pasado.

Asiento, aunque sé que él no puede verme.

— ¿Y el proceso en el Consejo Regional de Medicina?

— El juicio administrativo tendrá lugar dos días después, el viernes. El CRM abrió una investigación y reunió pruebas suficientes para juzgar si la doctora Mariana cometió un error grave como para perder su licencia.

Mi corazón se acelera.

— ¿Entonces existe la posibilidad de que pierda el derecho a ejercer la medicina?

Lucas hace una pausa antes de responder.

— Sí. Si el CRM considera que hubo negligencia grave e irresponsabilidad, puede ser suspendida o incluso perder su licencia. Pero en la corte penal, la situación es diferente. Estamos pidiendo su condena por negligencia médica y omisión de socorro, además del proceso contra el hospital por negligencia y daños morales.

Tragué saliva, sabiendo que mi testimonio sería crucial.

— ¿Qué tengo que hacer?

— Primero, en la audiencia penal, mantén la calma. El abogado del hospital y el de Mariana pueden intentar desacreditarte, alegando que el parto era de riesgo y que la conducta médica no fue tan grave como parece. Pero no caigas en eso.

— ¿Y si intentan culparme?

— Ya lo han intentado. La defensa de la doctora argumentó que su embarazo ya era complicado y que la cesárea de emergencia era necesaria. Pero tenemos el informe de su obstetra afirmando que el parto debería haber sido por cesárea desde el principio. Ese documento es nuestra mayor prueba.

Respiro hondo.

— ¿Y mi declaración?

— Debes centrarte en lo que sentiste, en lo que viste y en cómo te trataron. Relata con detalle cómo te ignoró la Dra. Mariana, cómo nadie te atendió tras la hemorragia y cómo te encontraron al borde de la muerte. No exageres, no añadas información más allá de lo que viviste, solo cuenta exactamente cómo sucedió.

Me muerdo el labio. Revivir todo eso será doloroso, pero es necesario.

— ¿Y en el CRM?

— Allí el enfoque será diferente. El Consejo Médico evalúa la conducta profesional de la doctora, no las consecuencias personales para ti. Tu declaración debe ser objetiva, destacando que ella no respetó el informe médico de tu obstetra y que realizó un procedimiento arriesgado sin supervisión. El CRM no juzga emociones, juzga hechos técnicos.

Me paso la mano por el pelo, asimilando cada detalle.

— ¿Crees que tenemos posibilidades reales de ganar?

La respuesta de Lucas es firme:

— Isadora, tenemos pruebas, testigos y un historial de errores. El hospital ya ha intentado llegar a un acuerdo porque sabe que la Dra. Mariana cometió un grave error. Pero solo tú puedes contar tu historia con la fuerza que se merece. Si eres firme y sincera, sí, tenemos muchas posibilidades de ganar.

Cierro los ojos por un momento, sintiendo cómo la fuerza crece dentro de mí.

— Entonces vamos hasta el final.

— Así se habla, pero dijiste que tenías otro asunto que tratar, ¿qué es?

Le cuento sobre la visita de Rafael y Lucas me pide que deje ese tema para después de las audiencias.

— Una cosa a la vez —dice antes de terminar la llamada.

Tengo que contarle a Leonardo lo que ha pasado.



Capítulo 18

Leonardo Viana

Apenas pude ver a Isadora esta semana, estamos muy ocupados los dos, sobre todo después de recibir la notificación de la audiencia de Isadora contra el hospital y contra la Dra. Mariana. Los abogados del hospital exigen que testifique, pero ahí hay un gran problema.

Tengo que decir la verdad, y la verdad va en contra del hospital, ya que los hechos que provocaron la casi muerte de Isadora ocurrieron aquí dentro. La responsable ya ha sido despedida, ya no trabaja aquí, pero eso no cambia cuándo y dónde ocurrió esta absurda situación. Se ha activado el consejo del hospital y estoy sufriendo una gran presión para seguir la estrategia del departamento jurídico de desacreditar a Isadora. No le haré eso a ella, esto me está estresando mucho.

La sala de urgencias hoy es un verdadero caos, solo ahora he tenido un descanso para poder tomar al menos un café y, para salir

del ambiente del hospital y respirar un poco, decido ir a la panadería que está cerca. Me siento en una de las muchas mesas disponibles, disfrutando del momento de silencio, tomando mi café a pequeños sorbos, sintiendo el sabor del líquido fuerte en mi paladar, con la sensación de que todo está en su lugar de nuevo.

Estoy tan distraído que no me doy cuenta de que un hombre se acerca a mi mesa hasta que oigo su voz cargada de falsa cordialidad.

— ¿Dr. Leonardo Viana?

Levanto la vista y veo a un hombre bien vestido, con expresión relajada, pero con un brillo malicioso en la mirada. Extrañamente, me resulta familiar, pero no recuerdo dónde lo he visto antes.

—¿Quién pregunta?

El hombre me tiende la mano como si fuéramos viejos conocidos.

—Rafael Costa.

Entrecierro los ojos. El nombre me revuelve el estómago. El recuerdo de dónde lo conozco me golpea con fuerza. Sé exactamente quién es Rafael, pero mantengo mi expresión neutra al estrecharle la mano, solo por educación.

— Imagino que sabes quién soy — dice sentándose sin que le invite.

Dejo la taza de café y cruzo los brazos, observando al tipo que tengo delante.

—¿Qué quiere?

—Rafael sonríe de lado, una sonrisa presuntuosa que me irrita al instante.

—Solo una charla entre hombres. Ya sabe cómo es... Cuando dos personas están involucradas con la misma mujer, lo mínimo que se puede tener es un entendimiento, ¿no cree?

Mantengo mi postura rígida, pero siento que la sangre me hierve.

—Isadora no es tema de discusión entre nosotros. Ella ya tomó sus decisiones.

Rafael suelta una risa baja, sacudiendo la cabeza como si supiera algo que yo ignoro.

— Ah, tío, yo también pensaba eso. Pero la verdad es que Isadora nunca ha sabido muy bien lo que quiere.

Aprieto los puños sobre la mesa, pero me obligo a mantener la calma.

—Si estás insinuando algo, sé directo.

Rafael se inclina ligeramente hacia delante, con un tono de voz casi amistoso, pero cargado de veneno.

— ¿Te ha dicho que hablamos hace unos días? ¿Que estamos intentando arreglar las cosas entre nosotros?

Permanezco en silencio, analizando cada palabra con cuidado.

—¿Te ha contado que fui al hospital a hablar con ella cuando Davi estaba enfermo? ¿Que estamos en contacto?

Mi paciencia se agota por segundos, pero no quiero mostrar ninguna reacción.

Rafael sonríe satisfecho.

—Te dice una cosa a ti y otra a mí... Eres inteligente, debes saber que Isadora tiene un historial de tomar decisiones equivocadas e impulsivas. ¿Quién garantiza que ahora no está haciendo lo mismo?

Aprieto los dientes, sintiendo una incomodidad inesperada crecer dentro de mi pecho. Confío en Isadora, pero Rafael está sembrando dudas con una habilidad admirable.

— No sé a qué juego juegas, Rafael, pero yo no juego con Isadora. A diferencia de ti.

Rafael se ríe entre dientes y se levanta, ajustándose los puños de la camisa.

—No soy yo quien debe preocuparse. Solo quería darte un consejo de amigo. Si fuera tú, estaría atento.

Me da una palmada en el hombro antes de salir. Me quedo parado unos instantes, mirando la taza de café, ahora fría. Sé que Rafael está jugando sucio. Sé que Isadora no es de las que juegan con los sentimientos de los demás.

Pero entonces, ¿por qué una parte de mí se siente incómoda?

Vuelvo al hospital después de pagar la cuenta, sabiendo que aún queda mucho trabajo por hacer y que hoy estamos con poco

personal, muchos faltaron probablemente por la proximidad de una fecha conmemorativa, no es excusa, pero siempre sucede.

Muchos pacientes enferman en esta época en la que hay muchas aglomeraciones, y muchos profesionales faltan para participar en esas mismas aglomeraciones.

Entro en el hospital con paso firme, pero mi mente está lejos de aquí. El encuentro con Rafael me ha dejado inquieto. Sé que ese desgraciado es manipulador, pero aun así... algo en esa conversación me molesta más de lo que me gustaría.

En cuanto llego a la sala de médicos, encuentro a Caio y Felipe sentados, relajándose después de un turno intenso. Caio, siempre tranquilo, toma café como si fuera lo más preciado del mundo. Felipe, más observador, solo hojea algunos papeles, pero levanta la vista en cuanto me ve entrar.

— Esa cara no me engaña. ¿Qué ha pasado? —pregunta Felipe, cerrando la carpeta y cruzando los brazos.

Caio, que aún no me había prestado atención, me mira y se echa a reír.

— ¡Opa! Conozco esa mirada. Es la cara de alguien que ha visto algo que no le gusta.

Suspiro y tiro la bata sobre la silla antes de sentarme.

—Rafael vino a hablar conmigo.

La sonrisa de Caio desaparece al instante.

— ¿Quién?

— El exnovio de Isadora.

Felipe frunce el ceño.

— ¿Qué quería?

Me paso la mano por la cara, sintiendo cómo vuelve la irritación.

—Al parecer, solo veneno. Se acercó como si fuera un gran amigo preocupado, insinuando que Isadora me está dando esperanzas mientras sigue en contacto con él.

Caio suelta una carcajada sarcástica.

— ¡Este tipo tiene valor! Después de lo que le hizo, ¿todavía quiere hacerse el santo?

Felipe mantiene una expresión seria.

— ¿Y tú te lo creíste?

Levanto los ojos rápidamente, molesto por la pregunta.

—Claro que no. —Pero mi voz no suena tan firme como pretendía.

Felipe se da cuenta.

— Léo... — comienza, eligiendo cuidadosamente las palabras. — Sabes que ese tipo solo quiere desestabilizarte, ¿verdad? Isadora no es el tipo de mujer que juega con los sentimientos. Tú has visto todo lo que ha pasado.

Respiro hondo.

— Lo sé. Pero él dijo que había estado con ella recientemente, aquí. Y yo no lo sabía.

Caio se rasca la barbilla, pensativo.

— ¿Y por qué crees que ella no te lo contó?

Me quedo en silencio por un momento. Esa es la pregunta que no quiero responder. Felipe se da cuenta de mi vacilación y se inclina hacia delante.

— ¿Confías en ella?

Desvío la mirada, incómodo.

— Sí.

— Entonces, listo. — Felipe se encoge de hombros. — No dejes que ese imbécil de Rafael te manipule. No necesita demostrar nada, solo sembrar dudas.

Me paso las manos por el pelo, todavía sintiendo el peso de la conversación.

— El problema es que ahora esa duda está aquí.

Caio resopla y me lanza una servilleta.

— Entonces resuélvelo, tío. Habla con Isadora. Pero sin ponerte celoso, porque entonces sí que la perderás.

Felipe asiente, de acuerdo.

— Si le preguntas con desconfianza, se alejará. Si le preguntas con sinceridad, le demostrarás que confías en ella y que solo quieres entender.

Me quedo en silencio, pero sé que mis amigos tienen razón.

Solo que no sé si estoy listo para escuchar la respuesta.



Capítulo 19

Isadora Fernandes

En el sofá de mi apartamento, después de otro día estresante en el trabajo, estoy sentada con Davi en mi regazo, meciéndolo suavemente. Puede que no lo parezca, pero esto es una especie de terapia para mí, me calma. El silencio dentro de la casa es acogedor, pero siento que algo anda mal.

Ana ya se ha peleado conmigo porque aún no he hablado con Leonardo sobre la conversación con Rafael y la audiencia. Sé que él ya sabe lo de la audiencia porque los abogados del hospital deben habérselo informado. Iba a contárselo a Leonardo, pero todavía tengo miedo de cómo va a reaccionar al saber que he hablado con mi ex, el mismo que casi me pega.

Respiro hondo, buscando el equilibrio, dejar pasar el tiempo solo empeorará las cosas cuando se entere. Estamos saliendo, se espera que confíe en la persona que está a mi lado, pero algo me detiene.

Suena el timbre del apartamento y hay pocas posibilidades de quién pueda ser. Mis padres están en el interior, así que solo Ana y Leonardo podrían estar aquí a esta hora. Me levanto y, con Davi en brazos, miro por la mirilla y veo a Leonardo parado afuera.

Abro la puerta y él levanta la vista, mirándome de una manera diferente. No en el buen sentido.

«¿Cómo estás?», pregunta cuando le dejo pasar.

—Bien, mi jefe me está desafiando de las formas más absurdas, con plazos cortos, estoy muy cansada, pero sobreviviré. ¿Cómo estás en el hospital?

— La misma correría de siempre, pero esta semana he tenido dos noticias interesantes.

Mi corazón se acelera y mi cuerpo se tensa inmediatamente.

— ¿Cuáles?

— Una es sobre tu audiencia, que se ha fijado para la semana que viene.

— Sí, mi abogado me avisó, hablé con él y te lo iba a contar, pero se me olvidó.

Su mirada es intensa, sin apartar nunca los ojos de los míos, analizando cada expresión.

— ¿Hay algo que quieras contarme? —pregunta y yo entrecierro los ojos.

—Hay algo que iba a contarte, pero estaba esperando el momento adecuado.

Mi voz suena firme, disimulando mi temor.

«¿Has visto a Rafael últimamente?», pregunta directamente.

—Sí, ¿me siguió hasta el hospital?

—¿Está enfermo?

La tensión da paso a la preocupación en su expresión.

— Davi ha cogido un virus, pero ya está mucho mejor. — Respira hondo, claramente aliviado. — ¿Cómo sabías que había visto a Rafael?

—Me buscó y me dijo que habían estado hablando. Que están intentando arreglar las cosas.

Mi corazón late más fuerte e instintivamente abrazo a Davi.

— Como te dije, él me siguió, no es como si yo hubiera quedado con él.

Instintivamente, me pongo a la defensiva.

— ¿Por qué no me lo contaste?

— Porque temía que tuvieras precisamente esa reacción. Mi voz se eleva un poco, pero noto que Davi se mueve en mi regazo e intento calmarme, por él. «Vino con la charla de convivir con Davi, reconocer la paternidad, todo para ganarse puntos con su mujer después de haberla engañado tanto. Después de eso, no nos volvimos a hablar. No entiendo por qué estás haciendo de esto un problema».

Leonardo se ríe con ironía y se pasa la mano por el pelo, inquieto.

— Porque dejó claro que aún tiene esperanzas. Cree que estás indecisa.

Siento un escalofrío incómodo recorriendo mi espalda. Esta conversación está tomando un rumbo peligroso.

Empiezo a entender cuál era la trampa de Rafael al venir a buscarme, Davi solo era una excusa. Lo que no entiendo es por qué quiere perjudicar mi relación con Leonardo si nunca fui tras él, en ningún momento.

— ¿Y tú le creíste?

Leonardo duda por un segundo, eso duele más de lo que debería.

— No sé en qué creer, Isadora.

Y ahí es cuando algo dentro de mí se rompe.

Siento cómo se me hiela la sangre. De repente, el hombre que tengo delante ya no parece el Leonardo que conocí. Parece... Rafael.

No por el tono de voz, ni por la postura agresiva que solía tener Rafael, sino por la desconfianza, la presión, la forma en que me hacía sentir acorralada.

Levanto la cabeza lentamente, sujetando a Davi con más firmeza.

— ¿Crees que estoy jugando contigo? ¿Que te estoy dando esperanzas mientras hablo con el hombre que me abandonó embarazada?

Leonardo se pasa la mano por la cara, impaciente.

— No estoy diciendo eso. ¡Pero necesito entender lo que está pasando, Isadora! Él vino a mí y me dijo que ustedes están «tratando de resolver las cosas». ¿Qué debo pensar?

Suelto una risa sin humor, sacudiendo la cabeza.

— Deberías confiar en mí o, al menos, darme el beneficio de la duda antes de actuar así.

Sus ojos se encuentran con los míos y veo algo que me asusta: está dudando.

Parece que quiere confiar. Pero la duda está ahí, creciendo como una mala hierba.

— Yo no soy Rafael. —Su voz suena más baja esta vez, casi como una súplica.

Siento un nudo en la garganta.

—Pero está actuando como él.

El silencio es ensordecedor. Leonardo cierra los ojos por un segundo, como si le hubieran dado un puñetazo en el pecho.

Siento las lágrimas ardiendo detrás de mis ojos. No quiero alejarlo. No quiero que el miedo vuelva a dominarme. Pero la forma en que me mira ahora... aquí me duele más que cualquier otra cosa.

Leonardo respira hondo y da un paso atrás.

— Quizás necesitemos tiempo para pensar.

Siento que se me oprime el pecho.

— Quizás sí.

Me mira una vez más, pero ahora hay algo más frío entre nosotros. Un muro invisible que Rafael ha conseguido construir con media docena de palabras.

Leonardo sale por la puerta sin decir nada más.

Me siento de nuevo, sintiendo cómo me corren las lágrimas mientras miro a Davi, que duerme tranquilo, ajeno al torbellino que lo rodea.

Estoy perdiendo a Leonardo. Y eso me aterroriza más que cualquier otra cosa.



Capítulo 20

Leonardo Viana

Estos días lejos de Isadora han sido una tortura. Sé que necesitábamos tiempo para calmar los ánimos e intentar hablar de nuevo, pero esta distancia me está matando.

Intenté mantenerme ocupado con el trabajo, sumergiéndome en turnos extra, casi sin tiempo para dormir, pasé más horas en el hospital de las que debería. Pero nada sirvió. Su rostro me persigue en cada momento de descanso, el recuerdo de la última conversación martilleando en mi mente.

La forma en que me miró. El miedo en sus ojos. La frase que me destrozó:

«Pero estás actuando como él».

Me odio por ello. Odio haber dejado que Rafael envenenara mi mente. Debería haber confiado en ella. Debería haberla escuchado.

Apenas hemos empezado, pero quizá sea demasiado tarde.

Voy a la sala de los médicos para intentar descansar y me encuentro a Caio y Felipe sentados. Después de contarles todo lo que pasó, me miran como dos jueces listos para condenarme.

— A ver si lo entiendo... — comienza Caio, cruzando los brazos. — ¿Fuiste a hablar con Isadora, la presionaste por lo que dijo ese imbécil, dudaste de ella y además te fuiste sin resolver una mierda?

Cierro los ojos, cansado.

— No dudé de ella...

—Sí que dudaste —me interrumpe Felipe—. Si no hubieras dudado, no habrías hecho toda esta mierda.

Suspiro y me paso la mano por el pelo.

—Tenía la cabeza llena. Rafael supo exactamente qué decir para desestabilizarme.

— Y tú picaste como un idiota. — Caio replica.

— El silencio se prolonga, hasta que Felipe suelta un suspiro más controlado.

—Tío, sé que te gusta. Todo el mundo lo ve. Pero tienes que resolver lo que realmente sientes. Si sigues con un pie atrás, acabarás alejando a Isadora para siempre.

Niego con la cabeza, frustrado.

— Lo he estropeado todo. No sé si hay vuelta atrás.

—Si hay algo que sé sobre Isadora es que le da miedo luchar. Pero si se da cuenta de que tú también lo tienes, entonces sí que la perderás para siempre.

Las palabras de Felipe resuenan en mi mente durante el resto de la noche.

Vuelvo a casa introspectivo, sin hambre, solo me doy una ducha para intentar relajarme y me derrumbo en la cama, apagándome inmediatamente y despertándome solo después del amanecer.

Me levanto y me arreglo para ir a la audiencia.

Llego temprano al tribunal, pero siento un nudo en el pecho. Todavía no sé cómo voy a mirar a Isadora después de lo que pasó. La culpa pesa como una losa sobre mis espaldas.

Entonces la veo.

Isadora está sentada al lado de un hombre que, probablemente, es su abogado, con el pelo recogido en un discreto moño, la postura firme, pero con las manos entrelazadas en el regazo, como si intentara controlar la ansiedad.

No me ve de inmediato, y tal vez no le guste verme cuando me vea.

Siento un nudo en el estómago. La distancia entre nosotros nunca me había parecido tan grande.

Cuando nos llaman a la sala de audiencias, comienza el verdadero infierno.

El abogado del hospital es el primero en hablar, se levanta con una postura demasiado segura, hojeando algunos papeles como si ya estuviera seguro de la victoria.

— La Sra. Isadora Fernandes afirma que hubo negligencia médica en el momento de su parto. Sin embargo, hay pruebas de que su embarazo era de riesgo y que el parto natural era una opción viable. ¿Cómo lo justifica la defensa?

Veo cómo Isadora se pone rígida. Conozco esa mirada. Es el mismo miedo que vi cuando la encontré sola en la sala de partos. Respiro hondo para recuperar el control, no puedo interrumpir al abogado de la empresa en la que trabajo, no puedo mandarle que se calle, pero cómo me gustaría hacerlo.

— Además, nos gustaría destacar que no hay registros de quejas previas sobre la médica en cuestión, la Dra. Mariana Albuquerque, y que, por lo tanto, no hay pruebas concretas de que haya habido un error grave en la atención.

Siento cómo me invade la ira. Está intentando desacreditarla. Hacerla parecer exagerada.

Veo que los ojos de Isadora tiemblan por un instante, pero se mantiene firme.

Entonces llaman mi nombre.

Me siento en la silla frente al juez, esperando las preguntas.

El abogado del hospital espera que confirme que se siguió el protocolo, que no hay pruebas concretas de negligencia médica.

Pero entonces miro a Isadora.

Ella finalmente me mira. Sus ojos están llenos de expectación... y decepción.

Y en ese momento, descubro exactamente lo que tengo que hacer.

Respiro hondo, fijo mi mirada en la suya y digo toda la verdad:

— Me llamaron al hospital para atender a una paciente en estado grave tras el parto. Cuando llegué, encontré a la Sra. Isadora Fernandes sola, sin ningún tipo de asistencia médica. Estaba inconsciente, sufría una hemorragia grave y se encontraba al borde de la muerte. No había monitores conectados, no había personal médico presente y, si yo no hubiera llegado en ese momento, ella no estaría aquí hoy.

La sala queda en silencio.

El abogado del hospital carraspea, tratando de recuperar el control de la situación.

— Doctor, ¿podría decir si hubo un error grave por parte de la médica responsable?

Miro a Mariana Albuquerque, sentada en el banquillo de los acusados, con el rostro pálido. Luego vuelvo mi mirada hacia Isadora.

— Sí. Hubo negligencia. La Dra. Mariana Albuquerque ignoró el informe médico que indicaba una cesárea. Intentó inducir un parto natural, lo que provocó un sufrimiento innecesario a la madre y al bebé, y luego realizó una cesárea de emergencia sin supervisión, y cuando la paciente entró en hemorragia, no proporcionó la asistencia adecuada.

El abogado del hospital intentó intervenir, claramente confundido por mi testimonio.

— Doctor, su posición aquí es la de testigo imparcial. Está acusando a una colega médica de un error grave.

Esta vez, no dudo.

«Estoy relatando exactamente lo que vi y lo que me contaron los miembros del equipo que asistió en el parto.

No aparto la mirada de Isadora. Cada palabra que digo es también una silenciosa petición de perdón.

— La Sra. Isadora Fernandes casi muere porque un profesional de la salud, que debería velar por la vida, decidió ignorar un protocolo médico. Y me niego a mentir sobre ello.

El silencio en la sala era absoluto.

Y entonces, por primera vez desde que nos separamos, veo algo en los ojos de Isadora que me oprime el pecho.

Respeto.

Y, tal vez, una oportunidad para empezar de nuevo.



Capítulo 21

Isadora Fernandes

Los últimos días han sido una montaña rusa de caos y agotamiento.

La distancia con Leonardo me corroe por dentro, pero no tengo tiempo ni para procesar mis sentimientos.

El trabajo no me da tregua.

Marcelo parece decidido a ponerme a prueba hasta el límite. Plazos absurdos. Exigencias descabelladas. Montones de informes sobre mi mesa antes incluso de terminar los anteriores.

El viernes, cuando creo que voy a poder salir a la hora habitual, Marcelo aparece con un correo electrónico impreso y lo tira sobre mi mesa.

— Necesito que revises esto para el lunes.

Miro el reloj. Son las 19:37.

Ni siquiera necesito preguntar si eso puede esperar hasta la semana que viene. La respuesta siempre es no.

«Claro, Marcelo». Mi voz suena mecánica, sin vida.

Él asiente y se marcha sin siquiera dar las gracias.

Cierro los ojos y respiro hondo. No puedo perder los nervios aquí. No puedo mostrar debilidad.

Cuando por fin consigo salir de la oficina, mi teléfono vibra.

Rita.

Davi

Se me encoge el pecho.

Contesto rápidamente.

— Isadora, querida, todo está bien, pero Davi lloró mucho antes de dormir hoy. Creo que te extrañó.

Mi corazón se rompe y la culpa me corroe. Soy una mala madre.

— Ya voy.

Cuando llego a casa, Davi ya está durmiendo. Pero yo no tendré el mismo privilegio.

Estoy demasiado cansada para descansar.

Me doy una ducha rápida, cojo el portátil e intento revisar el informe que Marcelo me ha pedido. Pero las palabras bailan en la pantalla.

Mi mente está cansada. Me duele todo el cuerpo.

— Esto no es vida... — susurro para mí misma.

Pero, ¿qué hago? ¿Renuncio? No puedo. Tengo muchas cuentas que pagar. Mi hijo. Un proceso que ganar.

Cierro los ojos sintiendo cómo me arden las lágrimas.

Solo quería tener un minuto para respirar.

Y todo empeora cuando llega el día de la audiencia.

El silencio en la sala del tribunal pesa como el plomo.

Me había preparado para todo. Para ser atacada, desacreditada, para ver a los abogados del hospital tergiversando los hechos y convirtiendo lo que me pasó en un «procedimiento común».

Lo que no esperaba era ver a Leonardo, llamado a testificar a favor del hospital, mirarme directamente y decir toda la verdad.

Cada una de sus palabras era como un golpe contra los argumentos del abogado del hospital.

«Estaba sola».

«Inconsciente».

«Si yo no hubiera llegado en ese momento, ella no estaría aquí hoy».

Mis manos tiemblan sobre mi regazo. El corazón me late tan fuerte que apenas puedo respirar.

Debería sentir alivio al escuchar esas palabras. Después de todo, es la verdad. La verdad por la que luché tanto para que se escuchara.

Pero lo que me hizo contener la respiración no fue solo lo que dijo Leonardo, sino cómo lo dijo.

Me miró directamente a los ojos. Como si cada palabra fuera no solo un testimonio, sino también una petición de perdón.

Por un segundo, solo existíamos nosotros dos en esa sala.

Y fue entonces cuando me di cuenta de lo mucho que lo había echado de menos.

Lo mucho que la semana había sido un infierno sin él.

Y al ver a Leonardo enfrentándose a los abogados del hospital, me di cuenta de una cruel verdad.

Me había acostumbrado a luchar sola.

Y, por primera vez, parece que no lo estoy haciendo.

Leonardo está aquí. Defendiéndome. No por obligación. No por heroísmo.

Sino porque le importa.

Se me hace un nudo en la garganta.

Quería seguir enfadada con él por haber dudado de mí.

Quería gritarle por haberse alejado.

Quería decirle que no podía simplemente aparecer y arreglarlo todo.

Pero, en el fondo, sé que lo necesito.

Y tal vez, solo tal vez, él también me necesite.

Leonardo termina su declaración y el juez anuncia que es mi turno para testificar. Siento que me sudan las manos. *Respira. Mantén la calma. Ya has pasado por cosas peores.*

Me levanto y camino hacia la silla indicada, donde el juez me pide que confirme mi identidad antes de comenzar.

Mantengo la postura erguida, pero siento que el corazón me late con fuerza dentro del pecho.

Entonces, el abogado del hospital se levanta.

Y comienza el ataque.

— Sra. Isadora Fernandes, usted alega que sufrió negligencia durante su parto. Sin embargo, como ya se ha mencionado, su embarazo se consideraba de riesgo. ¿No cree que eso, por sí solo, ya hacía que el procedimiento fuera más delicado?

No lo dudo.

— Sí, mi embarazo era de riesgo, pero fue precisamente por eso que mi médico me recomendó una cesárea. Llegué al hospital con un informe médico que lo dejaba claro. Pero me ignoraron.

El abogado suelta una risa baja, sacudiendo la cabeza como si le pareciera gracioso.

— ¿Ignorada? ¿O simplemente atendida según el protocolo del hospital, que fomenta el parto natural siempre que sea posible?

Siento que me hierve la sangre, pero respiro hondo para intentar controlarme.

— Si seguir el protocolo significara ignorar riesgos evidentes y poner vidas en peligro, entonces algo estaría muy mal en ese hospital.

El abogado levanta las cejas, sorprendido por mi firmeza.

— ¿Entonces cree que el equipo médico quería perjudicarla a propósito?

—Creo que la Dra. Mariana Albuquerque tomó decisiones sin importarle el impacto que tendrían en mi vida. Y casi lo pago con mi propia vida por ello.

El abogado carraspea y coge una nueva hoja.

— Usted afirma que se quedó sola después del parto y que la encontró el Dr. Leonardo Viana. Pero hay registros de que el equipo la atendió antes de eso.

Abro la boca para responder, pero Lucas, mi abogado, se levanta antes.

— Meritísimo, la testigo está aquí para relatar su experiencia y no para ser objeto de interpretaciones distorsionadas. Pido al

abogado de la defensa que mantenga las preguntas dentro de lo que se ha relatado en las actas.

El juez asiente.

—Proceda con cautela, doctor.

El abogado del hospital esboza una sonrisa forzada y cambia de estrategia.

— Usted dijo que quedó traumatizada por el parto. Pero, como podemos ver, su bebé está sano. ¿No cree que está exagerando al intentar convertir un procedimiento médico en un caso de negligencia?

La ira me sube por la garganta.

Me inclino ligeramente hacia delante y mi voz suena más firme que nunca.

—Mi hijo está sano, sí. Y doy gracias por ello todos los días. Pero eso no borra el hecho de que casi muero.

Respiro hondo, con los ojos brillantes por las lágrimas que me niego a derramar.

— ¿Sabe lo que recuerdo del momento del nacimiento de mi hijo? Dolor. Miedo. Recuerdo que mi visión se oscureció. El frío en la piel. Sentir que me estaba yendo y que no había nadie allí para ayudarme.

El abogado se mueve incómodo. Pero yo no paro.

— Mi bebé no tuvo el derecho de ser recibido en los brazos de su madre en los primeros minutos de vida, porque yo no estaba consciente. Y cuando desperté, estaba sola. Abandonada en una sala de partos, sangrando, sin saber siquiera si mi hijo estaba vivo.

Respiro hondo antes de continuar.

— Si el Dr. Leonardo no hubiera entrado en esa sala... mi hijo se habría quedado sin madre.

El abogado del hospital abre la boca para replicar, pero Lucas se levanta de nuevo.

— Basta. Mi clienta ya ha respondido. Y, sinceramente, cualquier persona con un mínimo de empatía sabría que ninguna madre en el mundo exageraría algo así.

El juez golpea la mesa con el martillo.

— La defensa puede sentarse. La testigo queda dispensada.

Exhalo lentamente, sintiendo el peso del momento. Estoy a punto de levantarme cuando, instintivamente, mi mirada lo busca.

Leonardo.

Está allí, sentado a unos metros de mí. Y sus ojos están fijos en mi rostro.

No hay deuda, no hay vacilación. Solo hay apoyo y cariño en su mirada.

¿Quién sabe, amor?

Y en ese momento, lo supe.

Todavía podemos arreglarlo.

Todavía podemos tener un camino juntos.



Capítulo 22

Isadora Fernandes

El tribunal vuelve a quedar en silencio.

El juez ordena algunos papeles mientras yo vuelvo a mi asiento. En cuanto me siento, levanta la vista y anuncia:

«Tras analizar las pruebas y los testimonios, este tribunal reconoce que hubo negligencia médica en la atención prestada a la Sra. Isadora Fernandes durante el parto de su hijo».

Las palabras resuenan en la sala. Hubo negligencia médica. Lo han admitido.

Contengo la respiración, con las manos temblando discretamente sobre la mesa. He ganado.

— Por lo tanto, el hospital es condenado a pagar una indemnización por los daños morales y físicos causados a la demandante, por un importe de 200 000 reales.

La cifra me pareció lejana. No se trata de dinero. Nunca lo ha sido.

Pero saber que el hospital está siendo responsabilizado por lo que hicieron... eso sí es justicia.

Siento un alivio sofocante apoderarse de mi pecho, como si llevara días soportando un peso enorme y, por fin, pudiera soltarlo.

Mis ojos recorren la sala y encuentran a Leonardo. Todavía está aquí.

Hay orgullo en su mirada. Apoyo.

Y, una vez más, siento que no estoy sola.

Pero el juez no ha terminado la sentencia.

«En relación con la Dra. Mariana Albuquerque, este tribunal considera que su conducta ha sobrepasado los límites de la impericia y la imprudencia médica. Este tribunal ya ha enviado un dictamen al Consejo Regional de Medicina, dado que ya existe un proceso disciplinario abierto en el mismo.

Mariana, sentada con la columna rígida, no reacciona.

Pero veo en sus ojos el terror oculto.

Ella sabe lo que eso significa.

Con el dictamen de este proceso, el CRM tiene más posibilidades de confirmar la negligencia y, en ese caso, Mariana podría perder el derecho a ejercer la medicina. Y con el testimonio de Leonardo incluido en el documento que se enviará al CRM, es muy probable que eso suceda.

Será el fin de su carrera.

No sentí pena.

Recuerdo todas las noches que pasé despierta, reviviendo el miedo a morir en esa sala de partos. En la mirada de Davi cada vez que lo cojo en brazos, siempre preguntándome: «¿Y si yo no estuviera aquí?».

No. No siento pena por ella.

El juez hace un gesto final golpeando el martillo y dando por concluida la audiencia.

— Caso cerrado.

Empiezan los murmullos en la sala, los abogados se levantan y entonces llega la oleada de emoción.

Lucas, mi abogado, se vuelve hacia mí con una sonrisa de satisfacción.

— Felicidades, Isadora. Lo has conseguido.

Parpadeo varias veces, tratando de asimilar esas palabras. Lo he conseguido.

Entonces siento una presencia a mi lado.

Leonardo.

«Enhorabuena, me alegro de que haya prevalecido la justicia».

Su mirada es intensa, con una sonrisa sincera en el rostro. La mirada de alguien que quiere decir algo importante, pero no sabe cómo.

—Me defendiste. —Mi voz sale baja, cargada de algo que ni yo mismo puedo definir.

Leonardo contiene la respiración por un segundo antes de responder:

— Porque era lo correcto.

Sonrío levemente y asiento con la cabeza.

«Lo sé. Pero aun así... gracias».

Leonardo sostiene mi mirada.

— Nunca dudé de que merecías justicia.

Hay un momento de silencio entre nosotros. Pero no es incómodo. Está cargado de todo lo que aún no hemos dicho.

Me humedezco los labios, tratando de deshacer el nudo que tengo en la garganta.

— Creo que tenemos que hablar.

Leonardo asiente sin dudar.

— Sí.

Respiro aliviada, su expresión es cariñosa, ya no está tensa, siento que todo puede volver a estar bien.

Voy a mi casa y me encuentro en la portería con un hombre al que nunca había visto antes. El portero me avisa de que quiere hablar conmigo y me giro hacia él.

— ¿En qué puedo ayudarle?

—¿Isadora Fernandes? —Su tono de voz formal combina con el traje y la corbata que lleva puestos.

— Sí.

—Vengo a entregarle una notificación del Tribunal de Familia. —Frunzo el ceño, sin entender.

— ¿Tengo que firmar algo? —Me tiende un papel y, cuando veo el nombre de Rafael, siento cómo se me hiela la sangre.

Firmé el acuse de recibo de la notificación y se lo devolví al hombre.

Voy a mi apartamento y abro el documento nada más entrar, incluso antes de que Rita salga.

— Él no ha hecho eso.

—¿Qué pasa, señorita? —pregunta Rita, preocupada.

— Nada, gracias por quedarte con Davi mientras yo iba a la audiencia, hoy no voy a ir a trabajar.

— ¡No hay de qué! Me encanta cuidar a su adorable hijo, es un bebé tan tranquilo.

— Muchas gracias por tu ayuda. — Me abraza después de acostar a Davi en la cuna.

—Siempre que lo necesites, puedes llamarme.

Me siento en el sofá, mirando el documento sin poder creerlo.

Mi abogado iba a presentar la solicitud de reconocimiento de paternidad, pero Rafael está pidiendo la custodia de Davi.

El desgraciado que me abandonó ahora quiere quitarme a mi hijo, quiere la custodia exclusiva. ¿Qué tipo de juez le concederá la custodia a un hombre que abandonó a la madre de su hijo embarazada, que no los buscó más que para amenazarlos?

Llamo inmediatamente al Dr. Lucas, que me atiende al primer tono.

— Acabamos de vernos, todavía estoy terminando el informe del caso para enviarlo al CRM y la solicitud de inicio del proceso de reconocimiento de paternidad.

— No es necesario, Rafael ya ha presentado esa solicitud, con un extra. — Le oigo suspirar al otro lado.

—Por tu tono de voz, ya sé que es una bomba.

— En la notificación que acabo de recibir, solicita el reconocimiento de paternidad y espera una decisión unilateral a su favor. — Su risa me confunde. — ¿Qué tiene de gracioso?

— Cálmate, quiere desestabilizarte y, por lo que parece, lo está consiguiendo.

—Quiere quitarme a mi hijo y dárselo a su esposa para que lo cuide, ¡nunca permitiré que me alejen de Davi, nunca!

Mi corazón late con fuerza en mi pecho, mi respiración es entrecortada y las lágrimas están a punto de brotar de mis ojos.

—No te quitará la custodia, pero necesito cierta información para trabajar en tu defensa. Te la enviaré por mensaje y, si te parece bien, podemos almorzar juntos la semana que viene y discutir el caso.

— Creo que nunca podré pagarte lo suficiente.

— Soy abogado de oficio, el Estado ya me paga, quédate tranquila, si me invitas a una cerveza para celebrar otra victoria más, me daré por satisfecho.

Respiro aliviada al recibir este apoyo adicional.

— Gracias por todo.

— No hay por qué dar las gracias, me alegra ver que se hace justicia.



Capítulo 23

Leonardo Viana

Intento convencerme de que esperar hasta el fin de semana es lo correcto, que puedo esperar todo ese tiempo para hablar con Isadora. Que le daré ese espacio para que respire después de la audiencia, además de la que tendrá mañana en el CRM, y que es mejor resolver todo con calma.

Pero es mentira.

No puedo esperar ni un segundo más.

En cuanto termino mi turno en el hospital, cojo el móvil y la llamo.

El teléfono suena tres veces antes de que su voz se oiga al otro lado de la línea.

— ¿Leonardo?

La simple forma en que pronuncia mi nombre me oprime el pecho.

Carraspeo, tratando de parecer más seguro de lo que me siento.

—Hola, Isa. Sé que es tarde, pero... necesito hablar contigo.

Al otro lado, un breve silencio. Y entonces ella responde:

— ¿Quieres venir a mi casa?

El alivio que siento es inmediato.

— Sí. — Ni siquiera lo dudo. — Voy para allá.

Llego al edificio donde vive Isadora y respiro hondo antes de tocar el interfono. No sé qué esperar de esta conversación, pero hay una cosa que tengo clara: no voy a soportar estar lejos de ella.

Me autoriza la entrada y subo a su piso, donde me espera en la puerta, con una cómoda sudadera y el pelo recogido en un moño desordenado. Y jodidamente guapa.

Nunca imaginé que la echaría tanto de menos, viéndola así, en su espacio, sin barreras.

«Hola», dice, dando un paso a un lado para que entre.

—Hola.

El apartamento está en silencio.

—¿Davi se ha dormido?

— Sí, hace poco.

Asiento con la cabeza y la observo por un instante.

— Gracias por dejarme venir.

Ella suspira cansada.

— Necesitábamos hablar, ¿no?

Sonrío levemente.

— Sí, necesitamos.

Me indica con un gesto que me siente en el sofá y respira hondo antes de preguntarme:

— ¿Qué querías decir?

Ahora es mi turno de respirar hondo antes de empezar.

— Sobre lo que pasó antes de la audiencia... Me equivoqué.

Sus ojos brillan con cierta emoción.

—¿Te equivocaste?

— Sí. — Me paso la mano por el pelo, inquieto. — No debería haberte presionado de esa manera. Rafael supo exactamente cómo

desestabilizarme, y dejé que eso afectara lo único que realmente importa: nosotros.

Ella se queda en silencio por un momento, como si absorbiera mis palabras.

— No quería alejarme de ti — continúo. Y esa es la verdad más sincera de todas.

Los ojos de Isadora se suavizan.

—Lo sé.

La tensión entre nosotros disminuye un poco y siento que, por fin, estamos rompiendo la barrera invisible que nos separaba desde la pelea.

«Pero no es solo eso», dice, cambiando de posición en el sofá, visiblemente incómoda. «Hay otra cosa que tengo que contarte».

Frunzo el ceño, alerta.

—¿Qué pasa?

Se pasa la mano por la cara, como si no quisiera revivirlo, pero luego me mira directamente a los ojos.

— Rafael ha presentado una demanda para solicitar el reconocimiento de la paternidad y la custodia de Davi.

Me quedo paralizada.

— ¿Qué?

—Quiere que un juez le conceda la custodia exclusiva de Davi, para que mi hijo viva con él y yo solo tenga derecho a visitarlo.

Mi sangre hierve.

— No puede hacer eso.

— No solo puede, sino que lo ha hecho. — Respira hondo, tal vez buscando fuerzas. — Legalmente, tiene derecho a presentar esa demanda. Pero Lucas me está ayudando con eso.

El nombre cae entre nosotros como un peso.

Lucas.

Sé que es el abogado que el estado le asignó a Isadora en el caso contra el hospital, y debe estar ayudando con Rafael, pero ahora, al escuchar el nombre salir de su boca... no me gusta.

— ¿Lucas? — repito, tratando de mantener la voz neutra.

—Sí, ya está planeando la defensa y ha prometido que hará todo lo posible para evitar que Rafael me quite a Davi.

Asiento lentamente, obligándome a ignorar la incómoda sensación en el pecho.

No puedo dejar que los celos se apoderen de mí ahora. Pero los siento.

Lo siento porque sé que Lucas estuvo presente cuando yo no lo estuve.

Y la simple idea de que otro hombre sea un apoyo para Isadora y Davi es suficiente para irritarme.

Pero no digo nada. Porque el miedo a alejarla de nuevo es mayor que los celos que siento.

Así que respiro hondo, me inclino hacia ella y le cojo la mano.

— No estás sola en esto. Yo estoy aquí, Isadora.

Sus ojos tiemblan, y sé que eso era exactamente lo que necesitaba oír.

Ella asiente, apretándome la mano a su vez.

— Gracias.

Y, por primera vez desde que Rafael habló conmigo, siento que volvemos a estar en el buen camino.

El silencio que reina en el apartamento es reconfortante, diferente al de la última vez que estuvimos juntos. Esta vez no hay tensión. Solo la sensación de que nos estamos reencontrando.

Sigo sosteniendo la mano de Isadora entre las mías, sintiendo el calor de su piel. El contacto no es urgente, no es apresurado. Es necesario. Correcto.

Me mira de una manera que he echado de menos en los últimos días. Como si, por fin, ya no hubiera barreras entre nosotros. Espero que realmente no las haya.

«Te he echado de menos». Su voz sale en un susurro, pero la oigo como si hubiera gritado.

Mi corazón se acelera.

— Yo también lo sentí. Más de lo que puedo explicar.

Sus ojos se llenaron de una emoción que me hizo contener la respiración.

— Tenía tanto miedo de estar sola en esto...

Suelto un profundo suspiro y le acaricio la mejilla con el pulgar.

—Nunca has estado sola, Isadora.

Ella cierra los ojos por un segundo, inclinando la cara hacia mi caricia, como si absorbiera cada palabra. Cuando los vuelve a abrir, ya no puedo contenerme.

Me acerco lentamente, dándole tiempo para retroceder, pero esperando que no lo haga.

No se echa atrás.

Cuando nuestros labios se tocan, es como si el tiempo que hemos pasado separados desapareciera. El beso es diferente a los otros que hemos compartido.

No hay prisa, no hay incertidumbre. Solo hay reencuentro.

Sostengo su rostro con ambas manos, profundizando el beso, sintiendo el sabor suave y cálido que es exclusivamente suyo. Sintiendo todo lo que no pude sentir en los días que estuvo lejos.

Isadora pasa sus brazos alrededor de mi cuello, acercándome más a ella, como si quisiera pegar nuestros cuerpos y eliminar cualquier distancia que aún quede entre nosotros.

Y yo quiero más.

Quiero sentir el calor de su piel. El olor. El cuerpo. Lo quiero todo.

Pero entonces, en medio del beso, un suave sonido proviene de la habitación.

Davi.

Mi respiración se vuelve pesada mientras trato de recuperar el control.

Maldición.

Interrumpo el beso con un último beso en sus labios, apoyando mi frente en la suya mientras respiro hondo.

Isadora abre los ojos, confundida por la pausa, pero sonríe al ver mi estado.

— Si seguimos, no podré parar — murmuro, con la voz ronca contra sus labios.

Ella se ríe en voz baja, con una mirada llena de cariño.

—Davi está durmiendo, Leonardo.

Yo también sonrío, apoyando la punta de mi nariz en la suya.

—Sí, y es precisamente por eso que tengo que controlarme. Porque si se despierta, no podré fingir que ya no quiero más.

Isadora suspira, deslizando los dedos por mi nuca.

—Me gusta saber que lo deseas.

Cierro los ojos y la abrazo con fuerza por la cintura.

—Siempre lo he querido, Isa. Solo quería haber hecho las cosas bien desde el principio.

Ella me atrae hacia ella y me abraza con fuerza.

— Todavía podemos hacerlo.

Aprieto los ojos con fuerza, inspirando profundamente contra su cuello.

—Déjame cuidar de vosotros.

Isadora sonríe contra mi pecho.

—Ya lo estás haciendo.

Besé la coronilla de su cabeza, sintiendo que estaba donde debía estar.

Nada más importa.

Solo nosotros.



Capítulo 24

Isadora Fernandes

Siento que todo está alineado esta semana después de reconciliarme con Leonardo. Me invitó a salir hoy, viernes por la noche, y, a pesar de que mi jefe me estaba molestando, logré salir del trabajo a tiempo y llegar a casa a tiempo para arreglarme, dejando a Davi con Ana Paula, su tía favorita.

Cuando llegamos al lugar, está lleno y hay música en vivo. Miro a mi alrededor, sintiéndome un poco fuera de mi zona de confort. Hace mucho tiempo que no salgo a divertirme.

Leonardo nota mi vacilación y sonríe de lado.

— ¿Estás nerviosa?

Cruzo los brazos, fingiendo desinterés.

— No. Solo tengo curiosidad por ver cómo actúas en tu territorio.

Él se ríe y me coge de la mano, empujándome suavemente hacia el interior del bar.

— Entonces ven. Quiero que conozcas esta faceta mía.

El lugar tiene un ambiente acogedor, con luz tenue y un pequeño escenario donde una cantante desconocida toca la guitarra y suelta una suave risa.

Felipe y Caio ocupan una mesa más al fondo y, en cuanto ven a Leonardo y a mí, sonríen cómplicemente.

— ¡Pensé que nunca iba a cambiar! — bromea Caio, dándole un codazo a Felipe.

— Sí, pensé que tendríamos que intervenir —añade Felipe, riendo.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír.

Pedimos más bebidas y hablamos de cosas sin importancia. Es agradable estar aquí, en un ambiente relajado, sin preocupaciones.

Y entonces, cuando menos lo esperaba, la cantante comienza a tocar Areia, de *Sandy*.

Los primeros acordes me hacen encogerme ligeramente.

«¿Quieres detener el tiempo?
Es natural que sea así
Aún no te conozco de memoria
Hay tanto que no he aprendido...».

Siento un escalofrío recorriendo mi piel. Es como si la música hubiera sido elegida para este momento.

Miro a Leonardo, que está distraído jugando con su vaso. No se da cuenta del impacto que esa música tiene en mí.

«...Quiero detener el tiempo
Para que pueda ver desde aquí
Tu mundo viene a agitar mi río
Puedo incluso mirarte sin irme...

Desvío la mirada y la fijo en el escenario. Es cierto.

Leonardo y yo casi nos deslizamos como arena entre los dedos del otro. Todavía tengo miedo de perder mi propia esencia en una relación, como casi me pasó con Rafael.

Pero ahora... tengo más confianza para seguir adelante.

Quiero ser suya. Y quiero que él sea mío.

«Acorta esa distancia, agárrate a ese viento y ven
a abrazarme

Puedes juntarlo todo, espera el momento adecuado y ven
No lo dejes pasar
Y así (y así)
Mientras puedas, mientras quieras
Y así

Y cuando termina la música, siento que la noche no terminará aquí.

Cuando salimos del bar, el fresco viento nocturno me hace sentir un escalofrío recorriendo mi cuerpo.

Leonardo me cogió de la mano mientras caminábamos hacia el coche, pero el silencio entre nosotros no es incómodo.

Es de tensión.

Me abre la puerta del coche, pero, antes de entrar, me giro y le agarro por el cuello de la camisa.

Leonardo no tiene tiempo de reaccionar. Mis labios están sobre los suyos y todo lo que nos rodea desaparece.

El beso no es suave como el de nuestra reconciliación. Es intenso, lleno de deseo contenido.

Las manos de Leonardo se deslizan por mi cintura, acercándome más a él, profundizando el beso como si quisiera saborear cada parte de mí.

El aire entre nosotros se vuelve denso.

Cuando nos separamos, ambos estamos jadeando.

«Vamos a casa», susurro, con los ojos fijos en los suyos.

Leonardo traga saliva, con los ojos oscuros por el deseo.

—¿Estás segura?

Sonrío, provocativa.

—Absolutamente.

Leonardo no necesita oír nada más.

Me ayuda a entrar en el coche y, en pocos segundos, estamos de camino a su casa, listos para terminar la noche de la mejor manera posible.

El trayecto hasta el edificio donde vive Leonardo es una nebulosa.

La música suena bajito en la radio, pero ninguno de los dos parece prestarle atención. El silencio entre nosotros está cargado de

tensión.

Siento cada célula de mi cuerpo en alerta, como si estuviera atrapada en un juego peligroso que sé que voy a perder. Pero incluso perdiendo, sigo saliendo ganando.

Leonardo conduce con una mano en el volante y la otra apoyada en mi pierna, un simple roce, pero que arde como una brasa.

Y cuando aparca en el sótano del edificio y apaga el motor, el silencio se vuelve insoportable.

Vuelvo la cara hacia él.

Leonardo ya me está mirando. Sus ojos oscuros, intensos, llenos de promesas.

— Estás jugando conmigo. — Su voz es baja, grave, cargada de deseo.

Sonrío de lado, desafiante.

—¿Y si lo estoy?

No responde, y tampoco es necesario.

Su mano se desliza por mi nuca y, con un movimiento rápido, ya estoy atrapada entre él y el banco.

El beso es urgente. Nada de delicadeza, impaciente.

Sus labios se apoderan de los míos con avidez, con toda la frustración de nuestro tiempo separados.

Dejo escapar un gemido, y eso parece hacerle perder el control.

Sus manos aprietan mi cintura, acercándome más, como si intentara fundir nuestros cuerpos. Paso mis dedos por su cabello, agarrándolo, tirando de él, queriendo más. Necesitando más.

El coche es demasiado pequeño, el aire demasiado caliente. Estamos fuera de control.

Y entonces, un ruido.

Una risa lejana en el aparcamiento.

Los dos nos quedamos paralizados.

Mi respiración es entrecortada. Leonardo todavía me sujeta la cintura, con los ojos fijos en mí.

Estábamos tan perdidos el uno en el otro que nos olvidamos por completo de que estamos dentro de un coche, en medio del

aparcamiento.

Leonardo cierra los ojos y suelta una risa ronca.

— Si no tuviera vecinos, te follaría aquí mismo.

Yo también me río, deslizando mis dedos por su rostro.

—¿Y crees que me quejaría? —le provoqué.

Leonardo levanta una ceja.

—No me provoques.

La advertencia me hace morderme el labio, sintiendo cómo mi intimidad humedece la lencería con la expectativa de lo que él hará conmigo.

—Subamos —susurro, con la voz cargada de intención.

Leonardo respira hondo, tratando de recuperar el control. Coge las llaves del apartamento y me abre la puerta del coche.

— ¿Sabes qué es lo curioso? —pregunta, cogiendo mi mano mientras nos dirigimos al ascensor.

— ¿Qué?

Acerca sus labios a mi oído y susurra:

—Nunca jugamos. Siempre llegamos hasta el final.

Y, con eso, pulsa el botón del piso y me empuja contra la pared del ascensor, listo para seguir volviéndome loca, como estaba haciendo en el coche.



Capítulo 25

Leonardo Viana

Redoblo mis esfuerzos por controlarme, estaba a punto de hacer una locura en el ascensor, con cámaras, sería un gran entretenimiento para quien lo estuviera viendo, pero no me gustaría que otro hombre viera a mi mujer correrse. *Con mi polla metida en su coño, pero aun así no me gustaría.*

Hago malabarismos para abrir la puerta del apartamento, pero en cuanto estamos dentro, la empujo contra la puerta y ataco su boca con la mía. Cierro la puerta antes de usar esa mano para apretar su cintura y levantarla, frotando mi entrepierna contra la suya, sintiéndola estremecerse.

La otra mano se desliza por su pierna y sube, levantando la falda del vestido, sin dejar de besarla, le doy una palmada en su redondo trasero, enloqueciendo al sentir su calor a través de la ropa.

— ¡Joder! — exclamo alejándome lo suficiente para mirarla a los ojos, sus pupilas dilatadas y su expresión lánguida me

descontrolan.

Pero esta vez la llevaré primero a la cama.

Sosteniéndola en mis brazos, camino por el apartamento hasta mi habitación, donde la coloco en medio de la cama, le quito el vestido dejándola solo en lencería y, a continuación, me quito la ropa quedándome solo en calzoncillos.

Me acerco a su cuerpo, besando sus labios y bajando, arrastrando los labios por su piel cálida y suave en el cuello, el pecho. Alcanzo un pecho y lo pongo en mi boca, chupando, frotando la lengua por el pezón hasta que se pone duro.

Juego con el pezón rosado con la lengua mientras froto el otro pecho con la mano, para prestarle la misma atención, alternando entre un pecho y otro. La mano se desliza por su vientre pasando directamente por el coño, solo para provocarlo subiendo de nuevo sin prestarle atención.

— ¡Ah! ¡Por favor! — Sonrío de lado, besando su vientre, encontrando la marca de su parto y venerando el lugar de la cicatriz, lamiendo y arrastrando los labios.

— ¿Qué necesitas, mi ángel? — le pregunto acariciando sus muslos torneados, sin acercarme a su coño, que ya ha dejado una marca de humedad en las bragas.

Haciéndome sentir jodidamente orgulloso.

— Te necesito.

Sigo provocándola con una sonrisa en la cara.

— Aquí estoy, mi amor.

Mi corazón se acelera cuando dejo escapar la palabra.

Amor.

Intenso.

Puro.

Jodidamente fuerte.

— Fóllame. — Tu petición llama mi atención.

— Con mucho gusto.

Abro sus piernas y me coloco entre ellas, acerco mi cara a su intimidad e inhalo el aroma de su excitación. Arrastro la lengua por encima de las bragas, viendo cómo todo su cuerpo se estremece.

Tiro de los lados de la delicada prenda, satisfecho al oír el ruido de la tela rasgándose, el elástico rompiéndose y su coño desnudo, liso, goteando, completamente abierto para mí.

Mi polla se contrae encerrada dentro de los calzoncillos, necesitando libertad, pero aún no es el momento.

Separo los labios con los dedos y soplo delicadamente sobre el clítoris.

— ¡Ah, joder! — gime Isadora, entregada.

Juego con la lengua, presionando ligeramente, antes de chupar con fuerza el nervio entre mis labios. Sus caderas se mueven, frotándose contra mi cara, excitándome aún más.

Penetro su estrecho canal con la lengua, sintiendo cómo me aprieta, alternando los dedos y la boca, bebiendo su placer hasta que no puedo más.

— Por favor — suplica, sudando, temblorosa.

Me quito los calzoncillos y avanzo, ansioso, jodidamente excitado. Muriéndome de nostalgia.

Su calor me quema, su interior me acoge, me aprieta, me vuelve loco.

Quería ir despacio.

Pero en cuanto estoy dentro de mi mujer, ya no puedo pensar con claridad, solo siento.

Digo un ritmo rápido, voraz, abrasador.

Apoyo nuestras frentes, beso sus labios dejándola sin aliento y haciéndome jadear aún más.

El sudor corre por nuestra piel.

Siento que Isadora está cerca del límite cuando su interior se contrae con fuerza a mi alrededor, casi haciéndome correrme. Pongo una mano entre nuestros cuerpos y presiono su clítoris, frotando el nervio hasta hacerla gritar.

— ¡Ah! ¡Léo! — Isadora se corre, empapando mi polla y haciéndome correrme junto a ella en cuanto oigo mi nombre salir de sus labios.

— ¡Joder! — gimo corriéndome dentro de ella, sintiendo un escalofrío recorriendo mi espina dorsal.

Me esfuerzo por apoyar el peso de mi cuerpo en los brazos, para no aplastarla.

Temblamos juntos cuando salgo de ella, la visión de mi semen chorreando es suficiente para dejarme casi listo para otra ronda.

La habitación sigue caliente, envuelta en el olor a sexo y sudor. Mi pecho sube y baja con respiraciones pesadas mientras sigo intentando calmar mis latidos acelerados.

Isadora sigue tumbada a mi lado, con la cabeza apoyada en mi brazo, el cuerpo relajado, la piel brillando bajo la tenue luz de la luna que entra por la ventana. Maravillosamente saciada.

Me paso la mano por la cara, tratando de recomponerme, recordando mi semen goteando de su coño, cuando la realidad me golpea como un puñetazo en el estómago.

Mierda.

Mi cuerpo se tensa cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

Como un maldito adolescente.

Hemos follado sin condón.

He sido un maldito irresponsable al olvidarme de usar preservativo.

Ni siquiera hablamos de ello.

Se me corta la respiración. El peso de la irresponsabilidad me golpea con fuerza, como un choque térmico tras el calor del deseo.

Me alejo lentamente, cobrando el rosco con las manos, sintiendo que mi mente corre en mil direcciones.

¿Cómo pude ser tan descuidado?

La adrenalina del momento me hizo perder el control. No pensé.

¿Y ahora qué?

Isadora parece notar mi cambio. Aún jadeando, vuelve la cara hacia mí, con el ceño fruncido.

— ¿Léo? ¿Qué pasa?

Tardo un segundo en responder, todavía tratando de reformular una forma racional de decirlo.

Pero entonces la miro a los ojos y toda la calma que sentía hace unos momentos es sustituida por un miedo que no esperaba

sentir.

— No usé condón.

El silencio cae entre nosotros como un golpe seco.

Isadora parpadea varias veces, asimilando la información.

— ¿Qué?

Me siento en la cama, frotándome la cara, enfadado conmigo mismo.

— Estaba tan fuera de mí que no pensé con claridad. — Maldigo en voz baja, luego la miro de nuevo, tratando de medir su reacción. — ¿Estás... tomando algo?

Ella sigue mirándome, sorprendida, y luego respira hondo antes de responder:

— No.

Si no estuviera sentado, probablemente me caería, porque siento como si el suelo se abriera bajo mis pies.

Mi corazón late aún más rápido, pero ahora no es por deseo. Es por miedo.

Miro a Isadora, tratando de encontrar algún signo de pánico en ella, pero solo parece pensativa.

Entonces, finalmente, habla:

— Acabo de volver al trabajo. Ahora nos estamos reconciliando. Ni siquiera he pensado en volver a quedarme embarazada.

Se me seca la boca.

No estamos preparados. Voy a estropearlo todo.

Apenas nos hemos reconciliado.

Ella suspira y se pasa las manos por el pelo, sentándose también en la cama.

— No sirve de nada desesperarse ahora.

Frunzo el ceño, sorprendido.

— No estás preocupada.

Se muerde el labio inferior, claramente tratando de organizar sus pensamientos.

—Claro que lo estoy. Pero ya ha pasado. Ponerse nerviosa ahora no va a cambiar nada. Lo único que se puede hacer es tomar la píldora del día después y esperar.

Quería responder, decirle que eso no era seguro, que no se podía aceptar así sin más, pero entonces Isadora me sujeta la cara entre las manos y me obliga a mirarla a los ojos.

Los suyos estaban tranquilos.

— Si me quedo embarazada... lo afrontaremos. Juntos.

La palabra *«juntos»* alivió un poco el nudo que tenía en la garganta.

Tragué saliva.

— ¿Estás segura?

— Sí.

Respiro hondo y apoyo mi frente en la suya, cerrando los ojos.

—Te quiero, Isadora.

Ella sonríe y roza mis labios con los suyos en un beso suave y tranquilizador.

— Lo sé.

Pase lo que pase, encontraremos un camino.

Juntos.



Capítulo 26

Isadora Fernandes

Leonardo me dejó en casa ya era de madrugada, encontré a Ana durmiendo con Davi en brazos cuando entré en mi apartamento. La imagen es tan bonita que le hago una foto para guardarla.

Despierto a mi amiga y llevo a Davi a la cuna, parece tan cansado que apenas abre los ojos. Me despido de mi amiga, agradeciéndole por cuidar a mi hijo otra vez, y me voy a la cama, sonriendo como una tonta al recordar la maravillosa noche, el hombre increíble y cariñoso a mi lado.

Los días siguientes transcurren como si estuviera en una burbuja de felicidad. Leonardo empezó a dormir más a menudo en mi apartamento para no pasar mucho tiempo sin vernos, me ayuda mucho con Davi, que cada día está más apegado a él.

Como hoy, que estamos tumbados en el sofá viendo una película mientras Davi duerme plácidamente en la cuna.

«Estaba pensando estos días que este apartamento se va a quedar pequeño cuando Davi crezca, no habrá espacio para que corra.

Ya lo he pensado, pero como aún no ha llegado ese momento, prefiero posponerlo porque, por ahora, no puedo pagar un apartamento más grande.

— Aún no tiene ni un año, para cuando necesite todo ese espacio, ya habré encontrado otro apartamento.

— Exacto, se me ha ocurrido una idea, pero no sabía cómo sacarte el tema.

— ¿Qué tema?

Leonardo se levanta y se dirige a su maletín, que está junto a la puerta, saca algo de dentro y vuelve sonriendo.

— Toma, una copia de la llave de mi apartamento. Sé que parece pronto, pero quiero que consideréis la posibilidad de venir a vivir conmigo.

Mi corazón se acelera, mi mente parece dar vueltas con las muchas situaciones que imagino.

— No sé, no quiero quitarte tu privacidad ni volver a depender de alguien.

Se sienta a mi lado y me atrae hacia él hasta que nuestras caras están muy cerca.

— No quiero que dependas de mí para nada, pero cuenta conmigo como apoyo para lo que necesites. Puedes ir a la universidad, hacer un curso o lo que quieras, y yo estaré ahí para cuidar de Davi por ti. — Sus labios rozan brevemente los míos. — No quiero controlarte ni quitarte tu independencia, quiero que tengas la oportunidad de hacer lo que quieras teniendo a tu lado a un compañero que te apoye en lo que sea necesario.

— Es pronto.

— Tenemos todo el tiempo del mundo, solo quiero que consideres la posibilidad porque mi apartamento es más grande que el tuyo, Davi tendrá una habitación solo para él y espacio para correr no le faltará. Pero si no te sientes cómoda, no hay ningún problema, este arreglo que tenemos hoy también me parece estupendo.

Me siento más segura después de sus palabras y tomo la iniciativa de iniciar un nuevo beso, aunque no podamos tener mucha intimidad aquí por Davi, no puedo resistirme a estar cerca de él sin besarlo.

Después de esa conversación, Leonardo tomó la iniciativa de ofrecerse a cuidar de Davi mientras yo salgo con Ana para un programa de mujeres, de amigas, y Davi se parece cada día más a Leonardo. Aunque no tengan ningún vínculo sanguíneo.

Cuando Leonardo no está cerca, Davi lo busca, lo extraña e incluso se queja un poco cuando pasa mucho tiempo sin venir a vernos. Mientras tanto, Rafael no hace ningún esfuerzo por acercarse a su hijo, diciendo que la audiencia será suficiente para demostrar que es un padre maravilloso al que se le priva del derecho de ver a su hijo.

Pasan unos dos meses hasta que el Dr. Lucas me llama para avisarme de que la audiencia se ha fijado para la semana siguiente y me pide que lleve a Davi a la audiencia, si es posible junto con Leonardo.

Es una petición extraña, pero se la hago a Leonardo, que se ofrece rápidamente a ir y quedarse con Davi en brazos mientras se celebra la audiencia.

El día de la audiencia, Leonardo nos lleva y, de camino a la entrada del juzgado, me tranquiliza.

— Nunca conseguirá quitarte a Davi, mi amor, cálmate.

— Todavía no entiendo qué motivo tiene Rafael para hacer esto, prometí salir de su vida, nunca le pedí nada, nunca intenté contactarlo, no tiene ningún sentido — me desahogo mientras Leonardo me abraza.

—Es una mala persona y eso es motivo suficiente.

Nos encontramos con el Dr. Lucas, que entra con nosotros en la sala, que es más pequeña de lo que imaginaba, pero el peso del momento la hace parecer inmensa. El olor a papel, los murmullos ahogados de las personas presentes y la tensión en el aire crean un ambiente casi sofocante.

Respiro hondo, sosteniendo la mano de Leonardo por un instante antes de soltarla y él se dirige a un banco, donde se

acomoda con Davi en su regazo. Tengo que ser fuerte, por ellos.

Me siento al lado de mi abogado, frente a Rafael, que me mira con una sonrisa cruel en el rostro.

El juez entra en la sala y todos se levantan.

— Pueden sentarse. Vamos a comenzar la audiencia para determinar la solicitud de reconocimiento de paternidad y la solicitud de custodia del menor Davi Fernandes.

El abogado de Rafael es el primero en levantarse.

— Excelencia, mi cliente, el Sr. Rafael Duarte, está aquí hoy para luchar por su derecho a ser padre. Desde que supo de la existencia de su hijo, se le ha impedido ejercer ese papel. La Sra. Isadora Fernandes ocultó su embarazo y ha dificultado cualquier intento de acercamiento.

Siento que mi sangre hierve, pero me mantengo en silencio.

El abogado continúa.

— Ante esta situación, solicitamos la custodia unilateral del menor, ya que la Sra. Isadora ha demostrado mala fe al alejar al padre biológico de la vida del niño.

La frase me golpea como un puñetazo en el estómago, aunque ya conozco las intenciones de Rafael.

Él no quiere visitas. Quiere quitarme a Davi.

Aprieto las manos sobre mi regazo, sintiendo cómo el pánico me recorre la espalda.

Lucas se levanta con calma, ordenando los papeles antes de hablar.

— Excelencia, el intento del Sr. Rafael Duarte de hacerse pasar por un padre injustamente tratado no podría estar más lejos de la verdad.

Se vuelve hacia Rafael con una mirada penetrante.

— Durante los primeros meses de vida del menor, mi clienta ni siquiera sabía el paradero del padre del niño. El Sr. Rafael nunca buscó a Isadora. Nunca intentó saber si ella estaba bien durante el embarazo, si necesitaba apoyo, si Davi había nacido sano. Y hay una buena razón para ello: intentó dar dinero a mi clienta para que abortara porque no quería al niño.

Lucas se volvió hacia el juez.

— Ahora, meses después, surge este interés repentino, pero no por amor al hijo. Sino porque ve que Isadora sigue adelante y solo quiere perjudicarla por puro orgullo masculino.

— Protesto, Excelencia, mi colega está ofendiendo a mi cliente y especulando.

— Se mantiene — responde el juez. — Doctor, por favor, cíñase solo a los hechos.

—Sí.

El juez mira a Rafael, que está rojo como un tomate.

— ¿Desea declarar algo?

Rafael carraspea y se levanta.

— Excelencia, yo no sabía que estaba embarazada, si lo hubiera sabido no habría permitido que Isadora desapareciera de la forma en que lo hizo y habría estado presente. ¡Pero ella me engañó, me ocultó a mi hijo! ¿Cómo puedo ser un padre presente si ella siempre me lo ha impedido?

El juez frunce el ceño.

— ¿Tiene pruebas de que intentó acercarse y se lo impidieron?

El abogado de Rafael revisa los papeles, pero claramente no tiene nada relevante que presentar.

Lucas sonríe levemente y luego saca su verdadero as en la manga.

— Excelencia, tenemos pruebas documentadas de que, incluso después de conocer al niño, el Sr. Rafael nunca mostró un interés genuino en ejercer la paternidad.

Desliza un sobre sobre la mesa.

— Correos electrónicos y mensajes entre él y terceros en los que deja claro que su intención en este proceso no es construir una relación con Davi, sino perjudicar a mi cliente.

Rafael se remueve en la silla.

El juez examina los documentos y levanta la vista hacia Rafael.

— ¿Puede explicar esto?

Rafael abre la boca para hablar, pero no hay justificación.

Lucas va más allá.

—Además, señor juez, me gustaría que observara algo importante.

Hace un gesto discreto a Leonardo, que se levanta con Davi en brazos.

— Este niño está creciendo con amor, cuidados y seguridad. A quien reconoce como figura paterna no es a Rafael Duarte, sino a alguien que ha estado presente desde su nacimiento.

Leonardo permanece en silencio, solo mirando al juez mientras sostiene a Davi con firmeza, como lo haría un verdadero padre.

En ese momento, y para sorpresa de todos, Davi abraza a Leonardo lanzando gritos de alegría y diciendo:

— Papapa.

La expresión del juez se suaviza al ver cómo Davi interactúa con Leonardo.

El bebé extiende los brazos para agarrar la camisa de Leonardo y apoya la cabeza en su hombro, totalmente cómodo.

En ese instante me siento más seguro sobre el rumbo de esta audiencia.



Capítulo 27

Isadora Fernandes

El argumento que temía que Rafael utilizara se desvaneció cuando todos vieron lo apegado que está Davi a Leonardo, y entonces comprendí la razón por la que Lucas quería que vinieran a la audiencia.

Cuando tuve que ir al laboratorio para que le sacaran sangre a Davi para la prueba de ADN, me aseguré de ir en un momento en que Rafael probablemente estaría en la oficina, no necesitaba encontrarlo para demostrar algo de lo que ya estaba segura.

El sonido del martillo del juez resuena en la sala, acelerando mi corazón al saber que ahora será el momento de la sentencia.

— Se determina que la custodia unilateral del menor, Davi Fernandes, permanecerá con su madre, la Sra. Isadora Fernandes.

Mis hombros se relajan como si me hubieran quitado un gran peso de encima.

Contengo la respiración un segundo antes de dejar escapar un suspiro tembloroso, controlando las lágrimas que llenan mis ojos.

Eso es. He ganado.

El juez continúa.

— El progenitor, el Sr. Rafael Duarte, tendrá derecho a visitas supervisadas hasta que demuestre un compromiso genuino y constante con la vida del niño.

Los murmullos en la sala aumentan.

Miro a Rafael, esperando verlo aceptar la decisión con cierta dignidad, pero su mirada está cargada de ira.

Entonces llega el golpe final.

— Además, el Sr. Rafael deberá pagar una pensión alimenticia por el importe correspondiente a las necesidades del niño, incluidos los meses retroactivos desde su nacimiento.

Ya está.

La bomba ha sido lanzada.

El rostro de Rafael se pone rojo de ira. Está furioso.

Él lo quiso, buscó justicia, cosechó lo que sembró.

Se levanta bruscamente, golpeando la mesa con las manos.

— ¡Esto es absurdo!

Su abogado intenta calmarlo, pero Rafael lo ignora.

— ¡Esto es un golpe! ¡Esta mujer lo ha montado todo para sacarme dinero!

Siento un escalofrío recorriendo mi espalda, pero antes de que pueda reaccionar, Leonardo se levanta, me entrega a Davi y se vuelve hacia Rafael.

—Nunca te importó Davi. Nunca te preocupaste por nada más que tu maldito ego. ¿Ahora estás enfadado porque perdiste el juicio que decidiste iniciar? Isadora nunca te pidió nada para Davi, aunque tenía derecho a hacerlo, tú montaste este circo porque quisiste, ahora aguanta las consecuencias como un hombre y deja de quejarte como un niño mimado.

Los ojos de Rafael se encuentran con los de Leonardo, la tensión entre ambos aumenta como la electricidad en el aire.

El juez vuelve a golpear la mesa con el martillo.

— Se levanta la sesión.

Los abogados comienzan a recoger los papeles, me levanto con Davi en brazos, queriendo salir de allí lo antes posible.

Pero Rafael aún no ha terminado.

— ¡Esta mierda aún no ha terminado! —amenaza antes de salir sin esperar al abogado que lo acompaña, asustado por el comportamiento de su cliente.

Salgo de la sala de audiencias con Leonardo a mi lado y Lucas siguiéndonos unos pasos atrás. Davi estira sus bracitos y le pide a Leonardo que lo levante, quien lo atiende con una sonrisa cariñosa en el rostro.

Afuera, paso junto a Rafael, que sigue resoplando como un toro furioso. Me agarra del brazo con fuerza, obligándome a mirarlo.

— Esto no ha terminado —gruñe, con los ojos ardientes de odio.

Mi instinto es soltarme, pero antes de que pueda reaccionar, Rafael ya está siendo apartado por Leonardo, que me devuelve a Davi.

—Aléjate de ella, ahora mismo.

La mano de Rafael cae a un lado de su cuerpo, pero la sonrisa burlona permanece en su rostro.

— ¿Crees que has ganado, Isadora? ¿Crees que ahora serás feliz con este tipo, jugando a ser una familia feliz con mi hijo?

Me mantengo firme.

—Hasta hace unos meses no era tu hijo, no tiene sentido cambiar nada ahora. Pero no voy a repetirme, sabes muy bien lo que hiciste. Y Davi no es tu hijo.

La sonrisa de Rafael se desvanece.

— ¿Cómo que no? ¡El examen dice que lo es!

Sonrío ante la crueldad que siempre ha mostrado conmigo.

— Nunca fuiste el padre de Davi. Ser padre es más que solo la sangre o el nombre en un maldito papel.

Leonardo se coloca a mi lado, sosteniendo a Davi en sus brazos de nuevo y, totalmente ajeno a la tensión del momento, mi hijo está disfrutando del juego de cambiar de regazo todo el tiempo.

— Será mejor que te vayas.

Los ojos de Rafael brillan de ira, pero sabe que no puede hacer nada más.

Ha perdido.

Sé que odia eso más que nada en el mundo.

No se trata de ganarse al hijo, de tener derecho a ver al bebé y crear un vínculo, se trata de ganarme, destruirme, quitarme lo que más valoro.

Por puro ego.

Pero eso no es problema mío.

Saludo a Lucas, agradeciéndole toda su ayuda, y cojo la mano de Leonardo para irnos juntos a casa.

Como una verdadera familia.

Mi corazón está ligero.

«¡Vamos a celebrarlo!», dice Leonardo cuando entramos en el coche y le sonrío a través del espejo retrovisor, ya que Davi está en el asiento trasero y se ríe y juega con su osito, ajeno a todo.

Me sorprende ver el lugar donde Leonardo detiene el coche, un restaurante japonés bastante sofisticado. Nos llevan a una mesa y rápidamente un camarero nos trae una trona para sentar a Davi.

«Gracias, nunca había venido a un lugar así», digo mientras sigo admirando la decoración del restaurante.

— Te mereces lo mejor, ¿has probado la comida japonesa?

—Sí, iba algunas veces a un restaurante de este tipo cerca de donde trabajo. —Recordar el trabajo que tanto me estresa me deprime, pero intento alejar esos pensamientos de mi mente.

— Entonces te encantará este sitio.

El camarero se acerca y hacemos el pedido, dos rodízios para nosotros con una variedad de platos fríos y calientes.

— Pediría champán para celebrar, pero no quiero asustar a Davi.

— No te preocupes, está acostumbrado al ruido, en el condominio hay varios niños y hacen ruido toda la tarde, a veces lanzan petardos y él ya se ha acostumbrado. — Encojo los hombros.

Hablamos de varios temas mientras empiezan a llegar los platos. Leonardo me mira de una forma diferente, lo que me deja con una sensación agradable, pero extraña.

Un camarero pasa y deja en la mesa una bandeja con sushis artísticamente dispuestos. Sonrío al ver la presentación, tanto que no me doy cuenta de un pequeño detalle entre los platos.

Cuando mis ojos captan el objeto, mi corazón da un vuelco: un hermoso anillo brilla entre las piezas.

Leonardo respira hondo y se levanta, llamando la atención de todos hacia nosotros, se acerca a mí y me coge la mano.

Frunzo el ceño, confundida, sin creer que realmente vaya a hacer lo que estoy pensando.

Una música comienza a sonar de fondo, reconozco los compases de *Estou apaixonado*, de *João Paulo & Daniel*, y mi respiración se acelera.

¡Dios mío!

— ¿Léo...? — Mi voz se quiebra, las lágrimas llegan a mis ojos y comienzan a correr cuando él se arrodilla y toma el anillo de la bandeja.

— Isadora... — comienza, con voz firme, pero cargada de emoción.

Me llevo la otra mano a la boca, sin poder controlar mis lágrimas.

— Nunca planeé enamorarme.

La frase me arranca una risa ahogada, y él también sonríe antes de continuar.

—Pero sucedió. Y fue lo mejor que me pudo haber pasado. Pensaba que ya lo tenía todo en mi vida, pero entonces apareciste tú y me demostraste que lo que tenía no era nada comparado con lo que puedo tener a tu lado.

Todo el restaurante está pendiente de la escena, pero Leonardo está concentrado en mí.

Estamos en nuestra burbuja, donde nada más importa.

— No solo quiero estar contigo. Quiero construir toda una vida a tu lado. Quiero despertarme cada mañana contigo, quiero cuidar de Davi como si fuera mi hijo, porque ya lo quiero como tal.

Leonardo me aprieta la mano con más fuerza.

— Quiero estar a tu lado en los días buenos y en los malos. Quiero amarte y apoyarte en todo lo que quieras hacer. Quiero ser tu

compañero, tu mejor amigo... y, si me lo permites, tu marido.

Me muestra el anillo.

— Isadora Fernandes, ¿quieres casarte conmigo?

El restaurante está en completo silencio, salvo por la canción que sigue sonando.

Mi corazón late tan fuerte que parece resonar en todo el lugar.

Miro a los ojos del hombre que salvó mi vida de tantas maneras, sus ojos llenos de promesas sinceras.

Y luego a Davi, que ríe y juega inocentemente en su sillita.

Eso es. Esa es mi familia.

Nunca he estado tan segura de nada como de esto.

— ¡Sí! — Mi voz sale temblorosa, pero llena de emoción.

El restaurante estalla en aplausos. Algunas personas silban, otras ríen encantadas. Y una señora en la mesa de al lado murmura:

— ¡Qué bonito!

A su lado veo a un camarero secarse una lágrima discretamente.

Leonardo desliza el anillo por mi dedo y, al segundo siguiente, me atrae hacia él para darme un beso, haciendo que los suspiros resuenen en el restaurante.

Cuando nos separamos, él sonríe.

— Ahora vamos a comer, porque no quería competir con el sushi por tu atención, pero me muero de hambre.

Suelto una risa feliz y lo abrazo con fuerza.

Una palabra, tres letras. ¿Cómo puede algo tan simple hacerme tan feliz?



Epílogo

Isadora Fernandes

Aunque todo sucedió muy rápido, decidimos fijar la fecha de la boda después del primer cumpleaños de Davi, al fin y al cabo, organizar una boda da mucho trabajo. Aunque no sea un gran evento.

Ahora, al terminar la fiesta de cumpleaños de mi hijo y a pocos días de la ceremonia, admiro el anillo que brilla en mi dedo.

Si alguien me hubiera dicho hace unos meses que estaría aquí celebrando el cumpleaños de mi hijo, en paz, y a punto de casarme con un hombre que realmente me ama y me respeta, me habría reído mucho.

Han pasado tantas cosas en tan poco tiempo.

Recuerdo por un momento a la antigua Isadora, cansada, destrozada por el abandono y luchando sola para criar a mi hijo, llena de miedo e incertidumbre.

Ahora ya no estoy sola y Leonardo es una persona maravillosa, se queda con Davi siempre que necesito salir, incluso si está en el hospital, trabaja desde mi apartamento cuidando a nuestro bebé. Eso sí, Léo llama a Davi «hijo» y cada vez que Davi lo ve dice «papapa», creo que pronto lo llamará «papá».

Miro a Davi durmiendo en su sillita, después de todos los mimos de mi familia y de su madrina, Ana Paula.

Está creciendo feliz, rodeado de amor.

Rafael, a pesar de cumplir con el pago mensual de la pensión, no acudió a ninguna de las visitas supervisadas, ni intentó nada más.

Días después de celebrar el primer año de vida de mi hijo, estoy en el camerino de la novia, en el salón que elegimos para la boda, mirando el vestido colgado. A mi lado, Ana Paula sostiene un pañuelo, emocionada.

— Estás a punto de casarte, Isa. No sé por qué estoy llorando, pero no puedo evitarlo.

Me río, pero mis ojos también se llenan de lágrimas.

— Si tú empiezas, yo también empiezo.

Ana respira hondo y me coge las manos.

—Te he visto sufrir. Te he visto caer y levantarte tantas veces. Pero mírate ahora. Has vencido.

Sus palabras me conmueven profundamente y siento cómo se me escapan las lágrimas.

— Nunca lo habría conseguido sin ti.

Ana Paula sonríe y me abraza con fuerza.

«Te quiero, amiga. Y estoy muy feliz por ti».

Mi madre se acerca a nosotras y elige ese momento para tomarme la cara entre las manos y decirme:

«Siempre supe que te merecías un amor verdadero. Me alegro de que lo hayas encontrado».

Más lágrimas caen de mis ojos y nos abrazamos las tres antes de que me aleje de ellas secándome la cara y riendo.

— Voy a tener que retocarme el maquillaje después de que me hayáis hecho llorar.

Me ayudan a ponerme el vestido y a retocarme el maquillaje, estoy frente al espejo.

Oímos golpes en la puerta y mi padre la abre un poco.

— ¿Están listas? Hay un novio ansioso y un bebé con sueño esperando.

Sonreímos y Ana me abraza de nuevo antes de dirigirse a la puerta.

— Voy a buscar a mi pareja para entrar, nada mejor que este adorable bebé para llevar los anillos.

Mi madre me da otro beso en la mejilla y sale junto con Ana Paula.

— Estás preciosa, hija mía. — Mi padre me abraza con fuerza y me da un beso en la frente.

Salimos del camerino y bajamos las escaleras hacia el jardín donde se celebrará la ceremonia. Encontramos un lugar en medio de la ciudad con un hermoso jardín florido, un panel con la imagen del sol poniéndose al fondo.

Sin muchos invitados. Solo personas que realmente importan a Leonardo y a mí.

Él es la primera persona en la que me fijo cuando me coloco al final del pasillo, nerviosa, ajustándome los puños del traje que lleva, guapo, ansioso como yo.

Entonces comienza la canción *Make You Feel My Love* de *Adele*, y comienzo a caminar junto a mi padre hacia el hombre que conquistó mi corazón e hizo mi mundo más feliz, al igual que mi hijo.

«Cuando la lluvia te golpee la cara
Y todo el mundo te moleste
Podría ofrecerte un cálido abrazo
Para hacerte sentir mi amor

Cuando las sombras de la noche y las estrellas aparezcan
Y no haya nadie allí para secar tus lágrimas
Podría abrazarte durante un millón de años
Para hacerte sentir mi amor...

El vestido sencillo, elegante y radiante arrastra una pequeña cola.

Davi está en brazos de Ana Paula, junto a Leonardo.

Cuando llego al altar, Leonardo me toca suavemente la cara y le da la mano a mi padre.

— Ella es lo más preciado que tengo, cuida bien de mi hija.

—Con todo mi amor —responde Leonardo, derritiendo un poco más mi corazón.

La ceremonia comienza, las palabras del juez de paz resuenan en el ambiente. Leonardo me toma de la mano, me mira a los ojos y pronuncia sus votos.

«Creía que lo tenía todo. Pero solo cuando te conocí me di cuenta de que no tenía nada. Tú y Davi le han dado un nuevo sentido a mi vida. Prometo amarte, respetarte y estar a tu lado en cada paso».

Mis ojos se llenan de lágrimas.

Respiro hondo antes de hablar:

«Llegaste cuando ya había dejado de creer en el amor. Pero tú me demostraste que el amor verdadero existe. Gracias por ser mi compañero, mi mejor amigo y el mejor padre que Davi podría tener. Te amo».

Leonardo sonríe y me besa la mano.

El juez concluye:

— Entonces, por el poder del amor que los une, los declaro marido y mujer.

Leonardo no espera el permiso. Me toma el rostro y me besa con tanta ternura que me tiemblan las piernas. Nos separamos al oír un gritito de Davi, que se ríe a carcajadas en el regazo de Ana Paula y extiende los brazos hacia nosotros.

Todos aplauden, celebrando.

Por fin somos una familia.

Ahora y para siempre, tendré a mi lado a mi médico protector.

Fin

Agradecimientos

Si has llegado hasta aquí, muchas gracias por leer esta historia que me ha encantado escribir. Si te ha gustado, no olvides dejar tu cariño en forma de estrellas, son muy importantes para que sepa cuánto te ha gustado la historia.

A mi marido, que es mi apoyo diario, aguanta mis arrebatos y me ayuda en todo. A mi familia, que siempre ha apoyado mis sueños, incluido este.

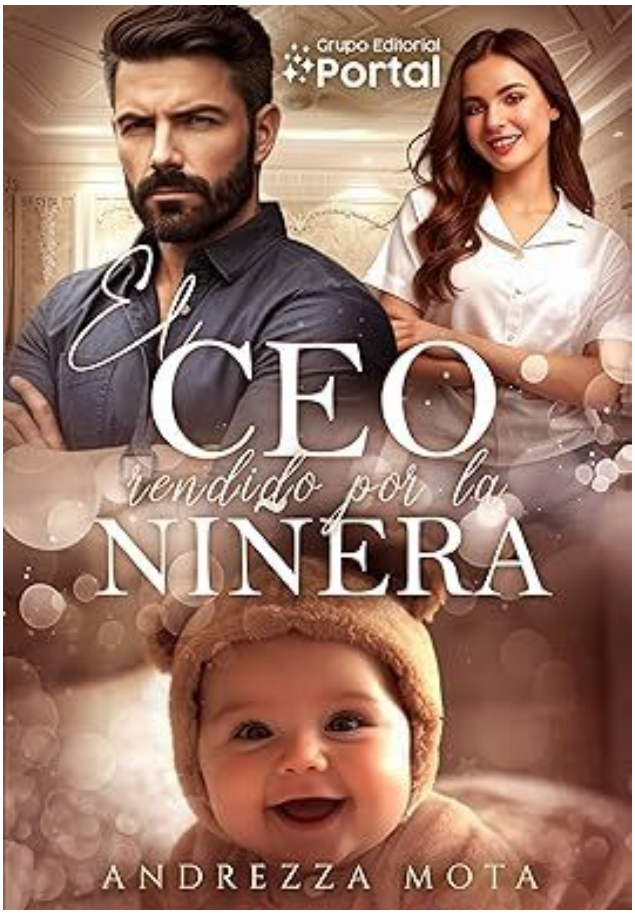
Rosi, por confiar en mi trabajo y darme la oportunidad de publicar con Portal.

Desafio Mari Sales, todas las chicas del desafío, gracias por inspirarme todos los días.

Carol Furtado y Thay Hill, mis compañeras, gracias por vuestro apoyo constante, por vuestra colaboración diaria, por las conversaciones, por todo.

Por último, pero no menos importante, gracias a mis lectoras privilegiadas, por estar a mi lado todo este tiempo, por seguir mi trabajo y por todo el apoyo que me brindan en este camino.

Lea también:



Enlace: https://amzn.eu/d/6s62gOH

Sinopsis:

Grumpy x Sunshine - Found Family - Amor Prohibido - Segunda Oportunidad - Millonario Protector –

Lucas Baumer es el responsable de llevar adelante el nombre de la familia y la empresa, además de cuidar de sus hermanas.

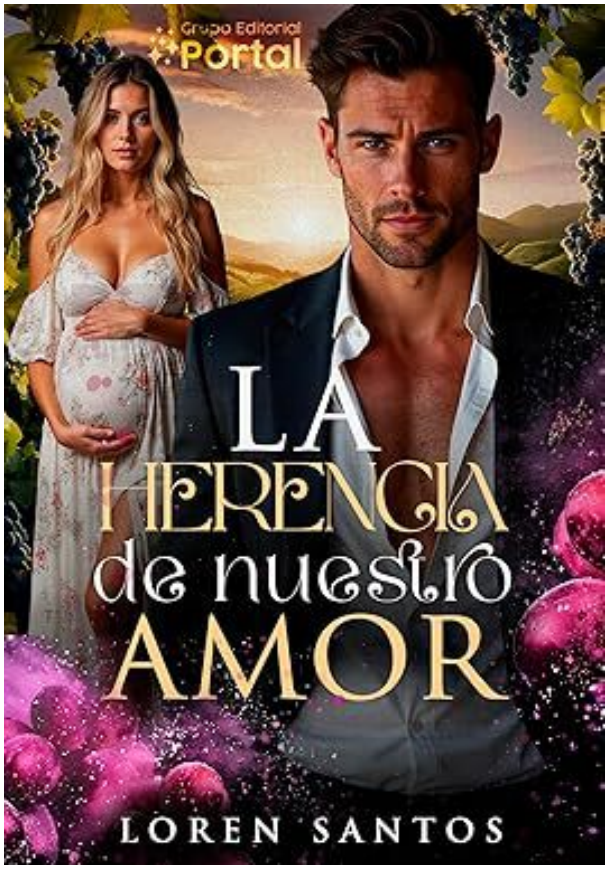
Un hombre ocupado y sin tiempo para las relaciones, va a un pequeño pueblo para convencer a su hermana de que vuelva con él y asuma un puesto en la empresa y le ayude a criar a su hermana pequeña, una adolescente imprudente que pone los pelos de punta.

Maya Moreira fue criada por su abuela y no se atreve a dejar el pequeño pueblo para estudiar, por lo que acepta el trabajo de niñera de la joven viuda más influyente de la ciudad.

Él es malhumorado, adicto al trabajo y no quiere casarse ni tener hijos; ella es dulce y sonriente. Una romántica soñadora.

Como dice el refrán: los polos opuestos se atraen. Los dos se ven conviviendo en la misma casa y no resisten mucho tiempo.

Pero, ¿quién cederá para vivir esta historia de amor?



Enlace: https://amzn.eu/d/4b73ibD

Sinopsis:

Segunda oportunidad - Embarazada del jefe - Romance prohibido - De enemigos a amantes - Embarazo inesperado

En la pequeña Boa Esperança do Sul, todos veían a Lucca como un playboy irresponsable, incapaz de hacerse cargo de los negocios familiares. Pero detrás de su fama de mujeriego y su sonrisa irresistible, se había convertido en un empresario de éxito en Europa. Rico, sofisticado y acostumbrado al lujo, regresó a Brasil solo para unas vacaciones pasajeras... sin imaginar que encontraría a la única mujer capaz de trastocar sus planes.

Elisa Müller siempre creyó que tenía su vida bajo control. Trabajadora, orgullosa y centrada, consiguió el ascenso de

sus sueños como supervisora de atención al cliente en la bodega Benvenutti, en medio de los impresionantes paisajes de la Serra Gaúcha. Todo estaba cuidadosamente planeado... hasta que se dejó seducir por el único hombre que nunca podría tener: el heredero prohibido.

ntre los viñedos, lo que comenzó como un romance con fecha de caducidad se convirtió en algo demasiado intenso como para olvidarlo. Pero Lucca se marchó, dejando a Elisa con la mayor revelación de su vida. Ella intentó avisarle. Él no le hizo caso. Y, cuando finalmente regresó, estaba comprometido con otra.
Herida y orgullosa, Elisa decidió afrontar sola la maternidad, incluso en una ciudad en la que los secretos nunca permanecían ocultos. Hasta que el destino trajo de vuelta a Lucca, y nada podía prepararlo para lo que descubrió:

tiene un hijo.

La bodega está a punto de ser de Elisa.

La dulce mujer que conoció ahora lo rechaza con todas sus fuerzas.

Entre el dolor, el deseo y las verdades enterradas, Elisa y Lucca descubrirán que algunos amores no desaparecen. Solo regresan aún más devastadores.



Enlace: https://amzn.eu/d/g6Uzhhj

Sinopsis:

matrimonio de conveniencia romance, romance millonario español, novela romántica matrimonio falso, amor prohibido millonario, historia de pacto de amor, novela romántica intensa

Leon D'Ávila, heredero de un imperio y prisionero del testamento de su padre, tiene solo treinta días para casarse o perderá todo lo que ha construido. Frío, calculador e irresistiblemente seductor, ve en Helena la compañera perfecta para un acuerdo: un año de matrimonio de fachada, sin amor, solo cláusulas claras y beneficios mutuos.

Helena Ramos es una abogada decidida a mantener vivo el legado de su familia. Con deudas asfixiantes y un bufete al borde de

la quiebra, nunca imaginó que la solución a sus problemas vendría en forma de un contrato... de matrimonio.

Lo que comienza como un acuerdo racional pronto se convierte en una guerra silenciosa de miradas, provocaciones y secretos. Entre cenas cargadas de tensión, besos robados y noches que traspasan cualquier cláusula, Leon y Helena se dan cuenta de que ningún contrato es capaz de proteger el corazón.

Pero cuando una revelación del pasado une a sus familias de manera inesperada, tendrán que decidir: seguir fingiendo o arriesgarlo todo por un amor que nunca planearon.

Redes sociales (de la editorial)

Sitio web de la editorial: https://grupoeditorialportal.com.br/

Instagram: https://www.instagram.com/grupoeditorialportal/

Facebook: https://www.facebook.com/grupoeditorialportal/

Shopee: https://shopee.com.br/grupoeditorialportal

Grupo Editorial Portal
www.grupoeditorialportal.com.br

---

[1] Mezcla de canalla con perro.

[2] Fue un asesino en serie que actuó entre 2007 y 2008 en la región de Guarulhos/SP. Sus víctimas eran mujeres, fue condenado a 157 años de prisión y permanece encarcelado, cumpliendo su condena.